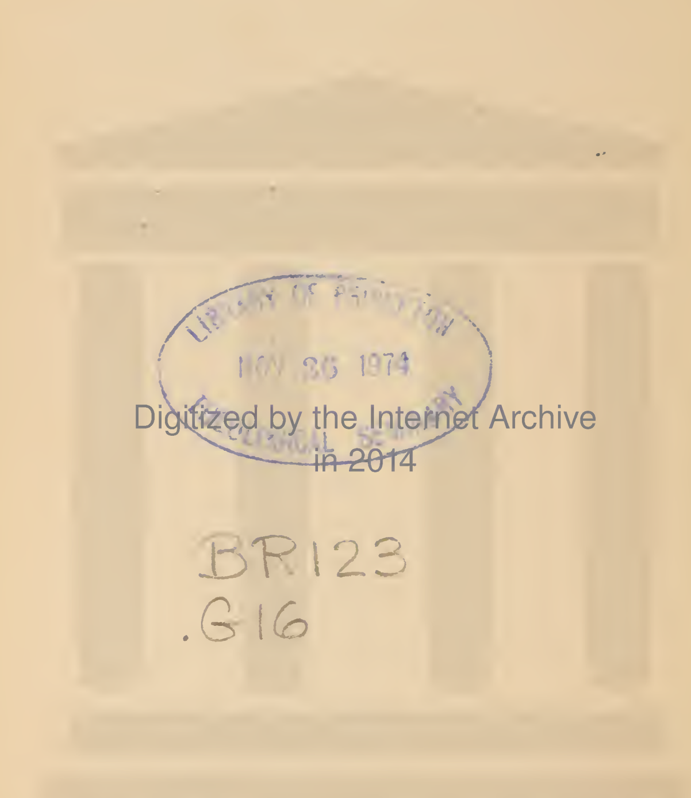
LA ALLENDIDAD CRISTIANA

por

JOSE M. GALLEGOS ROCAFULL

EDICIONES DEL VALLE

MEXICO, D. F.



LA ALLENDIDAD CRISTIANA

por

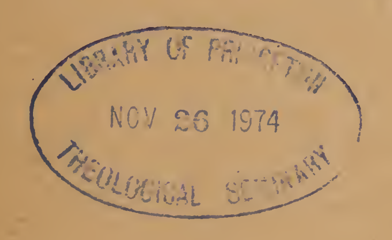
José M. Gallegos Rocafull

Printed and made
in México
Impreso y hecho
en México

LA ALLENDIDAD CRISTIANA

por

JOSE M. GALLEGOS ROCAFULL



EDICIONES DEL VALLE

MEXICO, D. F.

M A R A N A T H A

SIEMPRE encontró el hombre estrecha e incómoda su existencia en este mundo y unas veces fingió otro, fronterizo con la muerte, en que de algún modo se prolongara, y otras soñó mejorarlo, que es también una manera de trascender con la fe la realidad presente. Tampoco le basta al cristiano el mundo en que vive y, como todos esos, cree en un más allá; pero lo específicamente característico de esta fe cristiana no es tan sólo creer en la allendidad, sino verla como razón y causa de la aquendidad. ¿Es que el ser y el acontecer del mundo tienen en sí mismos su explicación? ¿Acaso su existencia y sus vicisitudes no le vienen de ese más allá de misterio, oculto y activo en cuanto es y en cuanto sucede? Esta latente inmanencia de la allendidad en lo actual y presente explica y se corresponde con la trascendencia de que la fe cris-

tiana lo deja tan transido que ya no es sino embrión o esperanza de lo que ha de ser. Lo que ha de ser no sólo el hombre, sino la creación entera, este mundo en que vivimos, que también es propio y característico de la fe cristiana desbordar al hombre y hacer que participe de su suerte todo lo que le rodea. ¿Es que al hombre no le desazona y molesta tanto como la mezquindad de su propia vida la del ambiente en que vive? Siempre que los cristianos oyen los gritos de protesta, de desagrado o de impaciencia por lo que es el mundo y en él el hombre, les parece oir el eco de su angustioso *Maran Atha,* la expresiva frase siríaca con que desde los primeros tiempos de la cristiandad vienen clamando por la segunda y definitiva venida de Cristo, aquella que durante su vida mortal profetizó con tanta insistencia. La vez que más extensamente habló de ella, dos días antes de la Pascua en que había de morir, la une con el fin del mundo: la vuelta de Cristo, centro y clave de la allendidad, es también el término de la aquendidad, la desaparición de la vertiente temporal de esa única realidad que por fín se manifiesta tan claramente. Las señales que Cristo dá como precursoras de su segunda venida se convierten por serlo en síntomas de la descomposición interna de este mundo; de este modo al esperanzado clamor de los fieles por la vuelta de Cristo se une ese rumor desesperado, como de perenne estertor agónico, del mundo

en descomposición. Este, al menos, lo oyen también los no creyentes y por oirlo unos empiezan a sentir la punzante inquietud de la allendidad y otros revierten con más ímpetu sobre la misma aquendidad y, como si su mal fuera pasajero, procuran reformarla o rehacerla, queriendo así convertir en realidad presente la cristiana esperanza en el más allá. ¿Llegará un día en que puedan fundirse las dos posiciones y colaboren tanto los cristianos en este esfuerzo por mejorar la aquendidad como los ahora no creyentes participen en su esperanza de allendidad?

De las diversas señales, físicas unas y espirituales otras, que Cristo nos advierte que han de anunciar con su segunda venida el fin del mundo, las que más interesan y preocupan a los no creyentes son estas que resume así el evangelista San Marcos: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores serán estos" *(XIII-8)*. Habrá también pestilencias, nos añade en el lugar paralelo San Lucas, completando el sombrío cuadro de la perenne agonía del mundo. Guerras, hambres, revoluciones y enfermedades son, pues, como los cuatro puntos cardinales que nos orientan en su caótica y cegadora confusión, advirtiéndonos con dolorosa evidencia que no tiene más salida posible que esta su indefectible consunción. ¿Por qué omitiría San

Marcos las pestilencias en el resumen que nos dá de la profecía de Cristo? ¿Pensaría que, como los terremotos, son fenómenos naturales, ajenos y superiores a la voluntad del hombre, y por ello, preferiría insistir tan sólo en esos otros síntomas de descomposición que tienen su razón y causa en la libre y voluntaria actividad humana? Porque ¿no son los hombres los que desencadenan las guerras, promueven los alborotos y crean y padecen las hambres? Su fe en la allendidad no impide al creyente sentir en lo más vivo de su alma la torturadora repercusión de estos males; ellos mantienen viva su esperanza en el más allá y firme su fe de que el reino de Dios no es de este mundo; pero sería criminal a hipócrita fariseismo hacer de estas virtudes pretexto o excusa para inhibirse egoístamente y no participar en los esfuerzos por mejorar la situación presente, que hacen sobre todo esos otros, que porque creen que aquí están pasando su infierno y aquí quieren tener su cielo, niegan la allendidad y hacen humana y hasta mundana esa fe en otro mundo que en los cristianos es divina. Las posiciones son diametralmente opuestas, al parecer; pero en el fondo quizá el hambre y sed de justicia de los unos sea tan de allá como de acá es la activa caridad con que los otros tratan de mejorar la realidad presente. ¿Qué importa que vayan por distintos caminos si interfieren y se cruzan cuando se trata de servir sinceramente al prójimo?

Lo malo es que para servirle, vienen los alborotos, las revoluciones, que inevitablemente acompañan a toda modificación profunda que intenten hacer los hombres de las condiciones en que viven. Esta necesidad de acudir a la violencia para hacer justicia ¿no es clara prueba de que el mundo está radicalmente mal constituído? ¿Cómo no hay medios pacíficos, racionales, humanos, de que la verdad y el bien se impongan? Siempre el dolor y la sangre; matar o morir; morir también porque los cristianos se abrieron paso en este mundo dejándose matar, afirmando y reclamando con su muerte su derecho a la vida cristiana. Con alborotos y revoluciones piensan los que no quieren salir de la aquendidad que remediarán las hambres y las guerras, que es tanto como afirmar que una enfermedad cura a otra. Cristo profetiza que a medida que vaya siendo más inminente el fin del mundo, irán aumentando con el malestar de su misma agonía todos los males que padece. Y el hambre la padece el cuerpo, pero la origina el espíritu; ese mal espíritu que en estos últimos tiempos se ha de nutrir de engaños y ha de perder la caridad: el origen espiritual de las injusticias humanas hace inexcusable la participación de los cristianos en todo intento eficaz de remediarlas, pues son ellos los que únicamente pueden llegar a su misma raíz y fuente haciendo bueno o menos malo el corazón del hombre, del que salen sus malos pensamientos y sus malas

acciones. No conseguirán desterrarlas por completo, como tampoco los de la aquendidad lograrán acabar con las hambres; reaparecerán de una forma o de otra, porque injusticia y hambre son como los hediondos gusanos de un mundo que, pese a sus apariencias de vida, está en perenne trance de muerte.

"Y oiréis guerras y rumores de guerras —dice Cristo en el lugar paralelo de San Mateo— mirad que no os turbéis porque es menester que todo esto acontezca, mas aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres y terremotos por los lugares. Y todas estas cosas principio de dolores." *(Mateo, XXIV, 6-8)* ¿Principio de dolores estas cosas? Pues ¿no fué condenado Adan a comer de la tierra con dolor todos los días de su vida y Eva a parir con dolor? Dolor tuvieron ellos, los caídos por su pecado; y dolor tendremos nosotros, los levantados y elevados por la redención; el dolor de ellos les nacía de la propia naturaleza, de las dificultades y hostilidad que les presentaba en sus propios cuerpos y fuera de ellos, haciéndoles pesado y molesto el trabajo y el ansia de vivir; estos otros dolores que ahora anuncia Cristo ni vienen de la naturaleza, sino de los hombres; ni los origina el afán de morir, sino de matar. La mayor conciencia que de su propia dignidad adquiere el hombre con el cristianismo hace más alta y perfec-

ta su bondad, pero también más dañosa y refinada su maldad. Y una de sus más dolorosas manifestaciones es esa continua lucha que Cristo profetiza del hombre contra el hombre, en comparación de la cual resulta suave y fácil la que sostiene con la naturaleza. Esta es noble, justa y provechosa: en sí misma tiene su recompensa y siempre engrandece al hombre; pero ¿dónde está la nobleza, la justicia o el provecho de esa otra lucha, sangrienta o incruenta, en que el hombre busca matar o explotar al hombre? Su persistencia es por sí misma un síntoma de descomposición del mundo, consumido por el hambre que siempre lo tortura, extremecido por la guerra que lo conmueve hasta en sus cimientos. Como si la muerte y el odio, el hambre y la enfermedad, no hicieran bastantes estragos en el hombre, la guerra abre todas las exclusas del pecado y desencadena sobre pueblos y naciones, como jauria hambrienta, la destrucción y la mortandad. ¿Es que un mundo que produce y no evita el monstruoso hecho de la guerra no está irremisiblemente condenado a desaparecer? Sin el definitivo y supremo valor que como señal precursora del fin le da la profecía de Cristo, la guerra, que no es fortuito y raro episodio en la historia del hombre, sino uno de sus factores más constantes, recuerda y patentiza no tan solo la presencia y actividad de las fuerzas del mal en el mundo, sino su radical caducidad, pues si para vivir necesita

matar, vivendo muere. Cristo nos previene de que esa ansia de muerte, que es su deseo de vida, en los últimos tiempos, cuando la engañadora y funesta predicación de los falsos profetas no esté contrarrestada por la obra positiva y fecunda de la caridad, resfriada en muchos, cobrará tal paroxismo que será como el principio de los dolores: dolores de agonía y a la vez de parto, del mundo que desaparece y de su total renovación, con la segunda venida gloriosa de Cristo.

En la oscura noche de su fe luce para el cristiano la luz que le descubre la entraña misma de estos males que tanto inquietan y agitan a los no creyentes. Porque Cristo en su profecía los sitúa e integra dentro de lo que llamó San Pablo el misterio de iniquidad, ese que ya se está operando en el mundo, y en él seguirá desenvolviéndose hasta que se consuma. El hombre ni sería tan bueno, ni tan malo, si los poderes sobrehumanos, los de la allendidad, no se infiltran en su propio espíritu, disputándose en incansable porfía convertirlo en instrumento y eco de sus propios planes. Abiertamente Cristo descubrió los suyos y en los que de verdad le siguieron y le siguen nos es dado contemplar la honda transformación que en ellos obra la gracia de Dios: pero ¿no será también funesta intervención diabólica la que se transparenta en el monstruoso egoísmo o en el fanático odio, como de poseídos, de esos otros hombres que desencadenan

las guerras y se lucran con las hambres? No es posible con los datos que nos transmite la revelación divina trazar el esquema completo de la obra diabólica en el mundo; de ella se nos dice ya en el Antiguo Testamento, en el libro de Job, como preámbulo y explicación de los dolores y calamidades que maduraron su paciencia, que Satán se mezcló con los hijos de Jehová y pidió y obtuvo permiso para tentarlo *(Job, I, 6-12; II. 1-6)*; en el Nuevo Testamento las alusiones y referencias al diablo y a sus obras son casi continuas: en muchas de sus páginas aparece la sombra negra del tentador, del calumniador, del príncipe de las tinieblas, del príncipe de este mundo, del homicida, del hombre del pecado, del hijo de perdición, pues con todos estos nombres se le llama para dejarnos bien aclarada su naturaleza y sus obras. Pero es tan sutil su astucia que el inquietante problema del mal volvió de nuevo a perturbar los espíritus, poco después de la revolución cristiana, con aquella creencia maniqueísta, aun no del todo extinguida, en dos poderes iguales y antagónicos, el del bien y el del mal, siempre en perenne lucha, a todo lo largo de la historia. ¿Es que aun hoy no son muchos maniqueístas sin saberlo? Santo Tomás de Aquino encontró en la naturaleza del mal, en su pura y total nada, el argumento definitivo para acabar con el maniqueísmo de todos los tiempos, pero para el cristiano, aun más vital que la versión

intelectual del mal, de su origen y de sus formas, es la constante y despierta vigilancia con que ha de oponerse a sus embestidas: está ahí acechándole siempre, reforzando su natural seducción con la predicación de todos estos seguidores suyos de todos los tiempos, cuya nefasta obra nos dice Cristo en su profecía que ha de tener consumación definitiva en el Anticristo. De él nos hablan también con frecuencia los libros sagrados: ya Isaías lo personifica en el impío por excelencia a quien dará muerte con el espíritu de sus labios el vástago que ha de retoñar de la vara de Isaí *(XI, 4)*; en cambio, para Daniel es un poderoso rey que "hablará palabras contra el Altísimo y a los Santos del Altísimo quebrantará y pensará en mudar los tiempos y la ley y entregados serán en su mano hasta tiempo y tiempos y el medio de un tiempo". *(VII, 24 y 25)*; sus armas principales son el engaño y la duda, pues es "altivo de rostro y entendido en dudas" y "con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano y en su corazón se engrandecerá y con paz destruirá a muchos y contra el príncipe de los príncipes se levantará, más sin mano será quebrantado" *(VIII, 23-25)*, pero —advierte Daniel— "estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del cumplimiento" *(XII, 9)*. En el Nuevo Testamento las alusiones al Anticristo son más veladas y la referencia más completa y más clara que de él se hace es ésta que leemos en San Pablo: "Empero os ro-

gamos, hermanos, cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestro recogimiento a él, que no os mováis fácilmente de vuestro sentimiento, ni os conturbéis ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como nuestra, como que el día del Señor esté cerca. No os engañe nadie en ninguna manera; porque no vendrá sin que venga antes la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios. ¿No os acordáis que cuando estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que impide, para que a su tiempo se manifieste. Porque ya está obrando el misterio de iniquidad: solamente espera hasta que sea quitado de en medio el que ahora impide: y entonces será manifestado aquel inícuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; a aquel inícuo cuyo advenimiento es según operación de Sanatás, con grande potencia, y señales y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad". *(II, Tesalonicenses. 1-12)* La continua apelación que

hace San Pablo a su predicación de viva voz vuelve más denso el misterio de sus palabras, que no acaban de entregarnos su completo sentido: es muy claro que este anticristo, hombre de pecado e hijo de perdición, ha de levantarse contra Dios, originando una apostasía en la que los hombres irán efectivamente tan lejos que llegarán hasta consentir en la iniquidad de adorarle como si fuera Dios; es igualmente claro que será grande su poder y tan extraordinarios sus señales y milagros mentirosos, que, como previene Jesús, confundiría hasta a los mismos elegidos; su fuerza le viene de Satanás, se basa en el engaño y proviene y tiende a la iniquidad; es finalmente también claro que, a pesar de sus temporales triunfos, será definitivamente derrotado no antes ni después de la segunda venida de Cristo, pues el mismo resplandor con que ha de venir lo destruirá. Las dificultades empiezan cuando se pretenden apretar esas otras afirmaciones que hace el Apóstol sobre el misterio de la iniquidad que ya está operando, aunque hay un obstáculo que todavía le impide desarrollar toda su virulencia. ¿Qué misterio de iniquidad es ese y cual es el obstáculo en que tropieza? ¿Es toda la obra diabólica en el mundo, obstaculizada por la providencia divina, que la integra dentro de sus planes de modo que hasta del mal salga el bien? ¿Es, más restringidamente, la presencia y maldad de la cizaña en el campo del Padre, la herejía, el cisma

y el pecado en su Iglesia, que aunque lucha indefectiblemente contra ellos no puede impedir que le arrebaten a pocos o muchos de sus hijos? ¿Cómo y por qué medios está ya, en el tiempo en que escribe el apóstol, obrando el misterio de iniquidad? Los impedimentos que impiden su desarrollo ¿son una especial asistencia de Dios? ¿Se la dispensa a todos los hombres o tan solo a su Iglesia? ¿Por qué, cuándo y cómo la quita para que sin rebozos se manifieste el hijo de perdición? ¿Es este una persona, una tendencia o una actitud? El Apóstol San Juan nos aclara este último extremo, aunque creándonos otras dificultades; dice, en efecto: "Hijitos, es el último tiempo y como vosotros habéis oído que el anticristo ha de venir, así también al presente han comenzado a ser muchos anticristos, por lo cual sabemos que es el último tiempo" *(I, 11, 18)*. Y un poco más adelante añade todavía más contundentemente: "Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios: y este es del Anticristo, del cual vosotros habéis oído que ha de venir y qua ahora ya está en el mundo" *(I. IV, 4)*. Y todavía en su segunda carta: "Porque muchos engañadores son entrados en el mundo los cuales no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este tal engañador es y el anticristo" *(II, 7)*. Para San Juan más importante que caracterizar al anticristo es denunciar su espíritu, pues quien participa de él es ya un anticris-

lo: ese espíritu es el de negación de Cristo, de su divinidad o de su humanidad, como ya empezaron hacer los primeros herejes en su tiempo, que él llama último, porque ya, con el verdadero Cristo, nos ha traído todo lo que había de venir y nuestra esperanza no es de tiempo sino de eternidad; todo lo que en el tiempo, en el final de los tiempos, esperamos es esta segunda y última venida suya, la que Cristo profetizaba a sus apóstoles, advirtiéndoles que su proximidad se anunciaría con una exarcebación de lá intensidad y de la fiereza de los ataques del anticristo.

De toda su obra Cristo en su profecía subraya tan solo el triunfo del engaño y el resfriamiento de la caridad. "Mirad que nadie os engañe —advierte en efecto—. Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán." Y todavía un poco más adelante insiste de nuevo: "Entonces si alguno os dijere: he aquí está Cristo, o allí, no creáis porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas y darán señales grandes y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuera posible, aun a los escogidos" *(Mateo, XXIV, 4-5 y 23-24)*. ¡Qué homenaje a Cristo el de esta inacabable sucesión de falsos cristos y falsos profetas! Todos bebiendo del manantial de fe y religiosidad que alumbró Cristo; todos despojando su verdad, desgarrándola y manchándola, para con estos harapos deslumbrar a la credulidad

humana. Porque el simple hombre, a diferencia del sencillo cristiano, sigue siendo crédulo; el cristiano no lo es, porque su fe divina agota con exceso toda su capacidad de creer y por creyente se hace incrédulo. La fe de Cristo y en Cristo, por sobrenatural y divina, no es humana; pero el ansia de creer, la necesidad de vivir asido a una creencia, sí que es del hombre, de todo hombre, y más viva, por lo mismo, en el incrédulo que en el creyente. A unos y a otros hablan estos falsos profetas: profetas, porque pretenden ser labios y boca del mismo Dios; falsos, porque no han recibido tal representación; es, pues, el suyo un engaño estrictamente religioso y aunque su mensaje fuera literalmente verdadero, sería falso en cuanto que pretende pasar por verdad divina, siendo como es mera invención humana. En el correr de los tiempos sus formas han sido muy distintas, pero todas ellas han tenido y tienen este fondo común de sacrílego endiosamiento de lo humano. La fe, aun la fe humana, es siempre como el amor, uno de los rasgos del hombre en que más se acusa su semejanza con Dios. ¿Por qué entonces mixtificarla y convertir la buena fe humana en falsa y mala fe divina? Esa es la perturbadora y sacrílega misión del falso profeta que, exigiendo para su predicación —científica, política o humanitaria, el objeto es lo de menos— fe divina y no humana, se endiosa satánicamente a sí mismo y cínica o inconscientemen-

te. pretende usurparle a Dios su puesto. Todos estos falsos profetas son, en efecto, agentes y nuncios de aquel hijo de perdición, del que nos decía San Pablo que se ha de oponer y levantar "contra todo lo que se llame Dios o que se adora; tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios" *(II, Tesalonicenses, II, 4)*. Pues ¿cuál no será la inefable atracción de la divinidad que quien la conoce no ceja en su empeño de poseerla, aun a sabiendas de que no conseguirá de ella más que una burda imitación grotesta? La figura y persona del anticristo, simiesca contrahechura de Dios, es la prueba tenebrosa pero contundente, no tan sólo de la religiosidad del hombre, puesto que a ella se acude cuando se busca el camino más abierto y más certero para llegar a su corazón, sino de aquel atormentador deseo de Dios, que es la más grave e intolerable de las penas que sufren los condenados. Pero sabemos que Dios es caridad y que el que ama es de Dios; por eso persigue y se enfurece contra la caridad, de la que al final de los tiempos habrá una honda crisis, que Jesús dejó profetizada con estas palabras: "Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos" *(Mateo, XXIV, 21)*. Antes nos decía San Juan que el espíritu del Anticristo era la negación de Cristo; ahora es el mismo Cristo quien nos advierte que por la iniquidad del Anticristo se resfriará la caridad de muchos; es esta la

prueba negativa de la indisoluble unión que hay entre Cristo y la caridad y es también la confirmación de ese intenso realismo de nuestra religión, para la cual no hay verdadero amor de Dios sin amor del prójimo, como a su vez ahora se nos muestra que no hay verdadero amor del prójimo sin amor de Dios. No llegará a desaparecer del todo la caridad, porque si desapareciera por completo ¿cómo iba a poder seguir existiendo el mundo? Pero no ha de arder tan intensamente, casi se va a apagar, pues en vez de despedir calor, ella misma se resfría o enfría. Y ¿en quienes se ha de casi apagar la caridad sino en aquellos que la tienen, en los hijos de Dios, en los fieles de su Iglesia? Este frío como de muerte, precursor del fin del mundo, ¿viene del mundo a la cristiandad? ¿No será el frío del mundo la obligada consecuencia del resfriamiento del foco de la caridad? ¿Es que no son los cristianos los que, como Atlante, sostienen el mundo con sus espaldas? ¿Y de dónde sacan vigor y fuerzas para tamaña empresa sino de la caridad? ¿Cuál es la causa y cuál es el efecto: se enfría la caridad porque se acaba el mundo o se acaba el mundo porque se enfría la caridad? La tremenda responsabilidad de los cristianos, esa que Cristo anuncia que vendrá a exigir con gloria y majestad, hace de ellos la clave no tan solo de la historia sino de la metahistoria, del eterno designio salvador de Dios, que ordena los acontecimien-

tos humanos y las intervenciones sobrenaturales en el tiempo de modo que se salven indefectiblemente los elegidos. En aquella grande y última prueba no todos han de perecer: pocos o muchos, los elegidos han de permanecer firmes no tanto por su propia fortaleza como por el exquisito cuidado con que Dios ha de graduar la violencia del ataque para que no sea superior a sus fuerzas. En vísperas ya de salir de este mundo al Padre, cuando dormían los apostolados que habían de abandonarle o negarle, Cristo sintió el doloroso desfallecimiento de su propia carne y, en la agonía del huerto, de cuanto tenía como hombre solo permaneció firme y pronto el espíritu. Parece que al final de los tiempos se ha de reproducir en su cuerpo místico la misma dolorosa situación: la negación y la apostasía de muchos, el resfriamiento de la caridad de otros y tan solo la firmeza y constancia de unos pocos que, en esta agonía del mundo, den puro y limpio testimonio de Cristo. Y entonces, como cuando al pie de los olivos desfalleció Cristo, será cuando más cercano esté el triunfo: el de su amor en la cruz o en el juicio, pues parece que Dios espera que se agoten y consuman las esperanzas humanas para realizar él sus promesas divinas. ¡Qué lucha tan desigual y despiadada la de estos pocos elegidos en estos últimos momentos de estertor del mundo! ¡Con qué fiereza ha de luchar Satán antes de que se le escape para siempre la pre-

sa que tenía tan a su alcance! El mundo entero, casi la unanimidad de los hombres que en el mundo vivan, sumergidos en las sombras de la apostasía, vueltos de espalda a Dios y a su Cristo, llenos de satánico odio contra estos pocos que han de permanecer fieles, acosándoles de continuo, de palabra primero y después, cuando vean que no logran convencerlos, con obras, con malas obras, porque "entonces —profetiza Cristo— os entregarán para ser afligidos y os matarán; y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre" *(Mateo, XXIV, 9)*. Otra vez sangre, sangre inocente derramada para que redima; pero es ya la última, la que por haber hecho rebosar el caliz de la justicia divina, anuncia ya la proximidad del fin; faltaba este último sacrificio para que hasta en esta última hora los hijos de Dios invocaran la misericordia del Padre sobre este mundo en el instante mismo en que va a desaparecer; cuando se realiza, el mundo se hunde en su propio nada y llega el Señor.

De esta venida suya profetiza Cristo: "Y entonces se mostrará la señal del Hijo del hombre en el cielo y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos de un cabo del cielo hasta el otro". *(Mateo, XXIV,*

30-31.) ¿Por qué estos universales lamentos si no porque ya los hombre no podrán materialmente seguir viviendo en la tierra? Por amor de ella se separaron del camino del cielo y ahora que ya están al fin de su experiencia la encuentran tan dura e inhabitable que quisieran poder abandonarla: también ellos claman de continuo *Maran Atha,* ven, Señor, con la voz de su angustia, en la que no hay el eco de esperanza de los lamentos de los cristianos. En estos sus agónicos estertores, ya el mundo no ha de disimular la vaciedad de su propia nada, como si la rigidez cadavérica hubiera subitamente paralizado su seducción, despojándole de su fingida belleza, y adelantándose al juicio apocalíptico de Cristo, se ha de erizar de tales dificultades que hasta sus más ciegos amadores llorarán a gritos su desengaño. Sus lamentos son parte del triunfo de Cristo a quien el Padre había entregado cielos y tierra para que los rigiese y en esta hora última va a devolvérselos. Cristo viene a juzgar y a ser juzgado: no él personalmente, que es la misma justicia, sino su cuerpo místico, su obra que es la Iglesia, la eficacia de su redención; en este definitivo juicio, coronación y resultado de toda su permanencia en la tierra —aquella visible que terminó en la cruz y esta otra invisible que perdura tanto como el tiempo— declinará todos los poderes que le fueron confiados para este su oficio de mediador, ya definitivamente consumado. Ahora va a

establecer totalmente el reino de Dios. No hubiera querido él que el mundo fuera así, como es, sino que a él viniera, transformándolo radicalmente, este reino, un reino de justicia y de paz, de verdad y de amor, en el que hubiera cobijado a los hombres como la gallina a sus polluelos. Aun a sabiendas de que no lo han de recibir, cuida de que se les predique el Evangelio y no vendrá el fin sin que lo conozcan todos; es aquella siembra de que habló en una de sus parábolas, en la que el sembrador sabe muy bien que han de ser pocos los granos que fructifiquen y aunque los ve caer en pedregales, o entre espinas o junto al camino, continúa haciéndola y así seguirá hasta el fin del mundo. ¡Terrible misterio este de amor y de justicia, de bondad divina y dureza humana! Porque si mientras la siembra sea más copiosa, y más fértil la semilla, y más cuidada la tierra, y más propicio el tempero, mayor y más grande es la reponsabilidad de los que no den fruto, ¿qué será mejor: seguir sembrando o suspender la siembra? ¿Qué dilema más angustioso que este en que se encuentra Cristo, pues si se calla, no les da ocasión de salvarse, y si habla y no le oyen, los entrega sin remisión al castigo? "Por eso les hablo por parábolas —decía— porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden" *(Mateo, XIII, 13)*. Con oscuras parábolas o con claras palabras, en todo tiempo mientras lo haya, se manifiesta a los hombres la verdad evangélica, que

siempre es semilla, principio sin fin de la comunicación de Dios; del hombre, de su libre voluntad, pende que esta predicación —con palabras o con hechos, a través de los hombres o directamente por Dios— continúe con creciente claridad o se oscurezca e interrumpa, porque también dejó dicho Cristo que "a cualquier que tiene se le dará y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tuviere, será quitado". Este dar y quitar, del que todo hombre tiene propia y personal experiencia, ¿no es también el secreto juego que ocultan las vicisitudes y los cambios de la historia? ¿Por qué el apogeo y la decadencia de estos o aquellos pueblos sino porque se les quita, por ser estériles, por no fecundarlo, lo poco que tienen, mientras que se les da más a los que de más se hacen merecedores? Con la segunda venida de Cristo termina la historia porque se acaba el mundo. Le conservó la existencia mientras hubo alguna probabilidad de que más hombres se salvaran y le llegó su hora tan pronto como aseguró su herencia el último de los elegidos. ¿Cómo había de seguir existiendo el mundo con todos sus poderes, buenos y malos, si ya ha cumplido su misión agotando en ella su única realidad que era la de ser camino del cielo? "Y luego —sigue profetizando Cristo— después de la aflicción de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre y las estrellas caerán del cielo y las virtudes de cielo serán conmovidas" *(Mateo, XXIV,*

29). "Los cielos pasarán con grande estruendo —escribe a su vez San Pedro— y los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella están serán quemadas" *(II, Pedro III, 10)*. Es el desencadenamiento de esos poderes de destrucción que el mundo lleva en sus entrañas, que irrumpen súbitamente tan pronto como la omnipotencia divina los deja en libertad: se acaba todo lo de acá y no queda más que la infinita allendidad, en cuyos mismos umbrales se despliega gloriosa la señal de Cristo. Desaparece el mundo, este mundo manchado por el pecado, ficción y mentira, y triunfa Cristo y con Cristo el hombre, pues ahora se realiza plena y efectivamente aquella insidiosa promesa de la tentación del paraíso. La serpiente sólo se había atrevido a prometer al hombre: "seréis como dioses", no iguales sino semejantes a Dios; y he aquí que en Cristo la semejanza se hace identidad y no es como Dios, sino real y verdaderamente Dios. "He ahí el hombre" había dicho sarcásticamente Pilato; Dios recoge el reto y al final de los tiempos, en este definitivo triunfo de Cristo, se nos manifiesta de nuevo al hombre, a este singularísimo hombre que, por ser Dios, extiende esta su apoteosis a la humanidad entera y hace de verdad como dioses a todos los elegidos.

DE LA APARIENCIA DE LA MUERTE A LA REALIDAD DE LA VIDA

EN la profecía de Cristo sobre el fin del mundo, tal como nos la transmite el Evangelio de San Mateo, aparecen voluntaria y enigmáticamente mezclados estos tres temas: el de la muerte, el de la destrucción de Jerusalén y el de la venida gloriosa de Cristo al final del mundo. A cada uno de ellos les asigna Cristo fechas distintas: Jerusalén había de ser destruída en vida de los que le escuchaban; el fin del mundo vendría inesperada y súbitamente, con la fulminante celeridad del relámpago, el día y la hora celosamente guardados en secreto por el Padre; mientras, en todo tiempo, la muerte se iría llevando a los hombres, tan arbitrariamente, al parecer, que de dos que estén en el campo "el uno será tomado y el otro será dejado", y de dos mujeres que estén moliendo en el mismo molino "la

una será tomada y la otra será dejada". Al unir los tres temas en el mismo discurso ¿no quería decirnos Cristo que los tres pertenecen al único e indivisible misterio de la divina predestinación de los elegidos? ¿Es que cuanto sucede en el tiempo y en el mundo, hasta esa incertidumbre de la hora de la muerte, hasta esa destrucción de reinos y ciudades, no está infalible y certeramente ordenado por Dios al bien de los que le aman? La clave humanamente impenetrable del gobierno divino nos será claramente revelada cuando por segunda vez venga con gloria y majestad el Hijo de Dios a consumar la obra que inició cuando vino por vez primera. Entre estas dos venidas suyas, plenitud y fin de los tiempos respectivamente, va germinando y desarrollándose aquella divina semilla que trajo al mundo, cuya madurez ha de anunciar, como las hojas de la higuera la del verano, la proximidad de la siega definitiva. Entendiendo en este sentido las palabras de Jesús, más que una exclusiva referencia a su segunda venida, su profecía es como un apretado resumen de todo el acontecer histórico, en el que están ocurriendo todos y cada uno de esos hechos —guerras y pestilencias, hambres y terremotos, persecuciones y escándalos— que Cristo hace desfilar ante sus Apóstoles en profética visión. Por su palabra la vida es camino de la muerte y el tiempo, carrera desenfrenada hacia este fin, de cuya inminencia nos certifica la presencia de todos

esos signos precursores, ahora todavía latentes o amortiguados, pero cada vez más virulentos a medida que se vaya acercando el momento de su desaparición definitiva, en el que se precipitarán en confuso tropel sobre el mundo en un inútil y desesperado empeño de impedir o retardar la segunda y justiciera venida del Señor de todos ellos.

Cuando los apóstoles llevaron por el mundo las proféticas palabras de Cristo, algunos fieles, como de los de Tesalónica nos refiere San Pablo, no se pararon a pensar y medir el sentido exacto de la profecía de Cristo, sino que toda ella la convirtieron en esperanza y suspiraban porque se realizara su segunda venida en la vida mortal de ellos. Erraban en su ingénuo deseo, porque Cristo quiso mantener en el más impenetrable secreto el día y la hora en que había de venir; pero acertaban en la inminencia no del fin del mundo, sino de su propia muerte. Con ella ¿no se les acababa el mundo al trasponerlo para encontrarse definitivamente con Cristo? ¿No sería uno de los inconscientes móviles de esta creencia en el inminente fin del mundo el temor a afrontar cada uno su propia y personal muerte? Estos fieles de Tesalónica, como más tarde en el gran pánico del milenario, ¿no buscarían, aunque no tuvieran conciencia de ello, disolver la angustia de su indeclinable muerte en la catástrofe cósmica? Porque en su temor pueril de la muerte, el hombre ni cuenta con ella, ni quiere darle beli-

gerancia, hasta que brutalmente le impone su presencia metiéndose en su propia existencia. Sabe que tiene que morir, pero no adquiere la convicción real, vital, de su propia muerte, sino cuando se ve morir en el prójimo. Esta infidelidad trágica —como la llama Landsberg— que con él comete el que se muere, le plantea de manera ya ineludible el problema de la muerte. ¿Ausencia temporal, o separación defintiva? ¿Cambio de existencia o total aniquilamiento? Cuando esta angustia, que no es ni dolor, ni incertidumbre, ni inquietud, ni nada psicológico, sino profundísimo anhelo de continuar siendo, se apodera de uno ¡qué insuficientes resultan todas las teorías con que la filosofía ha querido calmarla! Porque ¿cómo va a satisfacer una existencia en el mundo de las ideas, si no son estas, sino quien las ve, la persona real y verdadera, la que se siente angustiosamente extremecida por el ansia de seguir existiendo? ¿O cómo pensar en serio que se puede escamotear el problema con la donosa salida de que puesto que jamás coinciden la propia muerte y la propia existencia en realidad no hay cuestión? Porque no es la propia muerte la que duele, sino la ajena, esa que se llevó en aquel amigo que a San Agustín se le murió la mitad de su propia persona, cambiándole con su ausencia el sabor y las dimensiones de su propia existencia. Más noble el cordobés Séneca quería mirarla de continuo hasta convertir

en libre y voluntaria la fatalidad inexorable del destino; pero ¿qué es su orgullosa desesperación sino la explícita confesión de que no encuentra solución al angustioso problema de la muerte?

Sólo la tiene el cristianismo para el que la muerte, que siempre nos acecha y tanto nos espanta, no es más que un apariencia, porque no mata sino que separa, y el más noble y vivo de los elementos que se separan, el espíritu, por el que vivía el cuerpo, sigue viviendo. La solución cristiana, tal como la ha definido la Iglesia católica, supone dos planos, completamente distintos, el natural y el sobrenatural, en cada uno de los cuales la vigencia y la superación de la muerte son distintos. En el caso hipotético de que el hombre no hubiera sido elevado al orden sobrenatural, hubiera tenido que morir por la radical caducidad de su cuerpo, del que se hubiera separado con la muerte el alma para seguir viviendo una vida estrictamente espiritual, de la que Dios, tal como naturalmente puede conocerse y gozarse, hubiera sido el primero y fundamental objeto. Pero esta hipótesis no ha llegado jamás a realizarse porque ya el primer hombre fué creado en santidad y justicia; de los dones con que Dios quiso graciosamente enriquecerlo, unos eran formalmente sobrenaturales por estar no tan sólo fuera, sino muy por encima de lo que con sus fuerzas naturales podía conseguir, exigir o merecer; y otros eran preternaturales, como dicen los teólogos,

para indicar que no siguen obligada y necesariamente a la naturaleza humana, sino que la sobrepasan, aunque no la eleven a un plano de amistosa o filial comunicación con la divinidad. Entre estos dones estaba el de la inmortalidad, que para el hombre no era, como es para los espíritus, el no poder morir, sino el poder no morir, el hecho de jamás morir porque Dios había de velar para que la natural caducidad y corrupción de su cuerpo quedara compensada y anulada de manera extraordinaria. Nos cuenta el Génesis que en aquella singular y rica vegetación de que Dios había provisto al paraíso terrenal estaba "el árbol de vida en medio del huerto y el árbol del bien y del mal" *(II, 9)*, ambos con una función especialísima, íntimamente enlazada una con otra, en aquellos primeros momentos de la existencia del hombre. Era la del árbol de vida asegurar la inmortalidad e incorrupción del cuerpo humano, impidiéndole que envejeciese y conservándole, como dice San Agustín, en perpetuo vigor y robustez, no porque naturalmente su fruto pudiera producir tan maravillosos efectos, sino por libre disposición de Dios que le concedía especial virtud para ello. Más importante que seguir a los comentaristas escriturarios en sus largas y laboriosas interpretaciones de éste y los pasajes correlatvos del Génesis, interesa notar que este don de que disfrutó la primera pareja humana no era, en la intención de Dios, privativo de

ellos, sino que lo tenían como cabeza de la humanidad y con la naturaleza habían de transmitirlo a todos sus descendientes. Para esta transmisión, como para su concesión a los primeros padres, no había más razón que la libre y amorosa voluntad de Dios que, por lo mismo, podía a su grado condicionar o suspender su uso; históricamente estuvo indisolublemente ligado a la obediencia que Adán y Eva prestaran a aquel único mandamiento que Dios les impuso diciéndoles: "De todo árbol del huerto comerás, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás de él, porque el día que de él comieres, morirás" *(II, 16-17)*. Pecó y quedó sometido a la muerte, vuelto a su condición natural de mortal, que ya para él era un castigo y una desgracia, en los que sumió a todos sus hijos. A este pecado se refiere San Pablo cuando, destacando vigorosamente que de hecho todo el mal físico que padece el hombre proviene del mal moral que por su voluntad cometió, escribe: "Así como por un hombre entró el pecado a este mundo y por el pecado la muerte, así también pasó la muerte a todos los hombres por aquél en quien todos pecaron" *(Romanos V, 12)*. De ahí ese carácter sobrenatural que, aun siendo la muerte natural, le atribuye la revelación cristiana para la que es siempre, sobre todo en San Pablo, pena y esclavitud del pecado, cuando son simples hombres los que mueren, y redención y liberación, cuando la

muerte es de Cristo, contraponiendo así la paga del pecado, que es la muerte, a la dádiva de Jesucristo, que es la vida eterna *(Romanos VI, 23)*. La muerte, como la concupiscencia, viene del pecado y éste del demonio; por eso la redención de Cristo se concibe como una lucha y victoria sobre estos cuatro enemigos que sucesivamente han de ser derrotados por Cristo, "porque es menester —dice San Pablo— que él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies; y el postrer enemigo que será derrotado será la muerte" *(I, Corintios, XV, 25-26)*. Con ella lucha el cristiano que vive porque ha de morir y hace de toda su vida una preparación de la muerte, de su propia segura muerte incierta, que está ahí rondándole, acechando un momento de descuido para echársele encima tan sigilosamente como el ladrón entra a robar. En el Evangelio la muerte se personifica, vigila y amenza, tiene una intención, mata a los demás, pero ella vive. ¿No se nos insinúa de este modo el poder y la personalidad de aquél que la utiliza como su instrumento? Porque la muerte no existe, es pura negación, ligada ya por su propia nada con el que es homicida desde el principio, con Satanás, que no crea, ni hace, ni edifica, sino que mina, ataca y destruye la obra de Dios. Dios no quiere la muerte y aunque hizo al hombre perecedero, lo libró de morir; fué el pecado quien lo sujetó a la muerte y es el pecado quien lo mantiene

temeroso de ella para que ame más y peor a la vida. Pero el cristiano ha resucitado ya místicamente con su cabeza y espera resucitar físicamente cuando de nuevo se deje oir la voz de Cristo; ha pasado por la muerte y ha visto su nada; sabe que como no es, no puede retenerle, sino que le dejará libre para continuar viviendo más y mejor que cuando era mortal; la muerte está vencida y su aguijón no mata sino que aviva su esperanza, recordándole que su peregrinación ha de terminar y que allá en la patria le espera el Padre y con él toda su familia sobrenatural, los que tienen su misma vida, comieron la misma carne de Cristo y fueron movidos por el mismo espíritu. ¡Qué vacía la esperanza humana, la que trata de salvar el vacío de la muerte con la ilusión de una presencia que se sabe imposible! ¡Qué tenacidad en el recuerdo para proyectarlo en el presente y en el porvenir con la falsa ilusión de que cobre realidad y cuerpo lo que mundanamente no puede más vivir! ¡Cuánto más sabia y segura esta creencia cristiana que admite la muerte en su única y auténtica realidad, la que tiene por ser la puerta de la verdadera vida! Los que se van redoblan nuestra ansia de que nuestra prueba termine para encontrarnos en la paz y en el descanso, en la luz y en la vida.

Pero si la resurrección de Cristo derrotó definitivamente a la muerte —¡oh!, muerte ¿dónde está tu victoria?, le retaba San Pablo— el demonio que

anda tras ella no acepta la derrota y puesto que la muerte es no la privación, sino la culminación de la vida, quiere dar en ella la batalla definitiva. Por eso la muerte adquiere en el orden sobrenatral un valor extraordinario, el que le confiere ser ella el momento en que se recibe o no la especialísima gracia de la perseverancia final. ¿Cómo en este trance supremo en que la libre voluntad humana decide definitivamente y para siempre su suerte eterna va a faltarle la ayuda de Dios si le atacan todos los poderes diabólicos? En este último instante en que va a salirse del tiempo, la voluntad pierde su inconstante versatilidad y quedará eternamente fija en esta su última decisión, por la que cuajará como hijo de Dios o quedará simplemente como hombre. Toda la vida carnal ha sido como tiempo de gestación, penosa e indecisa formación de un ser que no sale a luz del todo sino en la tiniebla de la muerte. ¡Cómo se esfuerza el demonio en obstaculizar e impedir este divino alumbramiento! La muerte es hechura suya y se aprovecha de la perenne alianza que con ella tiene para estar siempre a su vera, acechando la oportunidad de destilar su veneno en las heridas que ella con sola su proximidad infiere al hombre. ¿A qué subterfugios acudirá, qué engaños empleará, de qué alicientes se servirá para tirar de la débil voluntad humana? Y ¿cómo no sería seguro su triunfo sin el auxilio especial que Dios concede al mori-

bundo? Porque antes y mejor que el demonio Dios sabe todo el alcance sobrenatural que su muerte tiene para el que muere. Tal vez, en todo el Evangelio no haya invitación tan apremiante como la de que estemos apercibidos y vigilantes para cuando llegue este momento. En sus advertencias Cristo da de lado el aspecto de destrucción o de separación que en la muerte más nos horroriza, y nos la presenta como la venida del esposo que llega a celebrar sus bodas, al que el cortejo de la esposa ha de recibir con luces y algazara; o, más sombriamente, como la vuelta del Señor que regresa de su viaje y pide cuenta a sus siervos de los bienes que le confió durante su ausencia *(Mateo XXV, 1-28).* Siempre el lado positivo de la muerte, su otra vertiente, la que ya está fuera del tiempo y del mundo, mientras que el demonio se queda del lado de acá, en lo que todavía no es muerte, aunque sea vida mortal. La muerte es la revelación de Dios al hombre, la realización de su esperanza, la llegada a la plena madurez de la nueva criatura; pero la agonía es la revelación del fondo más auténtico del hombre, de su verdadera actitud ante la vida, que nunca aparece tan clara como en este momento de su muerte. Por su esperanza el cristianismo supera el miedo que le causa, no tan sólo por el dolor con que de ordinario viene, ni por la separación que necesariamente realiza; es sobre todo su estrecha

conexión con el pecado y con el demonio lo que le da su específico horror cristiano. Es la muerte como la encarnación física del pecado, la presencia casi visible del demonio, que viene a reclamar lo suyo, que es ese cuerpo de pecado ya en los estertores de la agonía: cuando se lo lleve, el espíritu perderá el poder de cambiar de posición fundamental, de orientarse hacia Dios o hacia el mundo, que tuvo durante la vida. Por eso toda la hostilidad de los enemigos del alma se acrecienta e intensifica en este último momento, en que entre esta vida que es muerte y la muerte que es vida, el alma, la pobre alma humana, más pequeña y desvalida que nunca, no tiene más fuerza que la que le venga de su Padre; en él espera aún más decidida y firmemente en este momento porque su esperanza está corroborada por un sacramento que para ayudar a los suyos en los peligros y dificultades de esta hora instituyó Cristo, el de la extrema unción, "instituído como verdadero y propio sacramento del Nuevo Testamento por Cristo nuestro Señor, insinuado ya en el Evangelio de San Marcos, recomendado a los fieles y promulgado por el Apóstol Santiago, hermano del Señor, con estas palabras: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? llame a los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con aceite en nombre del Señor, y la oración de fe salvará al enfermo y el Señor lo levantará y si estuviere en pecados, le

serán perdonados" *(V, 15)*... Con estas palabras se explica la realidad y efectos de este Sacramento:.....al que se le llama el sacramento de los que salen" *(Concilio Tridentino, sesión XIV)*. Salen de esta vida, no mueren, acompañados por Cristo que también en sus umbrales los recibió con el bautismo; éste que se marcha es un miembro de su cuerpo, parte y propiedad suya, y aunque quiera arrebatárselo el ladrón, ahí está él confortandolo con su sacramento, gracia del Espíritu Santo en aceite de oliva, que unge al cuerpo, y fortifica al alma en este supremo trance. No admite el cristiano una preexistencia de las almas, anterior a su incorporación al cuerpo; tampoco cree que el alma sea engendrada con el cuerpo por obra humana, sino que afirma una particular creación de cada una de ellas por la omnipotencia divina que las saca de la nada, no para perderlas eternamente sino para hacerlas eternamente dichosas. Para el puro y simple hombre morir es enterrarse, volver a la tierra de la que había salido; para el cristiano, que además de hombre es hijo de Dios, nacido del agua y del Espíritu Santo, morir es volver al seno de su Padre que lo había creado; y en él lo deja, si se recibe debidamente, este maravilloso sacramento de la extrema-unción. Está de por medio la profunda sima de la muerte, pero ¿por qué ante ella ha de hacernos dudar la poca fe? "Creo, Señor, clamaba el padre del poseído, pero ayuda mi

incredulidad" *(Marcos IX, 24)*, y a este grito divino, a fuerza de ser humano, responde Cristo no haciendo un milagro, sino dándose él mismo como viático de este viaje a la eternidad. ¿No había prometido *(Juan VI, 54)* que el que tomara su carne y bebiera su sangre tendría vida eterna y lo resucitaría el último día? Pues aquí está, reiterando su promesa, cuando ya el plazo de espera es tan corto que hace inminente su cumplimiento, confirmándole con su cuerpo y con su sangre la esperanza de que muriendo nace.

La muerte es acabarse, pero acabarse no es dejer de ser, sino hacerse del todo, terminarse por completo, por lo que la idea de la muerte no es negativa, como parece, sino eminentemente positiva. La manera concreta que tiene cada uno de acabarse es la que revela el juicio divino, la que ya tiene el alma separada del cuerpo, de sus restos mortales, que con su presencia hacen aún más visible y dolorosa la ausencia de la persona a que pertenecieron. Pero quien existe de verdad es ésta y no aquéllos, y a esta supervivencia de la persona alude hasta la misma palabra de difuntos con que se designa a los muertos: difunto es el que ha pagado lo que debía y, desempeñado, queda en franquía para comenzar su verdadera vida: ya no tiene ni deudas que le agobien, ni cargos que le obliguen a desempeñar una función determinada: terminó de vivir para los demás y ahora vive para

sí mismo. En pleno acuerdo con la etimología de la palabra, la revelación cristiana situa después de la muerte del difunto su verdadera vida personal, la que es consumación y plenitud de su propio ser, concretándola en la eterna unión o separación de Dios. Una y otra suponen que lo que muere no son más que los restos y no el todo, ni siquiera la parte principal, del hombre: su alma o espíritu. Identificó estos dos términos San Agustín para dejar bien claro que el principio vital del hombre, lo que anima y vivifica a su cuerpo mientras lo tiene, es el espíritu, libre y consciente de sí mismo, con una mayor emancipación y una más profunda conciencia después de la muerte, que le ha separado del cuerpo y ha roto la premiosa colaboración que con él mantuvo. Porque el alma humana al ser infundida al cuerpo en la generación, no traía ni ideas, ni reminiscencias de ideas, sino que era —según la tradicional comparación— como limpio lienzo en el que nunca se hubiera pintado nada: su vida empieza con la del cuerpo, como su conocimiento con el de los sentidos; el pensamiento cristiano, que afirma tan firmemente la supervivencia del alma, sostiene con igual tesón que, mientras está unida al cuerpo, no ya la incoación, sino el desarrollo de toda su actividad está condicionada, sostenida e instrumentada por el cuerpo, pues entre alma y cuerpo hay una unión sustancial de la que resulta el hombre, que no es ni alma ni cuerpo,

sino la unión de los dos en una persona. Por esta estrecha unión y colaboración entre los dos elementos que lo componen, resulta tan difícil de imaginar el estado y las funciones del alma separada, que supervive como si fuera espíritu puro, cuando en realidad no lo es, sino espíritu del hombre, esencialmente ordenado a animar un cuerpo. Sea cual fuere su situación de hecho —la suprema felicidad o el justiciero castigo— conserva esta relación trascendental a su cuerpo que la mantiene traspasada del deseo de unirse a él, de volver a su radical destino de espíritu de un hombre en un cuerpo. No se ha de concebir, por lo tanto, la separación de él que realiza la muerte como una total y definitiva ruptura con el cuerpo y con todo lo que por el cuerpo entraba en el espíritu: es tan sólo una suspensión temporal de su función animadora que volverá de nuevo a ejercerse, cuando al resucitar la carne, vuelvan otra vez y para siempre a unirse sustancialmente los cuerpos a las almas. En este interregno, de tan larga duración como el mundo, vive su realidad presente, mucho más rica y fecunda que toda su vida pasada, y en ella se desenvuelve de modo que no nos es posible imaginar, porque en esta vida el hombre llega a la actividad del espíritu mediante sus sentidos, sus nervios y su cerebro, y con esta intervención indispensable del cuerpo queda tan fuertemente matizada que toda ella parece como que se corporaliza y se reduce a lí-

mites de espacio y tiempo, de materia y cantidad, que no cuentan para el alma separada. Llega esta a lo inteligible por sí misma, sin la mediación de lo sensible, y en esta intuición directa se concentra su vida, cuyas vertientes fundamentales siguen siendo la intelectual y la volitiva, aunque con mucha mayor amplitud e intensidad que ahora. En el plano sobrenatural a que todas las criaturas espirituales están de hecho elevadas, el objeto fundamental de su entendimiento y de su voluntad es el mismo Dios, que las prepara y capacita para esta vida divina: las almas separadas ven y gozan de Dios o sufren por no verlo el más indecible de los tormentos; la visión de Dios y el gozo que le acompaña absorben por completo toda su nueva vida. ¿Qué persiste en ella de la que vivieron con el cuerpo? ¿Qué recuerdos guardan de ella y cómo mantienen secretamente su presencia en la ausencia que es su muerte corporal? ¿Cómo entran en el tiempo y en él siguen el curso de los acontecimientos? Pero plantear estas cuestiones ¿no es adquirir conciencia de la enorme distancia que de ellas nos separa? Una distancia que no es espacial, porque es precisamente ahora cuando podemos establecer con ellas una relación más íntima y directa, sino cualitativa, originada por la distinta manera que de ser tienen ellas y nosotros. Nacimiento llama el lenguaje cristiano a la muerte, porque en ella se nace a una nueva vida que, por su misma

riqueza, es inasequible intelectual e imaginativamente al hombre de la tierra. De ella nos dice Cristo que es como la de los ángeles en el cielo, refiriéndose a su aspecto natural; sobrenaturalmente sabemos por la fe que es la maravillosa floración de la nueva naturaleza que la gracia infunde en el hombre por la que participa de la misma vida de Dios. En él "nos movemos, vivimos y somos" aun ahora, nos advierte San Pablo *(Hecho de los Apóstoles, XVII, 28)* y de esa realidad, velada en esta vida por el misterio, está hecha esa otra que viven las almas bienaventuradas. El no creyente propende a considerar la muerte ni siquiera como un desnacer, que sería tan sólo una disminución de vida; sino como la aniquilación total y completa de su propia existencia, que tan misteriosamente como se había producido desaparecería en la nada. Cuando piensa en ella o la desea, la ve como un dejar de ser, que pudiera serle apetecible por su misma total vaciedad: así ha podido hablar del placer del morir como descanso y término del dolor de vivir, y hasta ha pedido a la muerte —¿sinceramente?— que venga "tan escondida —que no te sienta venir— porque el placer de morir —no me vuelva a dar la vida—." No es el tedio de la vida, ni su dolor, sino profundísima ansia de vivir la que inspira a la poesía cristiana de la muerte, en la que el vehemente deseo de vivir la vida que tras la

muerte espera le hace decir: "Esta vida que yo vivo —es privación de vivir—; y así, es continuo morir —hasta que viva contigo—. Oye, mi Dios, lo que digo: —que esta vida no la quiero— que muero porque no muero".

LA ESPERANZA DE JOB

EL hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores: que sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece” decía en su propia defensa Job *(XIV-1-12)*, porque su dolor le daba clara conciencia de que esta fragilidad de su propia naturaleza era el único escudo en que podía resguardarse de los terribles golpes que le asestaba su infortunio. Porque siendo tan poca cosa ¿cómo podía entrar en juicio con él el Dios omnipotente? ¿O no sería su desgracia, como la poda del árbol, la dolorosa iniciación de nueva y más fecunda vida? “Porque si el árbol fuere cortado, aun queda de él esperanza; retoñecerá aún y sus renuevos no faltarán. Si se envejeciere su raíz en la tierra, y su tronco fuere muerto en el polvo, al percibir el agua reverdecerá y hará copa como planta”. Pero ese agua de consuelo no

le llegó, sino que por el contrario crecieron sus calamidades y se fueron llevando una tras otra todas sus esperanzas; al perderlas, creció su esperanza, la vieja raíz metida en la tierra más profunda de su propio ser, y de allí brotó, maravillosamente alumbrada por el mismo Dios, el agua que reverdecería a Job eternamente. "Yo sé que mi Redentor vive —gritaba jubiloso— y al fin se levantará sobre el polvo, y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí y mis ojos lo verán y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí" *(Job, XIX, 25-27)*. ¿Quién había dado a Job esta esperanza que ilumina su muladar con resplandores celestiales? Esperanza no tan sólo en la supervivencia de su espíritu, sino en la resurrección de esa carne podrida, que él cogía y apretaba con sus descarnadas manos: ha de ver a Dios, pero no sólo con la visión intelectual de su mente, sino con estos ojos tumefactos de su carne en descomposición; lo ha de ver él mismo, su propia persona y no otra que la suceda o en la que reencarnase: ha de resucitar su propia carne, animada otra vez por este mismo espíritu en la unión ya indisoluble de ambos en su propia y singular persona. Se derrumban todas sus esperanzas, pero le queda la esperanza, esta sobrehumana, única y total esperanza, de la que nos dice que la lleva en su seno, en la entraña más escondida de su propio ser, más fuerte que la vida y más

fuerte que la muerte, alimentada que no destruída por esta furia de la adversidad que sobre él se abate. ¿De dónde le vino a Job su inconmovible esperanza?

Siglos más tarde, siempre que sus oyentes, incrédulos o maliciosos, pedían a Cristo que probara la divinidad de su misión con un milagro, Jesús apelaba indefectiblemente al de su propia resurrección, no tan sólo por claro y definitivo, sino por ser como la clave visible de toda su obra, que exigía necesariamente este triunfo suyo sobre la muerte. En la vida mortal de Cristo, por aquella perfecta identificación de su voluntad humana con la divina, hay una plena y absoluta coincidencia de su desarrollo en el tiempo con el eterno plan divino: Cristo hace lo que su Padre había dispuesto que hiciera. San Mateo más que ningún otro evangelista tiene el decidido propósito de ir notando cómo en la vida temporal de Cristo se realizan puntualmente aquellos aspectos del plan divino que, por lo mismo que eran eternos, pudieron ser anticipadamente vistos por los profetas. Los vió Job y se le metió en el alma esa esperaza a la que se acogía con tan vehemente ansia en su desgracia. Y también podemos verlos nosotros, porque si historia y profecía, realidad humana y decisión divina, son uno y lo mismo en la vida de Cristo, es preferible verla desde la eternidad porque vista así, desde un ángulo eterno, con los hechos se ve también su ra-

zón íntima y su profundo sentido. ¿Cuál es el de la resurrección de Cristo? Nos lo revela claramente San Pablo, sobre todo en aquel pasaje de su carta a los Romanos, *(V, 12-21)* en que contrapone Cristo redentor al pecador Adan: los dos son cabeza de la humanidad, aunque en muy distinto sentido, pues Cristo lo es por gracia y Adan por naturaleza; gracia y naturaleza no se contraponen como cosas opuestas e incompatibles, sino que la gracia es la elevación de la naturaleza y, por lo mismo, su más completa y plena realización en todos los sentidos, incluso en el de su propio ser natural; hay oposición entre Adan y Cristo en cuanto que todo el daño que por su desobediencia infirió Adán a sus descendientes ha de reparalo en los suyos Cristo con su obediencia; de Adán pasó a todos el pecado y con el pecado, la concupiscencia y la muerte, de una parte, y, de otra la esclavitud al demonio y la hostilidad del mundo; les tranmite, pues, una naturaleza empobrecida en su ser, limitada en el tiempo, íntimamente desgarrada en su acción, que se ha de desarrollar en perenne lucho con un medio, —visible e invisible, interno y externo—, que le es francamente hostil; aunque todos estos males se originan en el pecado, no tienen todos ellos ni la misma naturaleza, ni el mismo alcance; de suyo, la muerte es un mal físico y no es moral sino por su conexión con el pecado, por ser consecuencia del de Adán y estar

por este hecho ligada con las fuentes internas del pecado, como la concupiscencia, o externas, como el demonio; a diferencia de estos, que actúan solicitando a la voluntad hasta que libremente se le entregue, la muerte —y porporcionalmente la hostilidad de la naturaleza— se impone con una necesidad naturalmente ineludible; en cambio, su contacto no mancha y el puro, que dejaría de serlo en cuanto fuera vencido por el demonio o la concupiscencia, puede recibirla sin el menor detrimento de su propia santidad; como el pecado, aunque de otra manera, la muerte pasa a todos los hombres, cuya vida empieza con aquél y termina con ésta. Para remediar todos estos males se estructura la misión y obra de Cristo, que aun sobrepasándolos a todos, simplemente por el hecho de ser el mismo Dios quien la realiza, se moldea en todo lo posible sobre la trasgresión de Adán. Fué esta una desobediencia personal suya, transmitida más tarde a todos los hombres con la naturaleza humana que de él todos toman, que lo constituyó a él mismo y en sí mismo pecador, sujeto a la concupiscencia, mortal y esclavo del demonio. Pues también Cristo, antes de transmitir a los suyos las consecuencias de su reparación, tiene que vencer en sí mismo a todos y cada uno de estos enemigos, aunque no con todos pudiera luchar del mismo modo. Como ninguno puede atacarle en cuanto Dios, se pone a su alcance y Jesucristo "que siendo en forma de

Dios no tuvo por usurpación ser igual a Dios, sin embargo, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz" *(Filipenses, II, 6-8).* La existencia en Cristo de estas dos formas, como las llama San Pablo, la de Dios y la de siervo o de hombre, es, de una parte, la razón del valor de todas sus acciones que, aún apareciendo como de un siervo y hechas con el imprescindible concurso de la naturaleza servil del hombre, en realidad son de Dios y pueden con ventaja contraponerse y reparar la desobediencia de Adán: la gravedad de esta no nacía del ofensor, sino del ofendido, que era Dios, por lo que para el hombre era materialmente imposible desagraviarle, pues su reparación, como de siervo, hubiera quedado siempre a distancia infinita del agravio hecho a Dios; y como no tenía sentido que Dios se desagraviará a sí mismo, o quedaba en pie el pecado o para quitarlo había que acudir a algún medio extraordinario. Ninguno tanto como el que históricamente fué empleado: la encarnación de Dios, esta humillación suya, como con toda razón la califica San Pablo, que al tomar forma de siervo, lo hace semejante a los hombres y le permite, como hombre, desagraviar a Dios; la diferencia infinita que media entre Dios y el hombre desaparece en este hombre-Dios, que como hombre puede hacerse

y se hace solidario del pecado para repararlo y, como Dios, puede dar a su reparación tanto y más valor que el que tuvo el pecado. De otra parte, por ser Dios a la vez que hombre, queda convertido en cabeza y principio espiritual de toda la humanidad, como Adán lo es en el orden natural: ni el pecado era personalmente suyo, sino que cargó voluntariamente con él por ser de la humanidad, ni la reparación ha de ser exclusivamente suya, sino que trasciende de su persona y pasa a todos los hombres. Pero esta función social de jefes y representantes de toda la humanidad que uno y otro desempeñan, lejos de anular su propia personalidad, sólo es posible por las especialísimas circunstancias de una y otra persona, que son las que hacen repercutir en toda la humanidad lo que a ellas les suceda. No tenía Adán conciencia de estas ramificaciones de su pecado, ni tampoco hacía falta, pues había de transmitirse por la carne y por la sangre, con la misma naturaleza, que por estar privada de los dones sobre y preternaturales con que Dios la había dotado, por no ser más que naturaleza cuando también había de ser gracia, está en pecado. Cristo, por el contrario, tiene plena y clara conciencia de su misión, que concibió y ordenó en cuanto Dios, y como hombre aceptó y cumplió: la libre intervención de su voluntad era indispensable para que su muerte fuera un sacrificio y de él se beneficiaran todos los hombres, apro-

piándoselo conscientemente, pues la reparación se transmite no como la ofensa por la línea de naturaleza, sino por el espíritu, por la espiritual incorporación a Cristo. La desobediencia de Adán la motivó su deseo de ser como Dios, tan fuerte y tan vehemente, que le lleva a rebelarse contra él y a incurrir en delito de muerte; la obediencia de Cristo se basa en que, siendo Dios, toma la condición humana, tan real y verdadera que puede obedecer hasta la muerte y muerte de cruz. Con ella quedaba reparada la justicia divina y cancelado el pecado, no el de Cristo que nunca lo tuvo —"¿quién de vosotros me podrá arguir de pecado?" retaba él mismo a sus más enconados adversarios hacia el final de su vida *(Juan, VIII, 46)*— sino el de toda la humanidad que por Cristo, por su muerte, queda reconciliada con Dios y liberada de aquella ominosa situación en que le colocó el pecado de Adán. Pero por su obediencia muere Cristo y la muerte es consecuencia del pecado; quedar en la muerte ¿no hubiera sido quedar en poder del pecado? Si en él no hubo nunca pecado personal y de los de la humanidad que había asumido se descargó en la cruz ¿con qué derecho podría retenerlo la muerte? Reparado el pecado, la muerte estaba radicalmente vencida y antes que nadie en este cuerpo que nos rescató, ya muerto y sepultado, pero aún en la muerte y en el sepulcro hipostáticamente unido a la divinidad. "¿Por qué

buscáis entre los muertos al que vive?" preguntaron y reprocharon los ángeles a las mujeres junto a la que fué tumba de Cristo *(Lucas XXIV, 5)*. Tuvo que morir para luchar con la muerte y vencerla resucitando, porque profetizado está: "destruirá la muerte para siempre y enjugará el Señor toda lágrima de todos los rostros". *(Isaías, XXV, 8)*. Se secaron en el acto las que corrían por los de aquellas piadosas mujeres, que regresaron a Jerusalén tal vez sin comprender claramente la profunda significación del hecho que casi ante sus ojos se había verificado. Porque la resurrección de Cristo, aquella limitación que en su cuerpo se había impuesto al imperio y a la ley de la muerte, era su total y definitiva derrota. "¿Dónde está, ¡oh muerte! tu aguijón? ¿Dónde ¡oh sepulcro! tu victoria?" *(I, Corintios, XV, 55)*. ¿No ha muerto la muerte muriendo Cristo?

Cabeza y representante de toda la humanidad es Cristo, al que está ligada por lazos más sutiles y más firmes que los que le unen a Adán, porque todos los hombres están de hecho o en potencia místicamente incorporados a Cristo y son, por lo mismo, partícipes de sus bienes y de sus victorias. Fué San Pablo quien reveló esta incorporación de los hombres a Cristo y es San Pablo quien lógicamente ve en su resurrección la prenda y la garantía de la de todos nosotros. La nuestra con la de Cristo está tan íntimamente enlazada que toda la fe cristiana

se afirma o se niega según se acepte o rechace esta creencia en nuestra propia resurrección, porque aunque la fe supere a la razón y no se rija por las leyes que ésta, tiene también su cohesión interna y es imposible negar la resurrección de los hombres, sin que al mismo tiempo queda negada la de Cristo, cabeza de ellos; y si Cristo no ha resucitado, ni era Dios, ni nos ha redimido, y somos los más miserables de los hombres. Pero he aquí el vigoroso razonamiento de la fe de San Pablo: "Y si Cristo es predicado que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, Cristo tampoco resucitó: y si Cristo no resucitó, vana es también nuestra fe. Y aún somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él haya levantado a Cristo, al cual no levantó si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo son perdidos. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, los más miserables somos de todos los hombres. Más ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos

mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Mas cada uno en su orden: Cristo las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida". *(I, Corintios, XV, 12-13)* No hay más diferencia que esta del tiempo en que una y otra resurrección tendrá lugar; antes, la de Cristo, como las primicias que se cosechan antes de tiempo para calmar la impaciente ansia del sembrador; después, cuando ya toda la mies esté en sazón, la de todos los hombres, pues todos son de Cristo, cuando por segunda vez venga a juzgarlos. Ni Cristo juzga cadáveres, ni Dios es Dios de muertos, sino de vivos; hombres completos, con cuerpo y alma, son los que han de comparecer ante Cristo y recibir de sus labios la condenación o la gloria de lo que hicieron como hombres, con la complicidad o ayuda de sus cuerpos bajo la dirección y responsabilidad de sus almas. No hay en el Nuevo Testamento ninguna descripción detallada de esta gran resurrección que se verificará "en un momento, en un abrir de ojos, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados" *(I, Corintios XV, 25)*; en el Antiguo hay la insuperable de Ezequiel que, aunque simbólica y limitada al pueblo de Israel, tiene validez para la universal y verdadera. "Y la mano de Jehová —escribe el profeta— fué sobre mí, y sacóme en espíritu de Jehová y púsome en medio de un campo que estaba lleno de huesos.

E hízome pasar cerca de ellos por todo alrededor: y he aquí que eran muy muchos sobre la haz del campo, y por cierto secos en gran manera. Y díjome: Hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor Jehová, tu lo sabes. Díjome entonces: Profetiza sobre estos huesos y díles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho el Señor Jehová a estos huesos: he aquí yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré nervios sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y sabréis que yo soy Jehová. Profeticé, pues, como me fué mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor, y los huesos se llegaron cada hueso a cada hueso. Y miré, y he aquí nervios sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos: mas no había en ellos espíritu. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo del hombre, y dí al espíritu: así ha dicho el Señor Jehová: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies, un ejército grande en extremo". *(Ezequiel, XXXVII, 1-10)*

San Pablo, mucho más teólogo, está preocupado, tal vez porque también fuera esa la inquietud de los fieles, por aclarar dos grandes cuestiones que a todos nos plantea esta futura y cierta resurrec-

ción. La primera de ellas se refiere a la identidad de los cuerpos resucitados; la segunda a las propiedades con que han de resucitar: "Mas dirá alguno —escribe— ¿cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? *(I, Corintios, XV, 35)* ¡Cómo se transparenta el ansia humana de inmortalidad personal y corporal en estas preguntas! Porque ese profundísimo deseo de no morir o de resucitar después de muertos, no se calma con una resurrección que no sea la del propio cuerpo, éste que fué compañero e instrumento del alma durante su peregrinación por este mundo, presa de la corrupción y de la disolución por obra de la muerte. Lo que quiere el hombre es no morir y, puesto que muere, que le devulevan en la resurrección aquel cuerpo que fué el suyo. La fe no reprueba sino que recoge y calma este deseo, que no es de materialidad, sino de humanidad; de volver a ser hombre y vivir como hombre entre el espíritu y la materia, de glorificar a la materia como en los elegidos ya lo está el espíritu. San Pablo no rehuye la dificultad sino que afrontándola resueltamente escribe: "Necio, lo que tu siembras, no se vivifica, si no muriese antes; y cuando siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, así como de trigo o de alguno de los otros, mas Dios le da el cuerpo como quiere y a cada una de las semillas su propio cuerpo" *(I, Corintios XV, 38 y 39)*. La muerte que tanto nos espanta tiene por la resurrec-

ción una misión vivificadora: hasta ella llega el triunfo de la redención y al ser vencida, cambia de signo y se convierte en un factor positivo de la glorificación del cuerpo. La muerte no es la destrucción, como no lo es la siembra, aunque el grano se entierre y sea deshecho. "En verdad, en verdad, os digo —decía Cristo— que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva" *(Juan XII, 24)*. Para que se vivifique, el cuerpo ha de ser sembrado y al germinar, permaneciendo siempre el mismo, ha de sufrir esa maravillosa transformación que en la yerba o en árbol crecido tiene su simiente: la gran revelación que nos hace San Pablo es la de descubrirnos este misterioso y sobrenatural crecimiento del cuerpo, no en magnitud, sino en calidad, cuando después de sembrado o enterrado germine para la resurrección: también para él Dios ha querido una plenitud que es en relación con su plenitud mortal lo que el árbol respecto de su simiente. Esta crece como Dios quiere, como ha determinado la voluntad divina entrañada en ella misma en forma de ley natural, que va encauzando y determinando su crecimiento de modo que realice la idea de Dios; el cuerpo humano, enterrado o sembrado, también ha de crecer para la resurrección como Dios quiera, pero este querer de Dios no es arbitrario, sino que da a cada semilla su propio cuerpo y a cada alma el que corresponda a su propio cre-

cimiento. Lejos de él, sin informarle ni animarle en esta etapa de su siembra, es también el alma quien determina y causa el crecimento del cuerpo que, aún enterrado y descompuesto, sigue siendo suyo. "No toda carne es la misma carne —nos continúa diciendo San Pablo— más una ciertamente es la de los hombres, otra la de las bestias, otra la de las aves y otra la de los peces; y cuerpos hay celestiales y cuerpos terrestres, mas una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrestres: una es la claridad de sol, otra la claridad de la luna y otra la claridad de las estrellas; y aún hay diferencia de estrella a estrella en la claridad. Así también la resurrección de los muertos" *(I, Corintios, XV, 39-42)*. En el comentario que Santo Tomás hace de estas palabras insiste sobre todo en la identidad del cuerpo a pesar de su gloriosa transformación. "Si Dios ha dado propiedades diferentes —viene a decir— a las carnes de los animales según su diversas especies; si ha puesto diferentes perfecciones en los cuerpos celestiales que en los de la tierra, según la diversidad de su situación; y si entre los mismos celestiales ha puesto diferencia de luz y resplandor a proporción de su grandeza y del lugar que ocupan, ¿acaso no puede dar diferentes atributos al cuerpo del hombre según los diversos estados en que se halle? Y si esta diversidad no hace que la carne de los animales deje de ser verdadera carne y que los cuerpos inanimados, celestes

y terrestres, dejen de ser verdaderos cuerpos, ¿por qué los nuestros han de dejar de ser verdaderos cuerpos, aunque después de resucitados tengan diversas dotes que cuando vivieron?; y si Dios pudo hacer aquello ¿por qué no esto?" Carne de peregrino, cuerpo de viajero, es este que ahora anima nuestro espíritu, pero si después de la muerte, al llegar al término, el mismo espíritu ha de transformarse tan hondamente que no nos es posible imaginar ese su futuro estado ¿cómo nos va a extrañar que su transformación repercuta en el cuerpo y sea éste cuando resucite tan distinto del que fué enterrado como el árbol lo es de la semilla?

"Se siembra (el cuerpo) —continúa diciendo el Apóstol— en corrupción, resucitará en incorrupción: es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor; es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Si hay cuerpo animal, lo hay también espiritual, así como está escrito: fué hecho el primer hombre Adán en ánima viviente, el postrero en espíritu vivificante. El primer hombre de la tierra, terreno, el segundo hombre del cielo, espiritual. Cual el terreno, también los terrenos; y cual el celestial, tales también los celestiales; por lo cual así como trajimos la imagen del terreno, traeremos también la imagen del celestial". *(I, Corintios XV, 42-49)* ¡Con qué maravillosa lucidez vuelve siempre San Pablo a su fecundo principio de la oposición

entre Adán y Cristo! ¿No es ella la que explica plenamente la diversidad del cuerpo antes y después de la resurrección? ¿Por qué antes de morir es corruptible, vil, flaco y animal, sino porque en ese estado lo puso el hombre terrenal, el que fué hecho del polvo de la tierra en ánima viviente? ¿Y por qué, después de la resurrección ha de ser impasible, glorioso, ágil y sutil, sino porque a ese estado lo eleva el otro Adán, el que no por obra de varón tomó carne, sino por la sombra del Espíritu Santo, para ser espíritu vivificante? Es muy significativa esa oposición entre ánima viviente y espíritu vivificante que tan claramente establece San Pablo entre el Adán primero y el postrero; no tan sólo porque aquél viva y éste haga vivir, sino porque el uno es en ánima y el otro en espíritu; no tenía Cristo más alma que su espíritu como en Adán era espíritu su alma y, sin embargo, respecto del cuerpo en Adán sólo había alma y en Cristo sólo hay espíritu. ¿No se nos da así a entender que la gracia, por la que Cristo es el último Adán, es realmente sobrenaturaleza y, por lo mismo, supone y exige que haya una naturaleza? La del primer Adán, como la de todo hombre, se compone de alma y cuerpo, de un alma que anima a un cuerpo, que por estar así animado se llama y es animal; esta es su característica fundamental y de ella brotan todas esas cualidades de vileza, corrupción y flaqueza que enumera San Pablo; pero el segundo

Adán, cabeza y fuente del linaje humano como el primero, empieza a hacer semejantes a él mismo a estos mismos hombres que por Adán constaban de alma y cuerpo animal: no les priva de lo que ya tienen, sino que moldeándolo a su imagen lo espiritualiza, pues él es espíritu vivificante; aquella débil y mortecina llama de espíritu que había en Adán, consumida casi por completo en animar el cuerpo, arde ahora briosamente con la vida espiritual que recibe de Cristo, y ¿cómo no, si Cristo lo pone en amistosa y filial comunicación con el Espíritu, con Dios? Sl alma se embebe y se llena de espíritu en tal forma que hasta su misma función animadora del cuerpo se espiritualiza, convirtiéndolo de animal que era en espiritual. Esta es la clave de todas las maravillosas transformaciones que en él opera la resurrección: habían estado potencialmente latentes durante su vida mortal, determinada toda ella en sus condiciones físicas por la herencia del primer Adán; empiezan a germinar y desarrollarse cuando se siembra el cuerpo y se va formando en el seno de la tierra para su nuevo y definitivo alumbramiento; y aparecerá crecido y glorioso cuando al sonido de la trompeta angelical se levante lleno de vida a incorporarse para siempre al segundo Adán, del que hasta entonces no llegará a ser perfecta imagen. Afirmar, pues, que el cuerpo ha de ser espiritual no es una atrevida matáfora que haga San Pablo, sino la conclusión literal y vigorosa

de todo el razonamiento que hace y, aunque parezca paradoja, no es más que la inversión de los términos en que viven alma y cuerpo en el primer Adán; pues si en éste, la influencia del cuerpo sobre el alma es tan grande y tan intensa que su espíritu parece corporal ¿por qué ha de extrañarnos que en el segundo por la razón contraria el cuerpo sea espiritual? Hombre era el primero, aunque de la tierra, y aunque del cielo, hombre será el postrero: la distancia que va del uno al otro es toda la anchura del concepto de hombre y la base del único humanismo con sentido, el que es a lo divino.

A esta espiritualidad del cuerpo resucitado se refería Cristo cuando contestando a una objección de los Saduceos, que pensaron ponerle en grave aprieto preguntándole de quién sería mujer en la resurrección la que en esta vida había tenido varios maridos, dijo: "En la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, mas son como los ángeles de Dios en el cielo" *(Mateo, XXII, 30)*. Como ángeles, en sus espíritus que han de ver a Dios cara a cara; y como ángeles, en sus cuerpos, que siendo ya inmortales ¿por qué han de tener ansia de engendrar? Hubo una época en que ésta fué no deseo de la carne, sino afán del espíritu en lucha con el tiempo, porque en él había de venir en carne mortal el mismo Dios; la profecía trascendía el deseo carnal en los judíos, espiritualizándolo con la esperanza de estar presentes

en sus descendientes en este mundo, cuando a él viniera el Hijo de Dios: la fe cristiana vació esta esperanza con la mayor de ver personalmente todos y cada uno de los hombres al Dios uno y trino; al deseo de fecundidad, específicamente judío, sucedió la virtud de la virginidad, específicamente cristiana, con el empeño de que los hombres vivieran como ángeles no ya en la resurrección, sino hasta en esta vida y con este mismo cuerpo. No importa que en él fracasen muchos o pocos, porque basta solamente el propósito para que él sea como una revelación de la espiritualidad del cuerpo humano, anticipada maravillosamente por obra de la gracia. Lo que es excepcional en esta vida será lo normal en la otra, cuando con la muerte se inicie la nueva gestación que no sólo ha de espiritualizar al cuerpo, sino que lo ha de hacer celestial, en la plena madurez que adquirirá en el día del Señor, cuando resucite incorruptible, espiritual, con gloria y con poder. La muerte, lejos de deshacerlo, lo ha purificado habilitándole para las nuevas funciones que ha de desempeñar al volverse a unir con su espíritu en aquella misma persona que lo poseyó durante esta vida. Sus profundos cambios no alteran su identidad, como tampoco cambió la del espíritu la trascendental modificación que en él realizó la gracia divina. Una y la misma es la persona que a la vez es hombre y cristiano: por ser hombre es hijo de Adán y ha de morir como su padre; pero

como cristiano ha nacido a nueva vida, que no le arrebata la muerte, sino que se la confirma y vigoriza; como hijo de Adán, tenía a su imagen un cuerpo corruptible, con necesidades vergonzosas, flaco en sí mismo y más como servidor del espíritu, semejante al de los animales en su ser y en su obrar; como miembro del cuerpo de Cristo ha de resucitar con cuerpo celestial, liberado para siempre de la corrupción y de la muerte, revestido de la gloria que en él redunda de la que tiene y goza el espíritu, al que sirve ágil y dócilmente con las fuerzas que entonces ha de poseer por llevar en sí la imagen del postrer Adán, del que es del cielo.

EN aquel discurso que pronunció San Pablo en el Areópago, hablándoles a los atenienses del Dios desconocido al que honraban sin conocerlo, les dijo que "ha establecido un día en el cual ha de juzgar al mundo con justicia por aquel varón al cual determinó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos". Y cuentan los Hechos de los Apóstoles que "así como oyeron de la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían: te oiremos de ésto otra vez" *(XVII, 22-32)*. ¿Cómo es que tropezaban tan sin remedio en la resurrección y pasaban por alto ese día en que Dios había de juzgar al mundo? ¿Por ser la resurrección un hecho que San Pablo daba como realizado y el juicio una amenaza, por futura, inexistente? ¿O es que les parecía más factible y racional que Dios juzgara al mundo que el que resucitara a los muer-

tos? Aquellos oyentes suyos que "en ninguna otra cosa entendían sino en decir o en oir alguna cosa nueva" no podían percibir toda la hondísima preocupación que en todos los tiempos cristianos había de producir ese día de que les hablaba San Pablo. Un día perennemente nuevo, sin aurora ni ocaso, porque su sol había de ser la relampagueante presencia del Hijo de Dios: el día del Señor como ya antes que los cristianos lo llamaron los judíos, aunque no tuvieran de él unos y otros la misma idea. Porque los judíos no sabían que "en su tiempo" Cristo murió por todos los hombres y, por consiguiente, no podían asociar este tiempo con aquel día, que es lo más especificamente cristiano en este misterio del juicio que Dios ha de hacer a toda la humanidad. Concebir a Dios como remunerador es, en efecto, casi necesario para todo el que llega a la idea de un solo Dios, principio y fin de todo lo existente; pero este Dios de la razón se parece muy poco al de nuestra fe, que "en su tiempo" envió a su Hijo unigénito para que revelara a los hombres lo que había visto en el seno de divinidad: y lo que nos reveló fué que Dios era nuestro Padre o, como dejó escrito uno de sus apóstoles, que Dios es caridad. Esta idea de la paternidad divina impregna y penetra de tal modo su predicación que toda ella parece encaminada a despertar en los hombres sentimientos filiales respecto de Dios. Como niños hay que recibir la palabra divi-

na entregándose a ella con la abandonada confianza con que vive y crece el pájaro en el aire o el lirio en el valle. Y si la niñez es inocencia ¿no es también irresponsabilidad? ¿No hizo el mismo Cristo a todos los hombres irresponsables al responder por ellos en la cruz? ¿Cómo entonces se nos enseña que Cristo, que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, "desde allá ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, a cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus cuerpos y han de dar razón de sus actos y los que hicieron bien irán a la vida eterna y los que mal, al fuego eterno?" Porque "esta es la fe católica, quien no creyere la cual fiel y firmemente, no podrá salvarse"; sí, esta es la maravillosamente intransigente fe católica, que no entiende de componendas ni claudicaciones y emplaza a los hombres libres, a los hijos de Dios, a este tremendo y definitivo juicio que en su nombre ha de hacerles Cristo, tan buen juez como buen redentor.

Conserva la liturgia católica en los bellísimos versos del *Dies irae* siempre vivo y despierto el sano temor que este juicio suscita en el corazón cristiano, pero ¡qué distinto es su sentido de aquellas inspiradísimas imprecaciones con que los profetas judíos predicen el día de Jehová! "Y acontecerá en lo postrero de los tiempos —profetiza Isaías— que será confirmado el monte de la casa de Jehová por cabeza de los montes y será ensal-

zado sobre los collados y correrán a él todas las gentes... Métete en la piedra, escóndete en el polvo, de la presencia espantosa de Jehová y del resplandor de su majestad. La altivez de los ojos de los hombres será abatida y la soberbia de los hombres será humillada y Jehová sólo será ensalzado en aquel día. Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo y sobre todo ensalzado, y será abatido; y sobre todos los cedros del Líbano altos y sublimes y sobre todos los alcornoques de Basán; y sobre todos los montes altos y sobre todos los collados levantados; y sobre toda torre alta y sobre todo muro fuerte; y sobre todas las naves de Tarsis y sobre todas las pinturas preciadas. Y la altivez del hombre será abatida y la soberbia de los hombres será humillada y sólo Jehová será ensalzado en aquel día" *(II, 2-17)*. Más que el castigo de los soberbios y la majestad de Jehová lo que espanta es ese ardoroso designio de venganza que parece atribuirle el profeta como si, a pesar de su inspiración divina, no se hubiera raído por completo de su humano y nacional afán de desquite y proyectara sobre Jehová sus mismos sentimientos de humillar y aplastar a los odiosos enemigos que cercaban al pueblo de Israel y lo tenían a su merced. Porque los altivos y soberbios que Jehová ha de humillar son los idólatras, tanto o más que de Dios enemigos del pueblo de Israel, de sus reyes y de sus hombres, uno de los cuales

era también Isaías. La inspiración divina sobrepasa, elevándolos y purificándolos, los sentimientos del profeta y aunque él piense en la ruina de los enemigos de su pueblo, sus palabras adquieren validez para este universal juicio, aunque en sus profecías Isaías lo limite al de algún determinado pueblo: "Aullad porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso; por tanto se enervarán todas las manos y se desleirá todo corazón de hombre y se llenarán de terror; angustias y dolores los comprenderán; tendrán dolores como mujer de parto; pasmaráse cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llama. He aquí el día del Señor, viene crudo, y de saña y ardor de ira, para tornar la tierra en soledad y raer de ella sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y los luceros no derramarán su lumbre; y el sol se oscurecerá en naciendo y la luna no echará su resplandor. Y visitaré la maldad sobre el mundo y sobre los impíos su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios y abatiré la altivez de los fuertes. Haré más precioso que el oro fino al varón y más que el oro de Ophir al hombre, porque haré estremecer los cielos y la tierra se moverá de su lugar en la indignación del Señor de los ejércitos y en el día de la ira de su furor" *(XIII, 6-13)*. Salta a la vista la coincidencia del *Dies Irae* con estas profecías que son indudablemente una de sus fuentes, pero el sentimiento

que anima a una y otras es completamente distinto: en vez de ese intrépido celo con que el profeta se identifica con Jehová y su justicia, el poeta cristiano se solidariza con los culpables, que van a ser juzgados, y busca ansiosamente en medio de tantos y tan merecidos horrores un asidero a su esperanza. "Día aquel de ira, cuando reduzca el siglo a polvo, como atestiguan David y la sibila. ¡Cuánto temor habrá cuando venga el Juez a juzgarlo todo estrictamente! Al esparcir la trompeta su maravilloso sonido por los lugares de los sepulcros, obligará a todos a presentarse ante el trono. La muerte y la naturaleza se llenarán de estupor cuando resucite la criatura a responder ante su juez. Se ha de traer un libro en que estará escrito todo aquello por lo que el mundo ha de ser juzgado. Cuando se siente el juez, aparecerá todo lo oculto y nada quedará sin castigo. ¡Qué he de decir entonces, miserable de mí; a qué mediador he de acudir cuando el justo apenas está seguro! ¡Oh, rey de tremenda majestad, que salvas gratis a los que se han de salvar, sálvame a mí, fuente de piedad! Acuérdate, piadoso Jesús, de que soy la causa de tu camino y no me pierdas aquel día. Buscándome, cansado te sentaste, me redimiste padeciendo la cruz: que tanto trabajo no sea en vano. Justo juez del castigo, dame el perdón antes del día en que haya de dar razón de mis actos. Gimo como reo que soy, la culpa enrojece mi rostro, perdóna-

me, ¡oh Dios! Tu, que absolviste a la Magdalena y escuchaste al ladrón, a mí también me diste esperanza. Mis oraciones no son dignas, pero por tu bondad procede benignamente para que no arda en el fuego eterno. Colócame entre las ovejas y sepárame de los cabritos, poniéndome a tu derecha. Castigados los malditos a las amargas llamas, llámame con los benditos. Postrado te lo suplico, con el corazón deshecho como la ceniza: ¡cuídate de mi fin! Día de lágrimas aquel en que el hombre ha de resucitar del polvo a ser juzgado como reo: perdónalo, oh Dios, dále el descanso, piadoso Jesús".

Al convertirse el día de Jehová en día de Cristo cristalizan, pues, en él, transformándolo radicalmente, las consecuencias de ser el cristianismo una doctrina de salvación: aun ese mismo juicio que viene Cristo a hacer es para dejar definitivamente terminada su obra salvadora y la intervención que en él tiene la justicia no es más que una necesaria derivación de su obra redentora. El cambio se inicia ya en el profeta Daniel, el más apocalíptico de los libros del Antiguo Testamento, quien en una de sus visiones nos describe aquellas cuatro grandes bestias que salían de la mar para comparecer ante un anciano de grande edad, "cuyo vestido era blanco como la nieve y el pelo de su cabeza como lana limpia; su silla, llama de fuego; sus ruedas, fuego ardiente; un río de fuego procedía y

salía de delante de él: miliares le servían y millones de millones asistían delante de él: el Juez se sentó y los libros se abrieron". Sin embargo, no llega a juzgar porque ese anciano, revestido de una majestad tan terrorífica como la de Jehová, va a entregar sus poderes, inhibiéndose del todo o quedándose en un segundo plano, para que reine en su lugar el Hijo del hombre. "Miraba yo en la visión de la noche —continúa, en efecto, diciendo Daniel— y he aquí en las nubes del cielo como un hijo del hombre que venía y llegó hasta el anciano de gran edad e hiciéronle llegar delante de él y fuéle dado señorío y gloria y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio y su reino que no se corromperá." Pero antes de establecerlo definitivamente, tendrá que luchar contra los poderíos y reyes de este mundo para "que el reino y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno y todos los señoríos le servirán y obedecerán" *(Daniel, VII)*. Entendiendo por el pueblo de los santos no al judío, sino a la cristiandad, ya está en Daniel hecha claramente la sustitución de Jehová por Cristo e insinuada, llamándole hijo del hombre, su misión redentora, base de su triunfo y razón de su oficio de juez. En la revelación cristiana es siempre Cristo, Dios, pero hombre, quien viene

a juzgar y no Jehová o el Dios uno y trino de nuestra fe; Dios ya no tiene que castigar en el hombre ni ofensas ni pecados, porque todos han sido sobreabundantemente reparados por la expiación de Cristo, que canceló definitivamente el pasado e inauguró una nueva era, la de la gracia, en el que el hombre vive y se desenvuelve no como siervo, sino como hijo de Dios. En este plano sobrenatural, en el que la naturaleza no cuenta sino en cuanto elevada e informada por la gracia, el juicio en el día del Señor tiene que ser ante todo la clara revelación de Cristo, de su majestad divina y de su dignidad humana, pero muy principalmente de aquel amor por el que tomó carne humana, echó sobre sí los pecados de la humanidad y purgándolos le abrió el camino del cielo. La formidable acusación que se puede lanzar contra los hombres ¿no es precisamente la de no haberse aprovechado de todos esos medios de salvación que el amor de Cristo había puesto en sus manos? ¿Qué podrá decir la razón ensorberbecida, empeñada en considerar la fe como necedad y locura, cuando en este día en que la fe se acabe, contemple cara a cara la divina verdad que no quiso creer? ¿Cómo podrá justificar su falta de esperanza, ahora que cobra realidad tan infinita la única que no quiso esperar? Y sobre todo ¿cómo no ha de ver la inmensa distancia entre su ligera manera de amar y este profundo amor que le tuvo Cristo? La

conciencia de su propio error, viva y lacerante, le traspasa de horror, al verse al borde del abismo de la justicia divina y entiende en el fin de los días cómo ha ido acumulando sobre su cabeza aquella furiosa tempestad que profetizó Jeremías que había de salir de Jehová. Descarga ahora sobre su cabeza no por irritado deseo de venganza de Cristo, sino por una ineludible necesidad de corresponder con amor al amor y con desvío al desvío.

Determinar como ha de ser la justicia que en este día ha de hacer queda fuera y por encima de la razón que para concebirla tendría que penetrar el secreto de aquel misterioso abrazo que el Salmista nos cuenta que se dieron en Dios la misericordia y la verdad, la justicia y la paz. El mismo Cristo en sus Evangelios no da más que muy someras indicaciones de la naturaleza y forma de aquel juicio, de las cuales las más detalladas son las que nos expone así San Mateo: "Y cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él entonces se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán reunidos delante de él todas las gentes: y los apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo: Porque tuve ham-

bre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; fuí huésped, y me recogísteis; enfermo y me visitásteis; estuve en la cárcel y vinísteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuando te vimos hambriento, y te sustentamos? ¿o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuando te vimos huésped, y te recogimos? ¿O desnudo, y te cubrimos? ¿O cuando te vimos enfermo o en la cárcel y venimos a tí? Y respondiendo el Rey, les dirá: de cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mi lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles: porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fuí huésped, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubrísteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor ¿cuando te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá, diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicísteis a uno de estos pequeñitos, ni a mi lo hicísteis. E irán estos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna". *(Mateo, XXV, 14-46)*. La aparición de Cristo está todavía llena de reminiscencias del Antiguo Testamento, pero la sentencia del divino juez es profundamente cristiana. Condena

a los culpables porque Cristo no transige, ni puede transigir con el pecado, pero le basta el sencillo y humilde rasgo de amor de alargar un vaso de agua al sediento para que lo recoja y premie con generosidad infinita. La vida cristiana, lo que Cristo pide y exige a los hombres, no se reduce, sin duda alguna, a estas obras de misericordia que aquí enumera, pero ¿por qué las presenta como si en ellas centrara toda la responsabilidad de los hombres? ¿Será para advertirnos que ante todo por nuestra caridad seremos juzgados? ¿No nos dejó dicho Cristo que el primero y el principal de los mandamientos era el del amor de Dios y del prójimo, pues en él se compendiaban toda la ley y todos los profetas? Su juicio es entonces el triunfo del amor, y la majestad y aparato con que se le rodea son los medios de que Dios se vale para hacer más visible y manifiesta la gloria de su caridad.

Viene, pues, Cristo a establecer su reino, aquel que nos anunció en su primera venida, enseñándonos a pedir todos los días su advenimiento. De él nadie queda excluído sino los que por propia voluntad se negaron una y otra vez a entrar en él: el juicio de Cristo confirma pública y solemnemente la decisión que ellos tomaron en el fondo de su corazón; se unieron al maligno y ahora ya, como él, no tienen ni el poder de dañar a los elegidos, congregados en paz inalterable en torno de su Rey. Porque lo es Cristo, como lo proclamó Pilato en

aquel título que por mofa y escarnio, hizo poner en la cruz. Como el día antes Caifás, también él afirmaba sin saberlo una gran verdad, aquella que había profetizado el salmista cuando dejó escrito: "¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan vanidad? Estarán los reyes de la tierra y los príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su Cristo diciendo: rompamos sus coyundas y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Entonces hablará de ellos en su furor y turbarálos con su ira. Yo empero he puesto mi rey sobre Sion, monte de mi santidad. Yo publicaré el decreto: Jehová me ha dicho: mi Hijo eres tu; yo te engendré hoy. Pídeme y te daré por heredad las gentes y por posesión tuya los términos de la tierra. Quebrantarlos has con vara de hiero: como vaso de alfarero los desmenuzarás" *(Salmo II, 1-9)*. La inspiración divina permite ver al Salmista los dos grandes momentos en que se establece el reino de Dios: uno, que dura tanto como el tiempo, en que los poderes del mundo conspiran y se rebelan contra el eterno propósito de Dios de hacer a su Hijo, por serlo, por estarlo eternamente engendrando, rey de las gentes y de toda la tierra; y otro, al final de los tiempos, en este último juicio, en que acaban para siempre sus maquinaciones con la gloriosa manifestación de Cristo y queda desmenuzada, hecha añicos, su pretendida fortaleza,

que no es mayor que la de un vaso de barro. El profeta Isaías ve el reino en sí mismo y, prescindiendo de sus luchas, nos describe la paz maravillosa que habrá en él "porque un hijo nos es nacido: hijo nos es dado; y el principado sobre su hombre; y llamaráse su nombre admirable, consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora para siempre... Morará el lobo con el cordero y el tigre con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas y el león como el buey comerá paja. Y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco" *(IX, 6-7. XI, 6-8)*. Sabe Isaías que este reino que nos pinta como el imperio de la niñez, de su inocencia y confianza, en el que el niño indefenso convive sin daño con los animales más fieros, sólo es posible porque su fundador es aquel varón de dolores, "experimentado en quebranto", que "llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores" sobre el que recayó "el castigo de nuestra paz" *(LIII, 3, 4, 5)*. Es, pues, ley del reino que con el sacrificio de los fuertes se alimentan y crezcan los débiles: por ser Cristo Dios, tenía fuerzas

para cargar con los pecados de todos los hombres y esta su función redentora es la base humana de su realeza, que en él no es ni accidental ni transitoria, sino la obligada consecuencia de la superioridad de su naturaleza. ¿No es ley natural que de grado o por fuerza se sometan los que menos valen a los que más? En esa tutela que los aristócratas, los mejores, ejercen sobre los menos dotados está la compensación de la que pudiera parecer su injusta superioridad, pues la tienen no para servirse de ella, sino para servir con ella a los que sufren su influencia y viven en su órbita, a sus prójimos, tanto más numerosos y tanto más cercanos cuanto mayor y más efectiva es su superioridad. Para ellos son como un reflejo de Cristo que, justamente por poseer una infinita perfección, puede comunicarla ampliamente y así lo hace de maneras tan ricas y complejas que jamás en su reino hay la uniformista legalidad que priva en los de este mundo, sino el variado y fastuoso despliegue de las infinitas formas de la caridad. Caridad es dar más a los que más y mejor han de devolver; y caridad es obligar a los que más han recibido a cuidar paternalmente de sus hermanos más pequeños. ¿Cómo pudo jamás el nombre de Cristo Rey invocarse para que amparara banderías políticas o empresas guerreras? El reino de Cristo se conquista por la violencia, en efecto, pero no por la que se hace a los demás sino por la que sufre uno mis-

mo: muriendo y no matando, muriendo de fe y de amor, y por fe y por amor yendo hasta la muerte. ¿Pues no dijo él mismo que su reino no era de este mundo? Uno de los más certeros ataques diabólicos para desnaturalizar el reino, es ese afán de hacerlo de este mundo y de implantarlo en él, como si no hubiera otro, por la fuerza y por la violencia y no por la caridad, la oración y el propio sacrificio, que son las únicas armas a que recurrió Cristo para anunciarlo y establecerlo. "Si de este mundo fuera mi reino —decía Jesús— mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; ahora, pues, mi reino no es de aquí" *(Juan, XVIII, 36)*. No se pelea con las armas por el reino de Cristo y los que dicen luchar por él, matando a sus hermanos, o se equivocan o mienten. El reino de Cristo no es de aquí, sino de allá, y eterno y no de ningún ahora: hacia él vamos más con nuestra esperanza que con la efectiva verificación de su realidad; y cuando más cerca de él andamos es en el fecundo silencio de la vida interior, porque también nos dijo Cristo que su reino está dentro de nosotros, y quien de veras lo busca no acude a las armas, ni a la política, ni a la ciencia, ni a ningún medio de este mundo para acelerar su venida, sino que se encierra en lo más escondido y en secreto ora a su Padre que está en los cielos porque su reino venga y en él se cumpla su voluntad, como se cumple en el cielo. Y su Padre ha

de oirlo y le dará fuerzas para vencerse a sí mismo y proclamar con esta victoria la divina realeza de Cristo.

Ni siquiera en este día del Señor, en que ha de hacerse la separación definitiva de los que están dentro del reino y los que para siempre quedan fuera de él, hay violencia porque sin necesidad de ella, por una convicción que se funde y compenetra con su propio ser, cada uno ha de ocupar el sitio que le corresponde en este reino, en el que no hay más voluntad que la de Dios. No hace falta ni que Cristo pronuncie su sentencia, ni que la ejecuten sus servidores, porque los elegidos y los réprobos acatan por igual el justiciero fallo de la voluntad divina; que es también su propia voluntad: los réprobos quieren y querrán eternamente su separación de Dios con la misma inquebrantable decisión con que los bienaventurados persisten eternamente en su voluntad de unirse a Dios. El día del Señor más que el del juicio de los hombres, que ya está hecho, es el de la manifestación de la gloriosa majestad del Hijo de hombre, velada en su primera venida y ahora más resplandeciente que el sol; y es también el día que publica y solemnemente festeja sus desposorios con la Iglesia, a la que ama como el esposo debe amar a la esposa. A ella confió sus hijos y sus riquezas y fué misión suya echar de continuo las redes divinas en el mar humano para que se desarrollara y creciera el cuerpo

místico de Cristo. Testigos de sus afanes y de sus desvelos son los Apóstoles que "en la regeneración, cuando se sentará el Hijo de Dios en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" *(Mateo XIX, 28)*. No todos los que les sucedieron usaron bien de sus poderes, que les fueron concedidos no para su provecho personal, sino para la salvación de los hombres, como Cristo les explicó con estas palabras: "Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas; y los que sobre ellas tiene potestad son llamados bienhechores; más vosotros no así: antes el que es mayor entre vosotros sea como el más mozo; y el que es príncipe como el que sirve. Porque ¿cual es el mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Y yo soy entre vosotros como el que sirve. Empero vosotros sóis los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. Por esto dispongo yo del reino para vosotros como mi Padre dispuso de él para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" *(Lucas, XXII, 25-30)*. El reino es donación que a Cristo hace su Padre; ley del reino es que el mayor o más fuerte sirva a la mesa de los otros: porque los Apóstoles lo hicieron así, voluntad del rey es donarles el reino, como su Padre se lo donó a él, y hacerlos partícipes de sus poderes y de su gloria. Como ellos, todos sus su-

cesores y hasta todos los fieles están llamados a la misma gloria, si durante su vida sirven en el reino de Cristo, que es su Iglesia, con la misma fidelidad con que lo hicieron los apóstoles. Nadie, sin embargo, sabe si alcanzará tan honroso puesto, porque no se ha de aclarar si han permanecido con Cristo en sus tentaciones hasta este día del Señor, en el que Cristo dé a cada uno lo que el Padre le tenía preparado desde la constitución del mundo. Pero si esta discriminación particular de la suerte de cada hombre queda y quedará en el secreto divino, ha sido clara y abiertamente revelada la gloria que tendrá su cuerpo místico, la Iglesia, en este día en que "deseará el rey su hermosura" porque "pasé yo junto a ti y te miré y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores: y extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez y entré en concierto contigo, dice el Señor Jehová, y fuiste mía; y te lavé con agua y lavé tu sangre de encima de ti y te ungí con aceite y te vestí de bordado y te calcé de tejón y ceñite de lino y te vestí de seda y te atavié con ornamentos y puse ajorcas en tus brazos y collar a tu cuello, y puse joyas sobre tus narices y zarcillos en tus orejas y diadema de hermosura en tu cabeza y fuiste adornada de oro y de plata y tu vestido fué lino y seda y bordado; comiste flor de harina de trigo y miel y aceite; y fuiste hermoseada en extremo y has prosperado hasta reinar, y salióte nombradía entre las gentes a causa de tu

hermosura, porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice el Señor Jehová" *(Ezequiel XVI, 8-14).* Esa es la divina Iglesia de Cristo y no Israel, que fornicó y se prostituyó, mientras que la esposa de Cristo en sí misma se ha conservado pura e inviolable, repitiendo hasta el final de los siglos sin turbios ecos aquel mismo grito de la fe de San Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Sufrió la persecución y la tentación, sangró y padeció, pero no perdió ninguna de sus joyas y en este día de su triunfo, Cristo la exalta "para presentársela gloriosa para sí, una Iglesia que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" *(Efesios V, 27).* Como cada uno de sus fieles, ella también ha adquirido plena madurez; en su seno está lo mejor y lo más puro que hubo en la humanidad y en esta hora en que Cristo entrega al Padre sus poderes, terminada su función de mediador, la ofrenda que le hace, como cosecha de su siembra y resultado de sus trabajos, es esta Iglesia, una, santa y universal, "que nos hizo dignos de participar la suerte de los santos en luz" *(Colosenses, I, 14).*

EL TRIUNFO DE LA CONCIENCIA

EL día del Señor es también el triunfo de la conciencia humana que alcanza su victoria aun antes de la venida gloriosa de Cristo, en esa como su anticipación personal para cada hombre, cuando por la muerte comparezca ante Dios. Cree, en efecto, y confiesa la Iglesia Católica que antes del juicio universal en que todos los hombres con sus propios cuerpos han de comparecer ante el tribunal de Cristo a dar razón del bien o del mal que hicieron mientras vivieron, inmediatamente después de su muerte cada hombre ha de recibir ya el premio o castigo que por su conducta haya merecido. En este juicio particular, del que apenas nos dan detalles los libros sagrados, se decide la suerte de cada cual con arreglo al dictamen o acusación que ha de hacer su propia conciencia. ¿Cómo ni con qué razones ha podido imputarse a la religión católica

el antropomórfico empeño de encerrar a Dios en conceptos humanos? Porque sabe muy bien y no se cansa de enseñarlo que, aún siendo la Iglesia depositaria y administradora de la revelación y de la gracia, Dios no le está vinculado de modo que fuera de ella no pueda también seguir concediendo sus favores a los hombres. ¿Es que, dentro de la Iglesia, además de la gracia que de manera habitual y ordinaria comunica por los Sacramentos, Dios no concede gracia actuales y habituales a quienes quiere y como quiere? También los hombres que están fuera de la Iglesia, por su culpa o sin ella, son hijos de Dios y a todos ha de llegar la misericordia de su Padre. Sus caminos y procedimientos escapan, como es lógico, al control humano, menos en lo que tienen de común todos ellos, que es la exaltación de la conciencia humana. En función de su dictamen, la única e irrecusable prueba que se ha de aducir, será este juicio particular al que hemos de someternos tan pronto como el alma se separe de nuestro cuerpo. En él cuenta ante todo la intención y la malicia con que cada hombre cometió sus faltas, el lado subjetivo, personal y consciente de sus hechos, y no su fría y desnuda objetividad, que es la única que pueden tener en cuenta los más justicieros propósitos humanos, porque tropiezan con la dificultad insuperable de penetrar en el sagrado recinto de la conciencia humana. ¡Es tan irremediablemente misterioso el

hombre! Aunque quiera abrirse en sincero afán de diafanidad ¿quién podrá seguir la enmarañada madeja de sentimientos y de ideas, de propósitos conscientes y deseos inconscientes, de querer y no querer, que hay siempre detrás de los actos humanos? No ya un hombre respecto de otro, sino la misma Iglesia con sus hijos, se abstiene de todo juicio sobre sus cosas íntimas y deja para la infalible mirada divina juzgar y sancionar lo que ocurre en el interior del hombre. Es esta la mayor exaltación posible de la persona humana por ser la más trascendental afirmación de su inmediata y directa relación con Dios y su Cristo: la fe, la gracia, los sacramentos, el magisterio y el ministerio de la Iglesia no son más que medios, eficacísimos por otra parte, de elevar, mantener y hacer consciente esa relación, en la que se basa la religión católica como todas las religiones. Hay en la vida de todo hombre momentos en que tiene honda y clara la visión de su radical separación de todos los demás hombres, y con ella la de que solamente Dios puede ser su verdadera compañía en esta recóndita soledad. El cristiano sabe que Dios está en el fondo de su alma y esta presencia suya, que no es tan sólo una realidad ontológica, sino una comunicación personal, lo repliegue e interioriza en este mundo íntimo, al que por su fe tiene pleno y fácil acceso. No es que la fe le revela su existencia porque la razón puede descubrirlo y de hecho la filosofía,

antes de la venida de Cristo, ya se lo mostraba al hombre; pero por su misma soledad no se decidía a aventurarse por él y vivía hacia fuera, perdido entre las cosas y los hombres. Su afán era el de ver, pero ver con los ojos de la carne y no con esa sutil mirada de la ciega fe que encuentra a Dios en su interior. Con este encuentro su vida está radicalmente compartida y toda ella se desliza en íntima comunicación con Dios sin esa odiosa impenetrabilidad humana, que tantas murallas levanta aun entre los más unidos. Ahora su gran afán es vivir por dentro esta nueva vida, guardándola celosamente como un dichoso tesoro de misterio; vivir su nueva dimensión divina, la infinitud. Dios por todas partes. Dios con el hombre. Mejor, el hombre en los brazos de Dios, en manos de Dios vivo, que no le dejará caer. Con Dios ni siquiera puede ser sincero, porque antes de que formule sus pensamientos, ya Dios los conoce.

Esta íntima compañía de Dios es también la revelación de su existencia personal, de su singularísima subsistencia, que se le aparece tan independiente de los demás como radicalmente insuficiente. Este ser y no ser, esta dialéctica contradicción en que su autonomía lucha con su insuficiencia, es la raíz profunda de su religiosidad, el aguijón que de continuo lo lanza a la busca de Dios, aunque ni siempre le encuentre, ni muchas veces sepa cómo ni en dónde ha de buscarlo. Encuéntrelo o

no, esta su religación ontológica con la divinidad tiene continua resonancia en su conciencia que le habla, siéndole tan íntima, como si representara a un extraño, y ha de obedecerla o luchar con ella, como si no fuera él mismo. La puede formar y deformar, porque también su conciencia le está sujeta y sigue los vaivenes de su inteligencia sin más reserva que la de que sea sincero en sus cambios; puede quemar hoy la que ayer adoró con el beneplácito de su conciencia, que con el mismo ardor le excita a lo uno que a lo otro, porque lo que a ella le importa no es el contenido de la norma, sino la fidelidad a ella; no le es patente la ciencia del bien y del mal —el fruto del árbol prohibido— sino su práctica, el hacer o no hacer lo que estima como bueno o reprueba como malo, aunque objetivamente no haya ni tal bien, ni tal mal. Luz del rostro de Dios recuerda el Salmista *(Salmo, IV, 6)* que es la conciencia a los que buscan afanosamente alguien que les enseñe el bien: lùz que les oriente en su tenebrosa insuficiencia, porque de ésta arranca la necesidad de hacer el bien y, por consiguiente, de oir a la conciencia. Si el hombre se encontrara en sí mismo tan lleno que no sintiera necesidad alguna, no de su cuerpo o de su alma, sino de su mismo ser, ¿qué sentido tendría para él lo bueno o lo malo? Bueno es lo que le conviene porque completa y perfecciona su propio ser, aunque rara vez llega a esta necesidad profunda —sed de Dios

en definitiva— y se detenga en la superficie de sí mismo, confundiendo su bien total con el de una de sus partes. Hay, pues, en su conciencia aquella misma punzante antimonía que en su constitución: como su ser es a la vez independiente y religado, así su conciencia es simultáneamente ciega y clara, una y varia: por su congénita ceguera necesita que le den el criterio en que ha de basar sus juicios quedando, por lo tanto, su mismo fundamento fuera de ella; y por no tener imperio suficiente para imponer al hombre una entrega total que le subordine para siempre a su bien más auténtico, anda en lucha continua con estos otros bienes parciales y mudables que en parte le sacian y en parte le inquietan. Del hombre, del mismo hombre, dice por un lado San Pablo: "el que estima de sí que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" *(Gálatas, VI, 3)* y, por otro, el Salmista: "Lo has rebajado muy poco más que a los ángeles; de honor y de gloria lo has coronado" *(Salmo VIII, 5)*. ¿No será esa la diferencia que siempre, siempre, media entre lo que el hombre es y lo que puede ser? ¿O es que San Pablo no ve más que al hombre y el Salmista a Dios en el hombre? ¿Por qué esa desorientadora e impura confusión de bien y de mal, de dignidad y vileza, en el corazón del hombre? Nadie nos ha dejado de ella testimonio tan definitivo como San Pablo, que escribe: "Porque lo que hago no lo entiendo; ni lo

que quiero hago: antes lo que aborrezco, aquello hago: Y si lo que quiero esto hago, apruebo que la ley es buena; de manera que ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, es a saber, en mi carne no mora el bien: porque tengo el querer, más afectuar, el bien no lo alcanzo. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, este hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí. Así que queriendo yo hacer el bien hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? *(Romanos VII, 15-24)*. El hecho básico, ocasión y motivo de la profunda revelación que aquí nos hace San Pablo, es el desgarramiento interno del hombre, la radical diversidad entre lo que hace y lo que quiere o quisiera hacer, ese misterioso desdoblamiento en realidad y en aspiración, que le mantiene disgustado e insatisfecho aun de lo mejor que hace, por su conciencia de que no es ese el bien que quiere. Esta inconformidad de principio con todo cuanto haga, nos enseña San Pablo que es la consecuencia de la ley del espíritu, luz del rostro de Dios como la llamaba el Salmista, pues aunque San Pa-

blo escribe todo esto polemizando con los judíos, la inspiración divina le hace desbordar este primer propósito suyo y dice con validez universal que esa constante apetencia de lo mejor es la ley del espíritu, que para él se confunde y es una con la ley de Dios; se sale, por consiguiente, de la órbita estrictamente cristiana y sobrenatural y asienta como un principio de la naturaleza del hombre que Dios está en él en esa inclinación que le lleva a superarse continuamente. Y así es porque aun antes de que la conciencia sea fortificada e iluminada por la revelación cristiana, existe en todo hombre como una proyección al plano espiritual de la semejanza que ontológicamente tiene con el mismo Dios, para acentuar la cual está reclamando de continuo. La lucha que San Pablo nos describe es propia de todo hombre y no hay ninguno que no aborrezca lo que hace tanto como se siente impotente para hacer lo que él quiere y como él quiere. De esta impotencia para hacer el bien que desea, deduce San Pablo que el pecado mora en el hombre; no un pecado personal pues descubre que ya está actuando en él antes de todo pecado; es más bien como una fuente de pecado, un amor al mal que San Pablo llama ley del pecado o ley de sus miembros, opuesta y sublevada contra la ley de su espíritu. Teológicamente, esta es la concupiscencia, que viene del pecado y al pecado lleva; en el plano natural, es el resultado de la falta de una unidad

interna que de a todos los elementos que componen al hombre una misma apetencia y una misma finalidad. El hombre tiene que lograr su propia unidad, encajar y ligar sus partes unas con otras, haciendo que todo su ser se incline en una dirección y cese la anarquía interna en que se debate, porque no es tan sólo la rivalidad constante entre su carne y su espíritu, es que también tanto su carne como su espíritu están divididos y desgarrados por tendencias distintas y contradictorias que le hieren y atormentan haciéndole hombre miserable, deseoso de libertarse como pueda del cuerpo de esta muerte.

Esta su moral impotencia de practicar el bien la ha remediado Dios con su revelación y con su gracia. Por Dios y por su Cristo sabemos que todo el intrincadísimo problema del bien y del mal es sencillamente amar o no amar a Dios y al prójimo; para encontrar el bien que busca en realidad de verdad cuando sale fuera de sí mismo a realizarse y completarse, ha de hacer exactamente lo contrario de lo que de ordinario hace: no allegar, sino disipar; no pedir ni recibir, sino darse y entregarse que es lo que en él hace el amor; cuando brota y se alimenta del fuego de la caridad, llena a la conciencia de luz vivísima y le da una sorprendente claridad para agradar Dios y al prójimo por Dios. Maravilla y sobrecoge al ánimo esta humildad con que Dios se plega a

la pequeñez del hombre y se deja ver a esta mortecina luz de su conciencia, cuando la enciende y alimenta el fuego de la caridad. ¿Qué importa que el hombre no pueda llegar jamás a tener una idea exacta y propia de la divinidad si en todo momento puede amarle? Por amor la va descubriendo y por amor va purificando y aclarando su conciencia, cada vez más exigente, porque cada vez advierte con mayor claridad toda la diferencia que media entre lo que da y lo que debiera dar. Porque su deber ni se lo marca la ley, ni lo determina su propia capacidad, sino ese amor que le quema y le consume, y saca fuerzas de la propia flaqueza. "Más mira Dios el corazón que el don", nos dice el Kempis, inculcándonos una vez más el valor de la intención. Lo malo es que también hay un mal amor, el amor de sí mismo y "mucas veces —nos sigue diciendo el Kempis— parece caridad lo que es carnalidad". Por eso distinguieron los escolásticos dos clases de amores, a los que llamaron de concupiscencia y de benevolencia, según que el amor buscara el propio provecho o tan sólo el bien de lo que se ama: no es que ellos ignorasen que en todo amor hay siempre un fondo de egoísta conveniencia, pues esa es precisamente su raíz y fuente, pero en la manera de sentirlo y vivirlo puede prevalecer el propio interés o ser plenamente desinteresado: con el primero de estos amores se quieren a las cosas y con el segundo a

las personas, a las que la conciencia, la de ellas y la nuestra, veda considerarlas como medio o instrumento de nuestros propios fines. Por el amor, por el divino amor de caridad, adquiere la conciencia un sentido de la norma incomparablemente más fino y más profundo, y a la vez la gracia le da fuerza y poder bastante para imponer su dictamen, unificar al hombre y ponerlo todo entero al servicio de Dios. Permanece, pues, aun con la gracia, la división interor, pues llegar a la unidad es tarea que ineludiblemente ha de hacer el hombre y no se la da hecha; pero ya tiene la manera de lograrla, en primer lugar con la nueva convicción de que su bien integral, el de todo él y, por consiguiente, el de todas sus partes, sólo puede lograrlo amando y sirviendo a Dios en esta vida, para verlo y gozarlo en la otra; a ninguna parte se sacrifica y de ninguna se prescinde porque no hay mutilación, ni supresión, sino subordinación o integración de todas en ese bien supremo que a todas ha de satisfacer; y si alguna se impacienta y no quiere esperar hasta ese momento en que consiga su felicidad no en oposición, sino en compañía con todas las demás, viene en segundo lugar, el imperio de una razón iluminada por la fe, y de una voluntad robustecida por la gracia que manda y exige y, si hace falta, quema y amputa, tanto más decidida y fácilmente cuanto mayor y más viva sea la llama de amor divino en que se

consuma. Porque siempre es el amor de Dios quien le desembaraza de dificultades; con él se hace tan llano y suave el empinado camino por el que anda que tiene la firme convicción de que no hay poder en la tierra, ni fuera de ella, que le haga desviarse de él. "¿Quién nos separará del amor de Cristo? —pregunta victoriosamente San Pablo— ¿tribulación? ¿o angustia? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o persecución? ¿o espada? Así como está escrito: porque por ti somos entregados a la muerte cada día: somos reputados como ovejas para el matadero. Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro" *(Romanos, VIII, 35-39).*

La gran mudanza y fuerza que da a la conciencia la revelación cristiana es hacer de su voz la voz de Dios: así se justifica su imperio y adquiere pleno sentido que se le obedezca. Y así también puede exigir cosas tan distantes y aun opuestas a la naturaleza del hombre; porque la conciencia cristiana no es natural como la humana, sino por sobrenatural, antinatural y antihumana o, si se quiere, humana y natural, pero al modo divino.

Obligaciones que en el plano natural son primarias y perentorias para la conciencia, en el sobrenatural se disminuyen y anulan hasta perder ellas y su motivación toda fuerza. Es la consecuencia de la conversión o transformación de la mente que predicó Cristo, dejándonos de este cambio pruebas tan terminantes como las que constan en esta parábola: "Un hombre hizo una grande cena y convidó a muchos. Y cuando fué la hora de la cena envió a uno de sus siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba aparejado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir a verla; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir a probarlas: te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: He tomado mujer y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta a su señor de todo esto. Entonces airado el padre de familias, dijo a su siervo: Sal luego a las plazas y calles de la ciudad: y tráeme acá cuantos pobres y lisiados y ciegos y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como mandaste, y aun hay lugar. Y dijo el Señor al siervo: Sal a los caminos y a los cercados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena" *(San Lucas, XIV, 16-24)*. ¿Por qué esa irritación del padre de familia sino porque la invita-

ción a su cena ha cambiado radicalmente el destino y con él las obligaciones del hombre? Negociar o casarse, conservar la vida o propagarla, las dos exigencias más fundamentales de la naturaleza humana, dejan de serlo tan pronto como la revelación cristiana contrapone a esta vida mortal otra eterna. Cristo deja intacta a la naturaleza, pero la achica y desvalora subordinándola a la sobrenaturaleza; lo que naturalmente es bueno y hasta ejemplar, en el orden sobrenatural puede ser indiferente o pernicioso, si impide aceptar la invitación a la cena. ¡Y con que apremio la hace! "Fuérzalos a entrar" le dice a su siervo. ¿Es que hace violencia? Pues ¿y la libertad del hombre? ¿Habría conciencia sin libertad? Ese es el más grave de los dramas de la conciencia humana: necesita ser libre para ser conciencia y su libertad, el panorama casi infinito de posibilidades que su libertad le ofrece, es su obsesionante pesadilla, el trabajo abrumador de todos sus momentos. Tiene que guiar a la libertad, utilizarla para que recorra toda la distancia que media entre aquella nada que nos decía San Pablo que era el hombre y aquella otra corona de gloria y de honor que en sus sienes veía el Salmista. No puede permanecer ociosa porque de todo su ser, de ese esbozo de ser que es su naturaleza, están brotando de continuo deseos y decisiones que al llegar a ser conscientes se convierten en fines de su actividad, homogéneos unos, contradictorios otros, y

todos sometidos al juicio que sobre cada uno de ellos tiene que formular la conciencia. ¿Cómo podrá acertar en esa complejísima labor? ¿Cómo podrá permanecer tranquila y justa en medio de ese torbellino de pasiones, deseos y propósitos? Le guía la revelación, la sostiene la gracia, pero una y otra son la sobrenaturaleza y contra ella lucha la naturaleza: aquella tiene la fuerza divina, el poder omnipotente de Dios, que no descarga abrumadoramente sobre la conciencia, pero la asedia y la instiga con nociones e ilustraciones que la van compeliendo a someterse al designio divino sin menoscabo de su propia libertad, porque su fuerza es en definitiva la fuerza del amor; la naturaleza cuenta con el poder y la sugestión de lo temporal y sensible, de esto que aquí y ahora entra por los sentidos, despierta a la imaginación y se ofrece como la lógica satisfacción humana de sus necesidades y deseos; mientras mayor es la atracción de lo natural y más acentuada la probabilidad de aceptarlo, más intensa y fuerte es la acción de lo sobrenatural, el tirón que da Dios del hombre para sacarlo de la naturaleza; y mientras más perdida se ve ésta, con más ahinco procura no ser anulada, ser atendida, permanecer viva. La conciencia escucha alternativa o aun simultáneamente esas voces que le vienen de la naturaleza y de la gracia y a las unas las califica de tentación y de llamamiento divino a las otras; quisiera seguir la que

le parece más noble y elevada, pero la otra, la postergada, continúa en su porfía y jamás se da por vencida; aunque de momento calla, no ha desaparecido, está esperando el momento propicio, el que ha de traerle la primera debilidad o el primer contratiempo, y entonces se hará oir de nuevo más insinuante y más persuasiva. Y así siempre, en agonía constante, porque en esta vida no hay, mientras haya libertad, un triunfo definitivo ni de la naturaleza, ni de la gracia: la conciencia más profundamente dormida puede despertar en un momento, como a su vez dormirse la más despierta y vigilante. ¿Qué misterio es éste de esa radical inestabilidad de la conciencia humana que, ni aún asistida por la gracia, puede contar y disponer del futuro, pues siempre está expuesta y propicia a cambiar con los tiempos? ¿Por qué esta movediza constitución del hombre que no le deja reposar tranquila y descuidadamente ni siquiera en las manos de Dios? ¿Y por qué Dios no remedia esta debilidad suya, que es también su grandeza, atándolo a él para siempre? Quiere hacerlo, pero para lograrlo no ha encontrado lazos más firmes que los sutiles del amor, los cuales, con toda su firmeza, también se rompen a menos que Dios vele de manera especial por ellos. Sobre el misterio humano de la libertad humana se alza el misterio divino de la gracia de Dios y entre uno y otro se debate la conciencia humana sin saber muchas veces donde ter-

mina la necesidad y empieza su libertad, sin estar segura en ningún momento si está unida o no a Dios por la caridad.

Sus dudas y angustias no han de acabar sino con la muerte, cuando comparezca ante su Juez Supremo a darle cuenta de su vida entera, reconociéndose acreedora al castigo o merecedora del premio. Porque Dios ha sido el único y silencioso castigo de todos sus vacilaciones y juicios. ¿No es ya gran consuelo este de saber que Dios ve y cala hasta lo más profundo de nuestras intenciones? Ante Dios, cuando se decide su suerte definitiva, obtiene la conciencia lo que muy rara vez consiguió en este mundo: que se le acepte tal cual es, con toda esa oposición o al menos distancia entre sus actos y sus intenciones. Porque para los demás hombres no cuentan las intenciones o, si cuentan, las deforman previamente proyectando en la conciencia ajena las que hay en la propia. Y si cuesta tanto trabajo ver en la propia ¿cómo podrán ver en la ajena? Cuenta el evangelista San Juan, al principio de su Evangelio, que estando Jesús "en Jerusalén el día solemne de la Pascua muchos creyeron en él viendo los milagros que hacía. Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía a todos y porque él no había menester que alguno le diese testimonio del hombre, porque sabía por sí mismo lo que había en el hombre" *(II, 23-25)*. Ellos pensaban que creían en Jesús, pero éste

sabía que no era verdad, porque veía tal como en realidad era aquella su pasajera entrega: la conciencia que de su adhesión tenía era más clara y certera que la de ellos mismos. ¿Acaso fué este el único caso en que su conciencia estuvo errada? Hacia el final de su Evangelio, vuelve San Juan al mismo tema y nos cuenta que al preguntarle Cristo a San Pedro una, dos y hasta tres veces, si le amaba, San Pedro, temeroso de equivocarse, apela a la misma conciencia de Jesús con estas palabras: "Señor, tu sabes todas las cosas: tu sabes que te amo" *(XXI, 17)*. Cristo es nuestra conciencia y él sabe siempre si de verdad le amamos. En esta hora del supremo juicio también lo sabe la conciencia: con luz vivísima aparecerá ante ella el tumultoso curso de todos sus actos dentro cada uno del cuadro completo del ambiente y de las circunstancias que lo determinaron. Sin más testimonio que el suyo, Dios acepta por bueno y valedero todo cuanto deponga, porque ella ahora —Dios desde siempre— sabe y ve claramente en qué medida estuvo su vida inspirada y sostenida por el amor. Y no habrá necesidad de promulgar sentencia alguna, porque ya ha sido dada con ese triunfo de la conciencia y del amor.

LOS HIJOS DEL DIABLO

La frase es de Cristo y en ella se encierra todo el tremendo misterio del infierno. A los judíos, que maquinaban ya su muerte, Jesús les dice: "Vosotros sois hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre; él fué homicida desde el principio y no permaneció en la verdad porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suya habla porque es mentiroso y padre de la mentira" *(Juan, VIII, 44)*. ¿Pues no nos ha enseñado este mismo Cristo que Dios es el Padre de todos los hombres? ¿No es él quien con su gracia, incorporándonos a su propio cuerpo, nos ha hecho partícipes de su filiación divina? De Cristo nos vino, en efecto, la grandeza y el consuelo de mirar a Dios como padre, y de Cristo nos viene también la terrible advertencia de que hay hombres que se hacen hijos del diablo. La pa-

ternidad divina en el orden natural es sóla una metáfora, pues Dios no engendra al hombre; pero lo crea, conserva y gobierna con tan amoroso cuidado que la palabra más exacta para expresar la relación en que está con él es esa de Padre con que Cristo nos enseña a invocarlo. En el orden sobrenatural, su paternidad sin llegar, porque no es posible, a ser literalmente tal, es mucho más efectiva pues por Cristo nos hace nacer de nuevo esta vez no por deseo de varón, ni por obra de la carne, sino por ministerio del agua y eficacia del Espíritu Santo, que nos infunde con la gracia una participación, a la medida humana, de la naturaleza divina, por la que el Espiritu clama en nosotros: Abba, Padre *(Romanos, VIII, 15).* La gracia jamás la llega a poseer el hombre de una manera tan definitiva como la naturaleza, pues la pierde tan pronto como entre en su alma una forma que le sea contraria, como decían los escolásticos, dejando al perderla de ser sobrenaturalmente hijo de Dios. No es ya por éste solo hecho hijo del diablo, por lo menos en el sentido en que emplea la frase Cristo, porque aunque haya temporalmente roto con el Padre, si conserva la fe y con ella el recuerdo de sus bondades, es posible en todo momento que sea el hijo pródigo, del que nos dice el Evangelio "que habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciera penitencia que sobre noventa y nueve justos qeu no han menester peni-

tencia" *(Lucas, XV, 7)*. Y si tanto es el gozo del cielo por su conversión ¿qué no hará Dios por conseguirla? Para permanecer en su pecado el hombre ha de luchar a brazo partido con Dios, que una tras otra va echando mano de todas las riquezas de su gracia y no abandonará la partida hasta que con su obstinada negativa pruebe el desdichado que es y quiere ser hijo del diablo. Los hijos del diablo son los dejados de la mano de Dios, no porque cansado de luchar Dios la abriera, sino porque ellos con suicida empeño no cejaron hasta escaparse, como estos judíos a los que Cristo reprochaba ser como su padre, el diablo. ¿No perdieron ellos la más alta ocasión que jamás tuvo la humanidad de conocer y amar a Dios? ¿Qué más pudo hacer para que se dejaran cobijar por él como los polluelos bajo las alas de su madre? ¡Y cómo se mantuvieron herméticamente cerrados a la predicación de Cristo! ¿No blasfemaron contra Cristo y, lo que es más grave, contra el Espíritu Santo? Si atribuían al demonio y a perdición lo que Dios hacía para salvarlos ¿cómo iban a aprovecharse ni de la doctrina, ni aun de la sangre de Cristo? Hablaban lenguas tan diferentes que en esa misma diversidad aparecía y demostraban su filiación diabólica. Si no hubieran estado espiritualmente endemoniados ¿cómo no iban a entender la sencilla y diáfana palabra de Cristo? Pero eran hijos del diablo que "no permaneció en

la verdad porque no hay verdad en él..." La filiación diabólica es, pues, como toda la obra satánica, una contrahechura de la filiación divina: carece de la base ontológica que ésta tiene, pues el diablo no puede hacer que el hombre participe de su propia naturaleza, pero se esfuerza en lograr que los hombres se unan con él en una asimilación de su propio espíritu calcado en la que por la gracia se establece entre Dios y el hombre. El primer rasgo en que se advierte ya la semejanza es en ese amor de la mentira que del padre pasa a los hijos y los hace a todos enemigos de la verdad: el segundo es este que nos revela en la primera de sus cartas el Apóstol San Juan con estas palabras: "En esto son manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo: cualquiera que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios" *(III, 10)*. Sin verdad y sin amor, los hijos del diablo son, por serlo, los hijos de la mentira y del odio. Distingue San Juan y contrapone en este texto los hijos de Dios y los hijos del diablo, porque esas son las dos grandes categorías en que se sitúan todos los hombres; mientras les dura la vida, ningún hombre está en ninguna de ellas de una manera definitiva porque siempre los hijos de Dios corren el peligro de convertirse en hijos del diablo, como estos a su vez pueden siempre llegar a ser hijos de Dios; pero estos cambios o posibilidades de cambio acaban con la muerte, que fijará para siempre la calidad definitiva de hijos de

Dios o hijos del diablo de cada uno. ¿Y cual puede ser la suerte eterna de unos y otros sino vivir con sus respectivos padres participando de su felicidad o de sus tormentos?

Cuando en aquella visión que nos anticipa San Mateo del juicio final separa Cristo de sí a los malditos, les dice: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles" *(Mateo XXV, 41)*. El infierno fué, pues, preparado no para el hombre, sino para el demonio y lo fué porque la rebelión de Luzbel hizo necesaria su existencia. Profetizando Isaías contra el rey de Babilonia, le arrebata la inspiración divina y le hace tener esta magnífica visión del pecado y caída de Satanás: "¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra, tú que llagabas las gentes? Tú, que decías en tu corazón: Subiré al cielo, sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, a los lados del Aquilón. Subiré sobre la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo. Mas al infierno serás precipitado en lo profundo del lago... Todos los reyes de las naciones, todos durmieron en gloria, cada uno en su casa. Mas tú has sido arojado de tu sepulcro, como un tronco inútil, sucio y confundido con los que fueron muertos a cuchillo y descendieron a lo más hondo del lago, como cadáver podrido. No tendrás consorcio con aquellos, ni aun en la sepultura: porque

tú destruíste tu tierra, tú mataste tu pueblo: nunca jamás será nombrada la raza de los malvados. Aparejad sus hijos para el matadero por la maldad de sus padres: no se levantarán, ni heredarán la tierra, ni llenarán de ciudades la superficie del mundo" *(Isaías, XIV, 12-21)*. El demonio también es un ángel y de las más altas jerarquías; fué precisamente la excelencia y superioridad de su naturaleza lo que le ensoberbeció pretendiendo ser semejante al Altísimo. Dios lo había creado ya semejante a él mismo porque en todas sus obras no tiene más que una sola idea, su Verbo, que es el modelo conforme al cual va haciéndolas todas; la más alta y perfecta de las que tienen cuerpo es el hombre, del que nos dice el Génesis que fué creado a imagen y semejanza de Dios, que se refleja en su espíritu, inmortal, inteligente y libre como Dios. Pero en la manifestación del espíritu el hombre no es más que el primer paso y por encima de él y emancipado ya de toda concomitancia con la materia, el espíritu sigue desarrollándose en toda una legión de seres, cada uno de los cuales es su especie entera, que van escalonándose los unos sobre los otros en una gradación siempre ascendente, una de cuyas metas más altas es este Luzbel, que todavía quiso ensalzar más su solio, apurar aún más su semejanza con su Hacedor hasta convertirla en identidad. Las Sagradas Escrituras son muy parcas en detalles sobre este pecado de Luci-

fer: en ellos la tradición cristiana ha creído ver que los ángeles, como los hombres, fueron sometidos a una prueba para que la visión y fruición de Dios no fuera don exclusivo de la generosidad divina, sino también esfuerzo y premio de su conducta. La naturaleza angélica no permitía que la prueba se extendiera temporalmente por muchos momentos en cada uno de los cuales pudieran los ángeles querer y no querer, aceptar un fin último y después rechazarlo, emplear unas cosas como medios ahora y después valorarlas como fines, porque todo ese contradictorio afán es propio tan sólo del espíritu humano, contagiado de la ceguera y pesadez de la materia. La prueba angélica no podía consistir más que en un solo y único acto en que los ángeles decidieran de una vez para siempre sí aceptaban o no el designio de Dios de comunicarse a todas sus criaturas en aquella generosísima medida en que iba a hacerlo su infinita caridad. Les reveló por lo tanto cual había de ser su obra redentora en la que necesariamente estaba previsto el pecado, la encarnación del Verbo, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y su exaltación gloriosa sobre todo hombre, para que "en el nombre de Jesús se doble toda la rodilla de los que están en los cielos y de los que en la tierra y de los que debajo de la tierra" *(Filipenses, II, 10)*. La exaltación de Cristo, Dios y hombre verdadero, sobre los ángeles resultó insoportable a Luzbel y

a los suyos, pues si ya les era difícil someterse a Dios ¿cómo habían de adorar a la humanidad de Cristo? Se sublevaron y a la vez que los ángeles buenos rendían el primer homenaje de las criaturas al Cristo futuro, brotó esta rebelión que obligó a Dios a crear el infierno. Si Luzbel se hacía incompatible con él y no quería ni colaborar en su obra ni reconocer su bondad ¿qué otro remedio le quedaba que apartarlo de sí eternamente pues eterna e inmutable era también la rebelión de Satanás? La pena esencial del infierno, o pena de daño como la llaman los teólogos, es la consecuencia de la aceptación por Dios de esa ruptura que, a pesar suyo, le impone la libre decisión de los rebeldes: deja que hagan su voluntad, su egoísta voluntad de bastarse a sí mismo aislándose en su soberbia, y en ese aislamiento está su mayor castigo, porque cuando entran en él se dan cuenta de que permanecerán eternamente mutilados e insatisfechos sin alcanzar jamás el fin que había de completarlos, dándoles con la plenitud de ser la plenitud de felicidad; que siempre el orden sobrenatural se basa y arraiga en este plano ontológico. El intolerable dolor que produce a los condenados la pérdida definitiva de Dios tiene, en efecto, esta raíz ontológica de ser él y nadie más que él el fin de toda criatura, la plena realización de su propio ser: alcanzarla es la finalidad de toda la actividad creada, pues todos

los seres siempre hacen para hacerse y con sus obras exteriores e interiores van, en efecto, adquiriendo una realidad mayor, aunque nunca toda la que les corresponde porque esa se la da únicamente su fin. Hombres y ángeles tienen conciencia de que han de buscar fuera de ellos lo que a ellos les falta: oscura y muchas veces errónea, el hombre, que por la influencia de su naturaleza mixta va haciendo como tanteos y experiencias, dispares y aún contradictorios, antes de fijarse definitivamente un fin; clara y luminosa, el ángel, que por la pureza de su espíritu puede intuír claramente lo que le falta y en esa imperfección suya la necesidad que tiene de Dios. Luzbel y los ángeles que le siguieron en su rebeldía, que fueron muchos, también la vieron, pero quisieron fijarse más en la excelencia y elevación de su propia naturaleza, y tanto y tan subidamente la estimaron que por su propio arbitrio, deliberadamente, renunciaron a completarse en Dios. Su caída fué instantánea y a ella parece referirse Cristo, cuando a sus discípulos, que le contaban cómo hasta los demonios se les sujetaban en su nombre, les dijo: "Veía yo a Satanás como un rayo que caía del cielo" *(Lucas, X, 18)*. No tenían vida mortal y con ella la posibilidad de volver de su acuerdo, que ese es triste y salvador privilegio del hombre; ni tenían tampoco que esperar a que se desenvolviera el plan divino, pues a él, desde

su lugar de condenación, habían de cooperar tan sañuda como eficazmente.

Porque caen al infierno, pero su virtud los hace presentes en la tierra, entre los hombres, para hacer y profundizar en ellos la misma división que introdujeron en los cielos. "Fué hecha —nos cuenta San Juan en su Apocalipsis— una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón y lidiaban el dragón y sus ángeles: y no prevalecieron, ni su lugar fué más hallado en el cielo. Y fué lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todos en el mundo: fué arrojado en tierra y sus ángeles fueron arrojados con él" *(XII, 7-9)*. Pues qué ¿no es bien perceptible el fragor y guerra que entre los hombres mueven contra Dios y su Cristo? ¿No es la inspiración diabólica una de las más fecundas y constantes fuentes de la maldad y locura humanas? En el infierno están, pero también andan por la tierra haciendo que los hombres repitan aquél su grito de rebelión: "no serviré", aunque ese servicio sea su más profunda necesidad y su mayor gloria. Porque la batalla entre los ángeles fieles y rebeldes giró toda ella en torno de Dios, de la necesidad que de Dios tenían los buenos, y de la suficiencia que en sí mismos, sin Dios, encontraban los malos. "¿Quién como Dios" proclamó entonces el arcángel San Miguel, con un grito que a la vez es desinteresado homenaje a Dios y afir-

mación del propio egoísmo, porque en Dios se perfeccionaba, se acababa de hacer, satisfacía aquella ansia de ser más, quc fué el móvil de Luzbel. Y efectivamente Miguel y no Luzbel fué más, pues su adhesión a Dios abrió la puerta para que su propio ser fuera inundado por la infinita avalancha del ser divino, realizando todas sus posibilidades y distendiéndole hasta el límite extremo de su propia capacidad. Y Luzbel fué menos, pues ¿de dónde le había de venir el ser que le faltaba? Estaba él muy por encima de las restantes criaturas; por esta superioridad de su naturaleza puede engañarlas, utilizarlas, vencerlas, pero no puede sacar de ellas el ser que con tanta ansia busca: las empobrece sin beneficiarse él, eterno y consciente peregrino de una realidad a la que jamás ha de llegar: ellos, los ángeles rebeldes, lo saben con una evidencia tan clara que los deja transidos de dolor y de desesperación; lo supieron desde el mismo momento de su rebelión y desde entonces sufren el indecible tormento de verse privados por su popia culpa del más infinito de los bienes. Es el suyo un inmenso dolor, siempre presente, porque no es el recuerdo de lo que perdieron cuando se rebelaron, sino la renovación constante de su rebeldía y, con ella, de la pérdida de Dios: de todo su ser brota con impetuosidad incoercible el deseo de realizarse plenamente, de ser todo cuanto pueden ser y ese deseo se estrella irremediablemente en su propia

decisión de ser en sí mismos y no en Dios; es como si en un plano incomparablemente más profundo que el de la propia conciencia todo su ser se convirtiera en ansia y deseo y se lanzara con su ímpetu más que vital, existencial, hacia Dios y chocara en el acero de su propia voluntad y revirtiera sobre sí mismo con dolor espantoso. Cuenta San Juan de la Cruz que cuando Dios para purgarle le introdujo en la noche oscura del espíritu y se vió envuelto en tinieblas "profundas, horribles y muy penosas, poque como se sienten en la profunda sustancia del espíritu, parecen tinieblas sustanciales", sintió en el centro mismo de su ser "un dolor y un gemido tan profundo que le causaba fuertes rugidos y bramidos espirituales". Bramaba y gemía con su espíritu; todo su espíritu era puro gemido y bramido porque apretaba la contemplación purgativa, la mano de Dios. que con este dolor le estaba aparejando para mayores beneficios y esto bastaba para que "sombra de muerte y dolores de infierno sintiera el alma muy a lo vivo". Pues si tales eran sus dolores a pesar de verse enamorado de Dios sin saber cómo ¿cuales no serán los de los condenados que se ven odiando a Dios y separados de él definitivamente? No hay tormento comparable a este que ellos mismos se infieren, pues la justicia divina se limita a dar por buena la decisión que ellos tomaron, haciendo real y definitiva aquella su propia voluntad de separar-

se de Dios. De él maldicen, pero sin verdad, porque ellos, los ángeles, aún más que los hombres condenados, tienen clara y plena conciencia de su gravísimo error, el que les hace decir, como a los hombres en el infierno les atribuye el Sagrado libro de la Sabiduría, estas tardías palabras: "Luego hemos errado del camino de la verdad y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición y hemos andado por caminos ásperos y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De que nos aprovechó la soberbia? ¿O qué nos ha traído la jactancia de la riquezas?" *(V, 6-8)*; y si así sienten hombres en los que son naturales el error y la tentación ¿qué sentirán los ágeles condenados, llenos naturalmente de luz porque en ellos como en terso espejo reverberaba el sol de la inteligencia divina y no cabía en ellos otra tentación que la que les naciera de su propia excelencia? ¿Cómo ni cuándo podrán perdonarse el inexcusable error que los dejó privados de Dios cuando lo tenían tan a su alcance? ¿Cómo no han de odiarse con todas sus fuerzas si ellos y sólo ellos tiene la culpa de haberse quedado sin Dios? Su propia inteligencia que, deslumbrándoles, fué la causa de su caída, rindiéndose a la evidencia de la verdad, es también instrumento de su castigo. ¿Qué inteligencia podrá penetrar tanto como la angélica el inefable secreto del ser

divino? Si tan ciega y perdidamente se enamoraron de la hermosura de su propio ser. ¿qué idea no tendrán de la belleza infinita del divino? Y si tanto estiman y valoran el orden natural que con todo su odio a Dios, no quieren destruírlo ni mejorarlo, sino utilizarlo ¡cómo estimarán y valorarán el orden sobrenatural! ¿No está calcada toda su funesta labor de perdición entre los hombres en el plan divino, que imitan y saquean en cuanto maquinan y realizan para impedir la salvación de los hombres? ¿Y quién tiene tan claro y vivo conocimiento como este tentador, de los inagotables tesoros de las riquezas de Cristo, que convierten a débiles hombres en enemigos tan fuertes que no puede vencerlos como no se le rindan voluntariamente? ¡Con qué rabia volverán contra ellos mismos su desolada desesperación, pues por su propia culpa perdieron la parte que Dios les había asignado y privados de ella y de él sufren "el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles"!

Además de la pena de daño o ausencia de Dios, sufren los condenados en el infierno esta otra pena de sentido, cuyo instrumento es ese fuego de que se nos habla en este y otros pasajes evangélicos. La tradición de la Iglesia ha entendido siempre —y ya queda testimonio de esta fe en el Símbolo Atanasiano— que este fuego eterno, estas llamas infernales, como ya en siglo V las llamaba el concilio de Arlés, es un verdadero fuego, que de ma-

nera admirable, pero real, atormenta a los condenados. ¿De dónde ha podido nacer esta unánime creencia sino de la misma revelación de Cristo? La primera vez que en el Evangelio se habla de este fuego, pudiera entenderse en sentido metafórico: lo nombra el Bautista que, anunciando la venida y misión de Cristo, dice: "Su aventador en la mano está y aventará su era; y allegará su trigo en el alfolí y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" *(Mateo, III, 12)*. Si la era, el granero, el trigo y la paja han de entenderse metafóricamente ¿por qué no también el fuego? Y, sin embargo, la traslación del sentido real al figurado, que se hace sin ninguna dificultad en las otras palabras y aun en la frase entera, toda ella alegórica, ya no es tan fácil con el fuego, porque el sentido en que lo entiende el precursor es el mismo que le da Cristo cuando compara el reino de los cielos a "una red que echada en la mar, coge de toda suerte de peces: la cual estando llena la sacaron a la orilla y sentados, cogieron lo bueno en vasos y lo malo echaron fuera. Así será el fin del siglo: saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos y los echarán en el horno del fuego: allí será el lloro y el crujir de dientes." *(Mateo, XIII, 47-50)*. Está claramente marcado el paso de la comparación a la realidad y el fuego no figura entre los elementos simbólicos, como la red, el mar y los peces, sino entre los reales, como los ángeles, los

hombres buenos y los hombres malos. Como en este caso, tampoco puede el fuego interpretarse metafóricamente cuando, apoyándose precisamente en el dolor que produce en los miembros de nuestro cuerpo, nos dice Cristo que "si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo y échalo de tí: mejor te es entrar cojo o manco en la vida que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno" *(Mateo, XVIII, 8)*. Contrapone Cristo el sufrimiento que haya que soportar en esta vida para abstenerse del pecado con los tormentos que por haber pecado habrá que sufrir en la otra y, aún suponiendo que la tentación sea tan fuerte y seductora que resistir a ella resulte tan doloroso como la amputación de un miembro del cuerpo, aun tiene cuenta sufrirla porque de otro modo todo el cuerpo sufrirá el fuego del infierno, que ha de ser, para que el razonamiento de Cristo sea coherente y lógico, un fuego que queme al cuerpo y duela físicamente, como en el cuerpo y físicamente duele la mutilación de un pie o de una mano. Pues ¿y ese "fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles" *(Mateo, XXV, 41)* al que Jesús condena a los malditos en su revelación del último juicio? Los separa de sí y esa es la pena de daño, y además los condena al fuego, el mismo que había sido preparado para los ángeles rebeldes, y esa es la pena de sentido: las dos, reales y verdaderas, aquella negativa y ésta positiva, y ambas, el tormento eter-

no, tan efectivo y auténtico como la vida eterna, que concede a los bienaventurados. Está este fuego en los Evangelios tan lejos de todo empleo simbólico que, en vez de producir luz y confortante calor, coexiste con la oscuridad de las tinieblas y produce llanto y crujir de dientes. *(Mateo, VIII, 12.)* En los Evangelios vienen a ser como sinónimas las expresiones "echar al fuego" y "echar en las tinieblas exteriores" que tienen, sin embargo, entre ellas la profunda diferencia de referirse ante toda la primera a la pena de sentido y a la de daño, la segunda. Entre las dos, porque lo mantiene vivo tanto lo que se sufre como lo que se ha perdido, está el continuo remordimiento, "el gusano que no muere", porque ese tardío y vano arrepentimiento, un querer no haber querido el pecado, se renueva sin cesar en la fija y permanente voluntad de seguir queriéndolo a pesar de todo. Aparece ya este gusano que no muere en la profecía de Isaías, quien después de haber hablado de un Tofet, "cuyo foco es de fuego y mucha leña: el soplo de Jehová, como torrente de azufre la enciende" *(XXX, 33)*, termina su libro revelándonos que, cuando Jehová venga con mucho fuego, "saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí: porque su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará, y serán abominables a toda carne" *(LXVI, 24)*. Con este último rasgo se completa la revelación que del infierno hacen los Evangelios y aun todo el

Nuevo Testamento, pues los apóstoles en sus cartas apenas si de él hacen referencia: San Pedro y San Judas hablan cada uno una vez de las prisiones eternas en que yacen los ángeles rebeldes, atados con cadenas de oscuridad; la Epístola a los hebreos, de la horrenda esperanza de juicio y hervor de fuego que es la que queda a los que pecan voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad; el Apocalipsis, de los incrédulos y homicidas, de los fornicarios y hechiceros, de los idólatras y mentirosos, cuya parte "será en el lago ardiente con fuego y azufre, que es la muerte segunda" *(XXI, 8)*.

Ya sé que en todo tiempo y especialmente en los modernos se han amontonado las objecciones y críticas de esta doctrina católica del infierno. Porque ¿cómo se concilian la misericordia de Dios con este castigo eterno, la redención de Cristo con la perdición de todos los condenados? Si se habla de justicia divina ¿es que puede considerarse equitativo que un acto humano, limitado por lo mismo en intensidad y realidad a lo accidental y pasajero, por añadidura casi siempre a medias querido y consentido, se castigue eternamente, aunque sea una ofensa a la majestad divina? ¿Ni cómo el fuego, un fuego material, puede alcanzar y dañar a los espíritus puros? Y, sin embargo, el pensamiento cristiano, desde que de él nos quedan testimonios escritos, es de una firmeza inalterable: ya a fines

del siglo I o principios del II se manifiesta sin la menor vacilación esta creencia en los retazos o fragmentos que se conservan de los escritos de San Ignacio de Antioquia y de San Policarpo y no falta jamás a lo largo de toda la historia eclesiástica, afirmando siempre que son condenados al infierno los que mueren en pecado mortal, que allí padecen la pena de daño o privación de Dios y la de sentido por verdadero fuego corporal, que atormenta a las almas y a los demonios, y que estas penas son eternas siempre, aunque no siempre iguales, pues se proporcionan a los pecados de cada uno, pero sin mitigarse jamás. Alguna vez se rompe este consentimiento unánime en cuanto a la naturaleza del fuego, pero aunque los discrepantes sean de tanta autoridad como Orígenes y San Ambrosio, la creencia fundamental permanece intacta certificando con su existencia que éste es un dogma de nuestra fe. Como tal lo ha recibido la teología que ha encontrado la explicación de la doble pena que hay en el infierno en esa doble vertiente del pecado, siempre separación de Dios y a la vez conversión a la criatura; y de su eternidad, en la inconmovible fijeza del condenado en su pecado, pues habiendo su voluntad perdido con la muerte aquella flexibilidad que le permitía rectificar y aún contradecirse, su última decisión permanece eternamente inalterable; están, pues, de continuo renovando su pecado y por esta eterna actualidad se hacen inca-

paces del perdón divino y acreedores a un castigo eterno, como eterno es su pecado. Pero no son estas razones humanas las que sostienen nuestra fe divina, porque tenemos "más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien de atender como a una antorcha que luce en lugar tenebroso hasta que el día esclarezca y el lucero nazca en vuestros corazones" *(II, Pedro, I, 19)*. Creemos lo que nos ha dicho Cristo y en el sentido en que nos lo ha dicho: lo que ahora nuestra razón no comprende, se nos hará patente y claro cuando asistamos a aquel juicio, del que "todos los presentes, hombres, ángeles y demonios, dirán unánimente: Justo es tu juicio" *(San Hipólito, Adversus Graecos)*.

LA ULTIMA PURIFICACION

NO todos los cristianos comparten la creencia católica en el purgatorio porque a algunos les parece una vergonzosa concesión a la flaqueza humana. ¡Consuela tanto a los vivos poder, aun después de la muerte, seguir socorriendo a sus difuntos! ¡Y es tan remunerador este culto a los muertos, que, por otra parte, practicó tan celosamente toda la paganía! Pero tal como lo entienda la Iglesia católica, el purgatorio, lejos de ser claudicación o, al menos, transigencia con la debilidad del hombre, es una obligada exigencia de la pureza infinita de Dios. Casi por los mismos años en que Lutero protestaba contra las indulgencias y contra el purgatorio, publicaba Santa Catalina de Génova su admirable tratado sobre el purgatorio y en él, iluminada por aquel "purgatorio amoroso del fuego divino" en que vivía, dejó escrito: "Si algún

alma pudiese presentarse a la visión de Dios conservando en ella todavía algo, por muy poco que fuese, de impureza que no hubiese purgado, se sentiría terriblemente injuriada con ello, padeciendo entonces por eso una pasión y pena mucho mayor que la de diez purgatorios juntos. Porque aquella Pura Bondad y Suma Justicia no podría soportarla en su presencia, lo que es inconveniencia imposible por parte de Dios. Pues aquel alma que viese que Dios no está plenamente satisfecho de ella todavía, aunque le faltase tan sólo un abrir y cerrar de ojos de purificación, le sería esto tan intolerable que para arrancarse de sí aquella pieza de roña, se echaría de buena gana en mil Infiernos, si pudiera, antes que sentirse delante de la Divina presencia no purificada del todo todavía". ¡Cómo se reflejaba en su alma la extraordinaria hermosura y limpieza de Dios! ¡Y con qué profundidad apunta el fundamento racional de la fe católica en el Purgatorio! ¿Qué mejor comentario que estas palabras a aquella sentencia de Cristo de que solamente los limpios de corazón verán a Dios? A la vez que la conciencia humana depura y purifica la idea de Dios, se hace más refinada y exigente para determinar las condiciones en que ha de establecer sus relaciones con él y cuando por la fe católica se eleva al concepto de la pureza infinita del Dios uno y trino, no concibe comparecer ante su presencia con una sola mancha, "aunque le faltase tan

sólo un abrir y cerrar de ojos de purificación". Y lo que más maravilla en el texto de Santa Catalina es que no llega a esta conclusión por vía intelectual, sino por el camino mucho más seguro del amor, por lo que nos presenta al purgatorio no como un lugar de tortura, sino como el misericordioso y providencial medio que tiene el alma de purificarse y poder comparecer ante Dios sin incurrir en su enojo. Una sola mancha que tuviera sería una ofensa intolerable a la pureza divina y un tormento para el alma incomparablemente superior al que pudiera sufrir en diez pugatorios; de ahí esa alegre y pronta voluntariedad con que las almas se purifican en el purgatorio, en el que entran y permanecen sin coacción alguna, movidas y sostenidas por su mismo afán de hacerse dignas de la presencia divina. "Mas aún quiero deciros —continúa la Santa— y es que yo veo que por lo que a Dios toca, el Paraíso no tiene ni siquiera puertas: sino que el que quiere entrar en él, entra; porque Dios es todo misericordia y tiene siempre para nosotros los brazos abiertos para recibirnos en su gloria. Mas también veo que aquella divina esencia es de tanta pureza y nitidez (y mucho más que imaginarse pueda) que el alma que en sí tiene tanta imperfección, y aunque sólo tuviera una mínima tacha, se arrojaría voluntariamente en mil Infiernos antes que poder encontrarse en la presencia de la Divina Majestad con aquella mancha.

Y por eso el alma, viendo el Purgatorio ordenado para quitarle aquellas manchas, se arroja dentro; y le parece encontrar en él una gran misericordia, pues va a poder quitarse de sí aquel impedimento".

Pero ¿cómo subsiste este impedimento aun después de la muerte? ¿No es toda la vida cristiana un ininterrumpido esfuerzo de Dios y del hombre a la vez para alcanzar y conservar esa limpieza del alma sin la cual es imposible presentarse ante Dios? Cuando San Juan Bautista bautizaba en el Jordán con agua, con pura y cristalina agua que no limpiaba el alma, se le acercaron unos judíos preguntándole que por qué bautizaba; "Juan les respondió y dijo: Yo bautizo en agua, mas en medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocéis: éste es el que ha venido en pos de mí que ha sido engendrado antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato". De sus manos recibió este simbólico bautizo, pero "yo no lo conocía —continúa diciendo— mas aquél que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre aquel que tú vieras descender el Espíritu y reposar sobre él, éste es el que bautiza en Espiritu Santo" *(Juan, I, 26-27 y 33)*. Cristo no bautiza en agua sino con agua en Espíritu Santo; por eso su bautizo deja al alma limpia como para ver a Dios y de él sale el hombre maravillosamente renacido, más puro y limpio de pecado que un recién nacido, y tan capacitado como puede estarlo un hombre para ver a Dios. El

bautismo de Cristo, como todos lós sacramentos, realiza efectivamente lo que significa; el agua en que se sumerge el neófito o que cae sobre su frente, limpiándolo, es señal y a la vez causa instrumental de esa otra limpieza espiritual que quita de su alma todo pecado y toda la pena que por él hubiera merecido: el hombre que entra en el agua o la recibe muere simbólicamente, y hasta es enterrado cuando en el bautismo de inmersión se sumerge y desaparece bajo el agua; ¿es que con la muerte no queda liquidada toda deuda y cancelado todo compromiso? La vida anterior al bautismo queda en él totalmente liquidada, muerta y sepultada con el hombre viejo, y no pasa a la nueva criatura, acabada de nacer espiritualmente, sin ningun pasado qua la manche, con un claro y luminoso porvenir en el que ha de ver a Dios. En este momento empieza la vida cristiana, que debiera ser en todo su desarrollo temporal tan limpia y pura como en este su principio; ¿es que a toda ella no le anima la esperanza de salvarse, de ver cara a cara al Dios, que ya ve por la fe? Pero esa vida que el bautismo inicia, por ser vida, es también incierta aventura, riesgo continuo, en el que la limpieza del alma corre siempre el peligro de mancharse y aún desaparecer por completo. Pues qué ¿no ha de sufrir el cristiano el asedio continuo de los enemigos de su alma? ¿No quiere el mismo Dios que por la prueba de acrisole y en la lucha se afirme?

El que muere con la inocencia bautismal no pasa por el purgatorio; son los años cargados de malicia los que al pasar van dejando, aun en el alma más pura, un sutil polvo de miseria, aquella ligerísima roña de que nos hablaba Santa Catalina. ¿No es el puro el que está limpio de todo lo que le es extraño, el que permanece en plena identidad consigo mismo, sin admitir mezcla ni confusión con elementos ajenos? ¿Y no hay en el hombre una profunda inclinación a confundirse y mezclarse, a contradecirse y negarse, desparramándose en cosas opuestas y antagónicas? Puros se creían los fariseos y por creérselo jamás llegaron a purificarse; puros se creen los puritanos y por creérselo rechazan el purgatorio. A unos y otros debiera llegar el eco de aquella angustiosa voz de Job que desde su muladar pregunta: "¿Quién puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido? *(XIV-4)*. Porque inmunda es la semilla del hombre, privada constitutivamente de pureza, sucia mezcla de cualidades buenas y malas. La purifica y eleva la gracia del bautismo, pero en el cristiano retoña la semilla inmunda y "si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de todo mal" *(I, Juan, I, 8-9)*. Job buscaba ansiosamente quien le limpiara de la impureza de su semilla; San Juan

sabe que no tan sólo de ésta sino de la de sus impuros retoños nos limpia Cristo, que en su lucha por purificarnos no se deja vencer tan fácilmente y después de aquella primera limpieza que en el bautismo nos hizo, quiere y nos da los medios de limpiarnos de nuestros nuevos pecados. Durante su vida pública había preparado cuidadosamente a sus apóstoles para que recibieran sin escandalizarse la facultad extraordinaria, por sobrehumana y divina, de perdonar los pecados; no sólo, en efecto, se la había prometido, sino que les había enseñado a pedir todos los días al Padre celestial que les perdonara sus pecados como ellos perdonaban a los que le hubieran ofendido; hasta setenta veces siete le dijo a Pedro que había de perdonar y para que perdonen siempre les concede, en el momento en que vuelve su Padre, este divino poder. Después de haber resucitado nos cuenta San Juan que sopló sobre los apóstoles "y les dijo: recibid el Espíritu Santo: a los que perdonáreis los pecados, perdonados les son y a los que se los retuviérais, les son retenidos" *(Juan XX, 22-23)*. Así quedaba instituído el Sacramento de la penitencia, uno de los siete establecidos por Cristo, distinto del bautismo, pues es la "segunda tabla después del naufragio", reiterable siempre que lo solicite el penitente. De él nos dice el Concilio de Trento que "se ha de enseñar que la penitencia del hombre cristiano después de su caída es muy distinta de la del bautismo

y que en ella se incluye no sólo dejar de pecar y detestar los pecados o un "corazón contrito y humillado" *(Salmo L, 19)*, sino también su confesión sacramental, a lo menos en deseo y haciéndola en su tiempo, la absolución sacerdotal y la satisfacción con ayunos, limosnas, oraciones y otros piadosos ejercicios de la vida espiritual, no para conseguir la remisión de la pena eterna que ésta con el sacramento o con el deseo del sacramento se remite a la vez que la culpa, sino para la pena temporal que, según nos enseñan las Sagradas Escrituras, no siempre toda, como sucede en el bautismo, se perdona o los que, desagradecidos a la gracia de Dios que habían recibido, "contristaron al Espíritu Santo" *(Efesios IV, 30)* y no temieron "violar el templo de Dios" *(I, Corintios, III, 17)*. De esta penitencia está escrito: "Acuérdate de dónde has caído y arrepiéntete y haz las primeras obras" *(Apocalipsis, II, 5)*, y también: "La tristeza que es según Dios engendra penitencia estable para la salud" *(II, Corintios VII, 10)* y también: "Haced penitencia" *(Mateo III, 2)* y "Haced frutos dignos de penitencia" *(Mateo, III, 9)*" *(Concilio Tridentino, Sesión VI)*. La Teología católica, que tan copiosamente ha utilizado esta declaración, explicándola nos enseña que el pecado no separa de Dios sino uniendo a la criatura; su entidad real, lo que hay en él de positivo, no es la separación de Dios, que eso es mera negación, sino la exaltación de la

criatura al puesto y función de Dios: de ahí la doble pena con que lo castiga la justicia divina, o pena de daño y pena de sentido, eternas ambas, si la voluntad permanece obstinadamente fija en el pecado, pero si se arrepiente y por el sacramento de la penitencia se reconcilia con Dios, la misericordia divina no padece que eternamente permanezca separado de él y por eso nos enseña el Concilio de Trento —y así lo creemos— que con la culpa se perdona siempre la pena eterna, a la que se hizo acreedor por la ofensa que pecando hizo a Dios; todavía lleva Dios su misericordia hasta el extremo de perdonarle también parte o todo el castigo que mereció por el abuso de la criatura que pecando cometió; esta peña de daño queda en la Penitencia más o menos perdonada según las disposiciones del mismo penitente, que ha de continuar la obra sacramental con su propio y personal esfuerzo, con frutos dignos de penitencia, como recomienda el Concilio Tridentino. De aquí la importancia extraordinaria que tiene en el ascetismo cristiano la mortificación, no tan sólo para prevenir el pecado, sino para limpiar el alma de las reliquias del pecado; trabajo penoso y arduo, en el que desmaya, cae y se levanta, guiada y sostenida más que por miedo a la justicia divina, por el encendido deseo de corresponder a su amor.

Pero ¿y si llega la muerte antes de haber expiado suficientemente el delito? La fe católica ha

enseñado siempre que las almas de los que mueren en estas condiciones, o con pecados veniales, son detenidas en el purgatorio, que no consiste en sólo los temores del moribundo, sino en penas satisfactorias que limpian al alma, atormentándole con fuego, en cuyo dolor pueden ser ayudadas con los sufragios de los vivos. Los orígenes de esta creencia aparecen ya bastante claros en el segundo libro de los Macabeos, en el que se nos cuenta que después de haber vencido Judas al ejército de Gorgias "vino con los suyos al campo para llevar los cuerpos de los muertos y enterrarlos en los sepulcros de sus padres. Y debajo de las túnicas de los que habían sido muertos hallaron las ofrendas de los ídolos, que había en Jamnia prohibidas por la ley a los judíos, y todos claramente conocieron que esto había sido la causa de su muerte. Por tanto, todos bendijeron el justo juicio del Señor que había descubierto el mal escondido. Y por eso poniéndose en oración rogaron que fuese puesto en olvido el pecado, que habían cometido. Y el valerosísimo Judas exhortaba al pueblo a conservarse sin pecado, teniendo a la vista lo que había acontecido por los pecados de aquéllos, que habían sido muertos. Y hecha una colecta, envió a Jerusalén doce mil dracmas de plata, para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habían muerto, pensando con rectitud y piedad de las resurrección. (Pues si no esperara que habían de

resucitar aquellos que habían muerto, tendría por cosa vana e inútil el orar por los muertos.) Y porque consideraba, que los que habían muerto en la piedad, tenían reservada una grande misericordia. Es, pues, santa y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados" *(II, Macabeos, XII, 39-46)*. Prohibía severamente guardar como botín objeto alguno de los consagrados al culto de los ídolos la ley judía, que concebía la idolatría como una especie de adulterio, severamente castigado en el otro mundo y también en éste: en sí misma la idolatría es un pecado y no incurrir en ella obliga en conciencia a todo hombre, lo mismo en nuestra ley de Cristo que en aquella otra de Moisés; pero en ésta, de luces divinas y humanas incomparablemente menos claras, para contrarrestar la fuerte propensión de los mismos israelitas a la idolatría, Dios había tomado toda una serie de medidas, como esta de destruir los altares, las estatuas y los objetos de culto idolátrico, no porque conservarlas fuera de suyo malo, sino para no dar con ellas ocasión ni pretexto a prácticas idolátricas. En esta guerra de los macabeos, tan nacionalista como religiosa, murieron unos soldados entre cuyas túnicas se encontraron de esas ofrendas hechas a los ídolos: habían faltado, por lo tanto, a lo pactado en la ley y el sagrado libro nos dice que esta transgresión había sido la causa de su muerte; pero no habían incurrido en

verdadera idolatría, pues habían muerto, defendiendo su derecho de adorar a un único Dios, "en la piedad", con un pecado que no era incompatible con la orientación general de su espíritu, que seguía ordenado a Dios. Así lo entiende Judas, que a la vez que exhorta a los suyos a abstenerse de quebrantar la ley, aun en estas cosas de menor cuantía, pues, como estos, ellos también podían ser castigados con la muerte, ruega a Dios que "fuese puesto en olvido el pecado que habían cometido" y manda hacer una colecta "para que se ofeciese sacrificio por los pecados de los que habían muerto". Nos dice el Sagrado Libro que Judas pensaba "con rectitud y piedad de la resurección": con rectitud por pensar que este pecado no les privaba de la gran misericordia que tienen reservada los que mueren piadosamente: con piedad por querer ayudarles a conseguir esta misericordia con oraciones y sacrificios. Pero este recto y piadoso pensamiento ¿no es exactamente nuestra creencia en el purgatorio? Si hay pecados que no se castigan con la condenación eterna y pueden "ser puesto en el olvido", los que mueren habiéndolos cometido ni están en el infierno, ni tampoco en el cielo; esperan la resurrección en la que alcanzarán la gran misericordia de Dios, pero hasta entonces necesitan purgarse de las manchas de estos pecados, satisfaciendo por ellos o con los sufragios de los vivos, como en este caso hacen sus compañeros, o con sus

propios tormentos, como nos dice la revelación cristiana que se purifican en el Purgatorio.

Donde termina, en efecto, la judía empieza esta y llena las lagunas que deja la primera. Porque la verdad clara y terminante que nos enseña el libro de los Macabeos es que "es santa y saludable la obra de rogar por los muertos para que sean libres de sus pecados". Todas las implicaciones que hay en esta afirmación empiezan a desenvolverse y aclararse en este texto de San Pablo: "Edificio de Dios sois; según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento, como sabio arquitecto, mas otro edifica sobre él. Pero mire cada uno cómo edifica sobre él, porque nadie puede poner otro cimiento, que el que ha sido puesto que es Jesucristo, y si alguno sobre este fundamento pone oro, plata piedras preciosas, madero, heno, paja, manifiesta será la obra de cada uno, porque el día del Señor demostrará por cuanto en fuego será descubierta y cual sea la obra de cada uno el fuego lo probará. Si permaneciere la obra del que labró encima, recibirá galardón; si la obra de alguno se quemara, será perdida y él será salvo, mas así como por fuego" *(I, Corintios, III, 9-15)*. Esta prueba de que habla San Pablo la refiere literalmente a los diversos apóstoles que habían predicado a los fieles de Corinto, originándose en ellos las banderías y divisiones que obligaron al Apóstol a escribirles esta carta. El sentido general de

sus palabras, según el Padre Scio, es el siguiente: "En el juicio de Dios, sea particular, sea general, será examinada la doctrina de cada uno y como puesta a la prueba del fuego por una justicia exacta y rigurosa. Toda doctrina que pueda resistir a la actividad de este fuego voraz, lo que sucederá si tiene pureza y solidez de fundamento, granjeará al predicador la recompensa eterna de su trabajo, mas la que no tuviere esta pureza y solidez, quedará reducida a nada. El predicador, si por otra parte es irreprensible, no perecerá con su obra, se salvará, porque ha fabricado sobre el fundamento verdadero que es Cristo, pero se salvará como aquel que pasa por medio de las llamas de su casa cuando se está quemando, que salva su vida, mas pierde todo lo demás. Del mismo modo este perderá todo su trabajo, porque no recibirá recompensa de predicador, no entrará en el cielo, sino después de haber expiado por el fuego del purgatorio las faltas que ha cometido en el ejercicio del ministerio de la palabra". Pero si edificio de Dios es su Iglesia, también lo es cada uno de los cristianos, que son no tan sólo colectivamente, sino también uno a uno "templo de Dios", como el Apóstol dice en este mismo lugar, o "templo del Espíritu Santo" como escribe más adelante *(VI, 19)* en un contexto que obliga a dar a la frase un sentido estrictamente individual. No templo, sino castillo interior llamaba Santa Teresa al alma y en ella encontraba hasta

siete moradas en las que se adentraba y vivía en compañía de Dios; pero esa era obra y creación de Dios y este otro edificio de que habla San Pablo lo construye la vountad humana ayudada y sostenida por la gracia divina. Fundamento de todo él es Cristo, interiorizado en el alma, unida a ella en su deseo y voluntad tan firme y establemente como se une y traba con la tierra el cimiento sobre el que va a edificarse; ni es, pues, obra del cristiano el fundamento que lo sostiene, ni tampoco mérito o esfuerzo suyo el que se lo hayan puesto, pues le viene desde fuera por gracia y bondad divina, y por ministerio de su Iglesia. El medio ordinario de ponerlo es el bautismo, inicio de la vida sobrenatural, que ahora San Pablo nos representa como una edificación: pero en la vida cristiana pueden entrar, como en las construcciones, materiales de muy diversas naturalezas: los que San Pablo enumera como se superponen al cimiento ya puesto, son todos compatibles con la gracia santificante; se refiere por lo tanto a actos especificamente sobrenaturales como los de fe, esperanza y caridad, que son el oro, la plata y las piedras preciosas del texto paulatino, o a actos ni buenos ni malos, o venialmente malos, que son como el madero, el heno y la paja, de que habla San Pablo. De espaldas al mundo, los cristianos van afanosamente edificando en su interior este templo en el que mora la augusta Trinidad: no pasa día sin que acarrean materiales,

sin que vivan su vida, que es a la vez cristiana y humana: en ella va confusamente mezcladas las acciones buenas a otras que no lo son tanto o de una maldad tan ligera que a veces ni el mismo que la hace tiene de ella clara conciencia; a nadie tampoco le está permitido juzgar de la solidez y firmeza de la construcción ajena, porque juzgarla corresponde no al hombre, sino a Dios que lo hará en su día; la prueba ha de hacerlo por el fuego, que en este lugar sólo puede entenderse en sentido metafórico, como metáfora es que a la vida cristiana se le llame edificio y templo; el fuego, el justo juicio de Dios, ha de manifestar la calidad de los materiales, de los actos, que cada cristiano fué acumulando sobre el cimiento de Cristo. La luz vivísima que a la conciencia humana ha de dar la presencia de Dios le hará ver con deslumbradora claridad la nada o la miseria de todas sus acciones, en las que si encuentra oro, plata o piedras preciosas, es por la gran misericordia de Dios que con su gracia le permitió allegarlos; sin ser suyos, como suyos se lo cuentan, y recibe como galardón el mayor precio que pudiera desear: el mismo Dios, uno y trino. También se le da este mismo premio al que se queda sin nada, porque la hojarasca que había depositado sobre el cimiento desapareció a la primera embestida del fuego de la justicia divina: lo pierde todo, menos el cimiento y por estar fundado sobre Cristo y ser hijo de Dios, hereda su gloria y "será

salvo más así como por fuego". Es esta una nueva metáfora, casi impuesta por el sentido alegórico de toda la exposición: casas construídas con elementos más o menos combustibles a los que se prende fuego: lo resisten sin mayor dificultad las construídas con materiales que no arden y se queman por completo las que se edificaron con madero, heno o paja: el que está dentro no sufre nada en el primer caso, pero en el segundo lo pierdo todo y él se salva atravesando el fuego, quemándose al pasar, tanto más cuanto más numerosos e inflamables sean los materiales con que edificó su casa. En esa carrera a la salvación a través del fuego alimentado por los propios pecados, ha visto la Iglesia católica la imagen exacta del purgatorio "conforme a las tradiciones y autoridades de los santos Padres", según declaraba ya el primer concilio de Lyon.

Como en el infierno, también en el purgatorio hay la doble pena de daño y de sentido, pues no ven a Dios y expían con dolor sus pecados; pero ahí termina la semejanza, porque ellas aman a Dios y esperan verlo y gozarlo: están dentro del divino orden de la caridad del que ya jamás podrán salirse; por esta seguridad y firmeza con que aman a Dios se deleitan en su pena, no sólo por ser justa, sino porque ella les acerca al momento en que se unirán a Dios y gozarán de él; pero mientras más encendido y fuerte es su amor de Dios, con mayores ansias lo desean y más sufren por estar sepa-

radas de él, con lo que su tormento es su deleite y su deleite su tormento. Vestigio y hasta imagen de lo que ellas padecen son los dolores que en esta vida sufren las almas que de veras aman a Dios con todas sus fuerzas, las que padecen la dolencia del amor divino que a San Juan de la Cruz le llegaba tan a lo vivo que viviendo sin vivir pedía a Dios de continuo: Descubre tu presencia —y mátame tu vista y hermosura—, mira que la dolencia— de amor que no se cura —sino con la presencia y la figura. "El fundamento de todas las penas —escribe la Santa de Génova— es el pecado original o el actual. Dios ha creado el alma pura, simple y limpia de toda mancha de pecado; y con un cierto instinto bienaventurado hacia El, del cual instinto, el pecado original con que el alma se encuentra, la separa; por lo que cuando se añade a este pecado, el pecado actual, todavía se aleja más de Dios el alma; y cuanto más se aleja, tanto más se hace maliciosa, porque Dios le corresponde menos. Y como todas las bondades que puedan ser lo son por participación de Dios, el cual corresponde con las criaturas irracionales como El quiere y tiene ordenado, no abandonándolas nunca; y como al alma racional le corresponde Dios más o menos, según la encuentre purificada del impedimento del pecado, por eso, cuando encuentra Dios un alma que se acerca a su primera creación pura y limpia, hace que aquel instinto bienaventu-

rado se vaya descubriendo y creciendo en ella tanto, y con tal ímpetu y furor por el fuego de la caridad (el cual le tira hacia su fin último), que le parezca al alma una cosa insoportable el encontrarse impedida para ello; y mientras más y mejor lo ve así el alma, tanto más se extrema en ella esta pena", que es lo que le sucede a la que está en el purgatorio.

Junto a este tormento, el que les causa el fuego, la otra pena de daño que las purifica y prepara para comparecer dignamente ante el Señor. Es muy significativo que hasta en su misma etimología haya una estrecha conexión entre la purificación y el fuego: puro parece derivarse de la palabra griega que significa fuego, como si el hombre siempre hubiera entendido que la más eficaz manera de purificarse es por el fuego. Pero si materialmente quema, derrite y aniquila ¿tendrá la misma eficacia para limpiar las manchas del alma? Porque ahora no se trata de cualquier dolor, sino del que específicamente produce en el espíritu la acción del fuego para limpiar y acabar con los restos de aquella pecaminosa unión que durante su vida mantuvo con la criatura. ¿Qué extraordinario mimetismo es este del alma humana que en cuanto se une a algo, recoge y reproduce sus cualidades, buenas o malas? Reverbera la hermosura divina cuando ama a Dios, y se opaca y mancha con la fealdad de las criaturas, cuando con desordenado amor se une a ellas. ¿Cómo el fuego podrá purificarla, hacerla de nuevo

tersa y rutilante, para que en ella como en claro espejo se refleje la belleza de Dios en el momento de consumarse su dichosa unión con él? Siempre ha tenido la Iglesia católica plena conciencia de la dificultad de aclarar este misterio y ya San Agustín tenía que sobreponer su fe a su curiosidad en aquella su clásica afirmación de que este fuego "de maneras tan maravillosas como verdaderas" purifica a las almas del purgatorio. Pero ¿es acaso este el único misterio que en él la razón descubre? ¿Cómo conciliar la intensidad de sus penas con el subidísimo gozo que a las almas que están en él les produce la seguridad de amar a Dios? ¿Y cómo la generosidad y contento con que aceptan su purificación no acelera o suaviza el rigor de la divina justicia? ¿O es que Dios quiere que su dolor excite nuestro amor para que se afirme y resplandezca la vital solidaridad del cuerpo místico de Cristo? ¿No querrá Dios también con estos sufrimientos interesarnos por su suerte para que adquiramos el derecho de pedirles que velen por la nuestra? Misterio es el purgatorio, pero misterio de amor y de misericordia, que en la conciencia del pecador se hace sustancia de su esperanza de salvación, de ser él también salvo aunque sea como a través del fuego.

LA REVELACION DEFINITIVA

AHORA somos hijos de Dios —escribe el Apóstol San Juan— y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él apareciere seremos semejantes a él porque le veremos como él es" *(I, Juan, III, 2)*. El hombre, transido de tiempo, lleno de impaciencia mundana, quiere tener el cielo en esta vida y cuando Dios le revele el que ha de gozar en la otra ni siquiera puede representarse esa felicidad que le espera. San Juan nos la presenta, cierta en la esperanza, diferida hasta la aparición de Dios, como una revelación de nuestro popio ser, no del ser que como hombres tenemos, sino de ese otro que con la gracia se nos infunde, por el que somos hijos de Dios. La gloria es, pues, el desenvolvimiento hasta su más completa plenitud de ese ser escondido en nuestra alma, como en la tierra la semilla, que no se desarrolla

del todo sino en la presencia de Dios. Ahora ya somos hijos de Dios, nos recuerda San Juan, como temerosos de que no paremos mientes en la grandeza de esta condición nuestra: hijos de Dios o nueva criatura, como dice San Pablo, porque es la novedad más extraordinaria que hay en el mundo. ¿Cómo no ha de serlo que un hombre sea en realidad de verdad hijo de Dios? Aunque en apariencia no cambie ¿puede haber modificación más profunda que la que en el hombre produce ese embrión divino que lleva en su alma? Si no se advierte es porque su gestación dura tanto como la vida y de ella nadie tiene tanta conciencia como el mismo interesado, que sin saber cómo se siente arrastrado y movido por el Espíritu divino en ese continuo balbuceo de amor filial que es la vida cristiana. Y si estos principios suspenden y desorientan al mundo que jamás acierta a comprender la conducta del cristiano ¿cuánto no se maravillará de esa revelación definitiva que San Juan anuncia para el día del Señor? "Aun no se ha manifestado lo que hemos de ser", no lo que hemos de pensar, obrar o gozar, sino lo que hemos de ser: la revelación será por nuestro crecimiento en el ser, al adquirir la totalidad de la realidad que ya somos, aunque ahora, en los hijos de Dios, no esté más que esbozada o dibujada y no cobren plena entidad y consistencia sino cuando comparezca ante Dios. Pues ¿qué hemos de ser? "Seremos semejantes a él" nos respon-

de San Juan tan clara como enigmáticamente. Porque la semejanza con Dios ya la tenemos. ¿No dice el Génesis que el hombre fué creado a imagen y semejanza de Dios? ¿No fué creado el universo entero a semejanza de Dios? ¿Qué quedaría de su realidad si se le quitara el parecido divino? Todo cuanto hay en todos los seres de real y positivo es semejanza de Dios, al que tan sólo dejan de parecerse en lo que tienen de finitos, limitados y contingentes. Pero si toda la realidad es reflejo del ser divino, no lo espejan del mismo modo todos los seres: hay grados en el parecido que tienen con Dios, que la tradición cristiana, apoyándose en las Sagradas Escrituras, ha significado con las palabras de huella, semejanza e imagen. En el peldaño más bajo está la huella, borrosa y confusa en los seres más pobres, más clara y visible a medida que son más perfectos, aunque siempre con esa imprecisión y vaguedad del simple vestigio, que acusa una presencia o una acción, pero no descubre sino dando un rodeo intelectual las cualidades y características de quien la dejó. Eso no es más que "lo que de Dios se conoce" como dice San Pablo *(Romanos, I, 19)* con frase tan certera como profunda: lo que de Dios está tan a la vista que hasta la razón humana topa con ello en las cosas que han sido hechas. Esta noticia natural de Dios se convierte para su hijo, para la nueva criatura, en claro y amoroso mensaje de su Padre, pues toda la creación le va

diciendo que "mil gracias derramando —pasó por estos sotos con presura— y yéndolos mirando —con sola su figura— vestidos los dejó de su hermosura". ¡Qué actitud más distinta ante la huella de Dios la del simple hombre y la del hijo de Dios! Porque los hombres invierten la relación justa y en vez de ver en la creación la huella divina dejan la horrorosa huella humana en esa idea de un Dios, hechura de sus manos, siempre mixtificado y empequeñecido, como hecho a la medida de su propia miseria y pequeñez. En el hijo de Dios, por el contrario, las huellas que en la creación encuentra de su padre, ese "un no se qué que quedan balbuciendo" les aviva y enciende de tal modo el deseo de verlo que clama de continuo: "Ay quién podrá sanarme —acaba de entregarte ya de vero— no quieras enviarme —de hoy más ya mensajero— que no saben decirme lo que quiero". Mas precisa que la huella, aunque no tan clara como la imagen, es la semejanza, que supone y consiste en el visible parecido de uno o muchos rasgos de la criatura a los de Dios: parecido siempre tan remoto, como por fuerza ha de estar del ser simplicísimo la criatura compuesta de muchas y muy diversas partes: algunas de ellas, las más nobles y perfectas, reflejan no el infinito ser de Dios, sino aquella de sus perfecciones, en que para comprenderle de alguna manera arbitrariamente le dividimos, que es como el arquetipo o modelo que inspiró su creación. Ver este en aquella

es lo que distingue al cristiano del mero hombre, que también se extravía en este llano camino porque "muda la verdad de Dios en mentira honrando y sirviendo a las criaturas antes que al Creador" *(Romanos, I, 25)*. ¡Qué maravillosa atracción no ejercerá la divinidad sobre el hombre que basta esta semejanza que de ella ve en la criatura para que se extasíe y le adore! Porque no hay escapatoria posible: ha de adorar a Dios en verdad, o en mentira a las criaturas. ¿No será éste a su vez el rasgo más típicamente humano del hombre? Es parte de la naturaleza y como tal parece sumergido en ella, y sin embargo, en principio no lo está: se ha de entregar a ella por la adoración de la semejanza divina en las criaturas, cuando no la trasciende y a través de la criatura busca y se une con el creador. Es él, el propio hombre, quien, a su arbitrio, se mundaniza como esos de que habla San Pablo o se diviniza como nos cuenta San Agustín que le sucedía, porque sabía muy bien "que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado a comunicarse a las obras que crean y fabrican las manos artificiales, dimanan y provienen de aquella soberana hermosura, que es superior a todas las almas y por la cual mi alma suspira continuamente día y noche". Al trascender la creación, se encuentra peregrino en este mundo y en esa inquietud suya que le hace suspirar de continuo por su creador, muestra ya a las

claras que es imagen de Dios, el tercero y más alto grado en que la criatura puede parecerse a su creador. La imagen, en efecto, no se le asemeja tan sólo en una o varias de sus partes, sino que toda ella reproduce más o menos fielmente el original, aunque también quede tan lejos de él, como lo vivo lo está de lo pintado. ¿Pintada en el hombre la imagen de Dios? Sí, pero por el mismo Dios, que no ha superpuesto esta pintura a la naturaleza humana, sino que de ella misma ha hecho dibujo o imagen suyo, por su propio ser que, a diferencia de todos los demás de este mundo, es también espiritual. Por eso puede entrar dentro de sí mismo y verse como es, viendo como lleva entrañada esta imagen de Dios, que es a un tiempo su grandeza y su debilidad, pues si lo hace grande su parecido con Dios, lo debilita verse tan solo imagen suya, borrosa copia de una realidad infinitamente superior. De su naturaleza y aun más de su sobrenaturaleza brota la necesidad de hacer más clara y luminosa esa imagen haciéndose a sí mismo. ¿Cuál es la raíz y el fin de toda su actividad sino esa exigencia de su propio ser de parecerse cada vez más a Dios? A él va acercándose siempre aunque a veces tropiece, caiga y hasta retroceda en su camino, mucho más después de la primera caída de Adán en la que fuímos arrastrados todos sus descendientes. Para levantarnos y guiarnos en él, se hace hombre el Hijo de Dios que, haciéndonos partícipes de su propia filiación, lle-

va el parecido del hombre con Dios a términos literalmente sobrenaturales. Porque por parte del hombre, al divinizarse por la gracia que le hace participar de la naturaleza divina, se encuentra con que es todavía más ella que su espíritu la sobrenatural raíz de su semejanza con Dios; y por parte de éste, al humanizarse por la encarnación, hace más asequible que los hombres se le parezcan, pues ahora ya todo su trabajo será ajustar su vida a la de Cristo. El cristiano, nos dice San Pablo, ha sido predestinado por Dios a "ser hecho conforme a la imagen de su Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" *(Romanos VIII, 29)*. Dios se hace hombre para que el hombre pueda moldear su vida a semejanza de la que él llevó; por fuera, su vida fué pobreza, trabajo y sacrificio; por dentro, esperanza y amor, amor sobre todo, el único mandamiento que deja a los hombres porque en él y por él se cumplen todos. La vida del cristiano es ni más ni menos que amor de Dios y el amor ¿no busca y realiza siempre la semejanza entre los que se aman? La vida del cristiano lo es tanto más cuanto más encendida y perfectamente ama y el amor es a su vez la medida de su semejanza con Dios. Ahora somos hijos de Dios, dice San Juan; porque lo somos, le amamos y porque le amamos se refuerza el aire de familia, el parecido entre el Padre y los hijos; pero ni todos los hijos aman del mismo modo al Padre, ni todos se parecen lo

mismo a él. El amor de caridad, participación al modo humano de la misteriosa espiración del Santo Espíritu en el seno de la Trinidad, se desdobla y eleva, en cuanto de verdad lo vive el hombre, en una especie de escala por cuyos peldaños va subiendo y acentuándose su parecido con Dios. Hasta diez escalones distinguió en ella San Bernardo el primero, y después nuestro San Juan de la Cruz, armoniosa y ricamente diferenciados, pero cuya compleja diversidad resalta aun más su fondo común que, "no es el entender del alma, ni gustar, ni sentir, ni imaginar de Dios, ni de otra cosa cualquiera cosa, sino la pureza y el amor, que es desnudez y resignación perfecta de lo uno y de lo otro sólo por Dios" ¿Qué es esta aparente pasividad sino un activismo vaciarse de sí mismo para que Dios complete y realice mejor en él su imagen? "Está el rayo del sol dando en una vidriera —nos explica San Juan de la Cruz—. Si la vidriera tiene algunos velos de manchas o nieblas, no la podrá esclarecer y transformar en su luz totalmente como si estuviera limpia de todas aquellas manchas, y sencilla; antes tanto menos la esclarecerá, cuonto más limpia estuviera, y no quedará por el rayo sino por ella; tanto que si ella estuviera limpia y pura del todo, de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo; aunque a la verdad, la vidriera aunque se parece al mismo rayo, tiene su naturale-

za distinta del mismo rayo; mas podemos decir que aquela vidriera es rayo o luz por participación. Y así, el alma es como esta vidriera, en la cual siempre está embistiendo o, por mejor decir, en ella está morando esta divina luz del ser de Dios por naturaleza, que habemos dicho. En dando lugar el alma (que es quitar de sí todo velo y mancha de criatura, lo cual consiste en tener la voluntad perfectamente unida con la de Dios; porque el amor es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios), luego queda esclarecida y transformada en Dios, y le comunica Dios su ser sobrenatural de tal manera, que parece el mismo Dios, y tiene lo que tiene el mismo Dios. Y se hace tal unión cuando Dios y el alma son unas en transformación participante; y el alma más parece Dios que alma, y aún es Dios por participación; aunque es verdad que su ser naturalmente tan distinto se le tiene del de Dios como antes, aunque está transformada; como también la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada." *(Subida del Monte Carmelo, libro segundo, Cap. V)*. Pues ¿qué manera de ser es la del hombre que le hace tan capaz de reflejar a Dios, como al sol la vidriera? ¿De qué maravillosa arcilla está hecho que de tal modo puede transformarse en el mismo Dios? Esta embestida de la divinidad, como gráficamente llama San Juan de la Cruz a la acción sobrenatural de Dios en el alma, perfecciona su imagen en el

hombre mucho más que cuanto con sus penosos esfuerzos pudiera él lograr en todo el decurso de su vida. Embebido en su interior, atento a la maravillosa obra que allí Dios realiza, va acercándose al término de su vida, de la que saldría sin más causa que su mismo amor divino, pues no puede llegar a su último grado, que es "asimilarse totalmente a Dios" sin salir de la carne. Entonces se realizará en él súbita y perfectamente la imagen divina, pues dice San Juan que "seremos semejantes a él porque le veremos como él es" *(I, Juan III, 2)*. Por la visión directa de Dios y no ascendiendo penosamente hasta él por huellas, vestigios e imágenes, contemplándole como él es, se producirá, al adquirir la plenitud de su ser sobrenatural, la total y perfecta semejanza del hombre con Dios y con ella y por ella habrá encontrado su eterna bienaventuranza.

Lo que la Iglesia católica cree y enseña sobre esta lo definió así el papa Benedicto XII en el siglo XIV: "Por esta constitución que ha de valer para siempre definimos con autoridad apostólica: que según el común orden de Dios las almas de todos los santos, que salieron de este mundo antes de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, como las de los Santos Apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y otros fieles muertos después de haber recibido el bautismo de Cristo, en los cuales no había nada que purgar cuando murieron, ni haya

cuando en lo futuro mueran, o si entonces hubo o habrá en ellos algo que purgar, cuando lo hayan purgado después de su muerte, así como las almas de los niños bautizados o que se bauticen, muertos antes del uso del libre albedrío, inmediatamente después de su muerte y hecha la purgación en los que la necesiten, aún antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio universal, después que subió al cielo nuestro Salvador y Señor Jesucristo, estuvieron y están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos, en el paraíso celestial con Cristo, agregados al consorcio de los santos ángeles, y después de la pasión y muerte del Señor Jesucristo vieron y ven la esencia divina con visión intuitiva y también facial, sin la mediación de ninguna criatura que haga de objeto visto, sino que es la divina esencia la que se manfiesta a ellos inmediatamente, desnuda, clara y abiertamente, y que los que así la ven gozan de la misma divina esencia y que por tal visión y gozo las almas de los que ya murieron son verdaderamente felices y tienen la vida y el descanso eternos, y que las de aquellos que después han de morir, verán la misma esencia divina y gozarán de ella antes del juicio universal; y que la visión y gozo de esta divina esencia hacen desaparecer los actos de fe y esperanza en cuanto que la fe y la esperanza son virtudes propiamente teológicas; y que después que hayan sido o serán incoada en ellos tales visión intuitiva y facial y fruición, sin ningu-

na interrupción o desaparición continúan y continuarán hasta el juicio final y desde entonces en sempiterno". ¡Oh maravilloso magisterio de la Iglesia que con tanta firmeza y seguridad nos promete felicidad tan cumplida, como es la de ver intuitivamente, cara a cara, a Dios uno y trino! ¿Cómo podría lanzarse a hacer tales y tan extraordinarias afirmaciones si no la asistiera el mismo Espíritu divino? ¿No es patente su influencia en esa serena decisión con que promete imperturbablemente cosas tan sobrehumanas? Esa es nuestra fe católica, la que da sustancia a la esperanza que nos sostiene y alienta en este valle de lágrimas, la fe que creemos que desaparecerá cuando veamos a Dios cara a cara. La frase es literalmente de San Pablo, quien comparando el conocimiento que en esta vida tenemos de Dios con el que tendremos en la otra, dice que "ahora vemos como por espejo en oscuridad; mas entonces cara a cara" *(I, Corintios, XIII, 12)*. Y no se refiere al Apóstol tan sólo ni tan siquiera principalmente al conocimiento natural que de Dios puede adquirir la razón rastreándole por las criaturas, en las que tan confusamente se espeja; sino a aquel otro, incomparablemente más seguro y profundo, que se nos da por la misma revelación divina; pues también la fe es para nosotros oscuro enigma, que nos hace ciertos de su palabra, sin que jamás lleguemos a descifrar su misterioso contenido. ¿Es que la revelación divina no se ex-

presa en palabras humanas? ¿Y cómo éstas podrán expresar debidamente la verdad divina? Ni siquiera caundo la Palabra de Dios tomó carne humana se hizo más patente, pues el velo de la naturaleza humana encubría su divinidad y hacía más complicado y denso el enigma de Cristo. Hasta el mismo Cristo, siendo Dios, es para nosotros enigma de la divinidad y la revelación definitiva no tendrá lugar hasta este día en que desaparezca la fe y el hombre contemple a Dios cara a cara. ¿Por qué esta esperanza más nos abruma que nos regocija? ¿Es miedo a su grandeza o conciencia de nuestra flaqueza? ¿O no será oscuro temor a dejar de ser hombre? Porque ¿qué queda de la naturaleza humana cuando, ya transformada del todo, se enfrente con Dios? Dios no absorbe ni anula la personalidad humana que, aun frente a Dios, se mantiene no sólo intacta, sino más completa que nunca, pero ¿no tendrá que cambiar radicalmente para resistir sin desfallecer esta visión de Dios? Visión intuitiva y facial, como dice el Papa Bendecto XII, y no comprensión, ni razonamiento, ni ninguna otra operación intelectual, que requiera esfuerzo y trabajo del hombre, pues es la misma esencia divina la que se le manifiesta inmediata, desnuda, clara y abiertamente con la inmediatez y claridad con que el rayo de luz se ofrece al ojo. En esta vida, aunque la fe lo descubre, Dios permanece en sí mismo escondido y desconocido, escondido en el mis-

terio de su misma infinitud, tan por encima de la capacidad de la razón humana que para ella es y seguirá siendo siempre el más absoluto y perfecto desconocido. Y, sin embargo, la vida eterna es, como el mismo Cristo decía: "que te conozcan a tí solo Dios verdadero y al que mandaste Jesucristo" *(Juan XVII, 3)*. A Jesucristo, a la naturaleza humana de Jesucristo, llegamos a conocerlo y por él sabemos lo que nos atestigua de lo que él vió en el seno del Padre con palabras, que nos entran por el oído y las recibimos con la fe. Pero este oir no es como aquel otro ver, porque la fe que es por el oído, no desnuda de su velo de misterio a la verdad divina, que en sí misma permanece oscura y cerrada para el creyente; y la visión es directa e inmediata, recae sin intermediario alguno sobre la misma esencia de Dios, que por primera vez es conocido tal como él es.

Pero ¿cómo se ve a Dios? ¿No nos dice San Pablo que "ojo no vió, ni oreja ojó, ni en corazón de hombre subió lo que preparó Dios para aquellos que le aman"? *(I, Corintios, II, 9)*. San Pablo se inspira aquí en Isaías, quien lleno de deseos y esperanzas clama a Jehová: "¡Oh si rompieses los cielos y descendieras y a tu presencia se escurrieran los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos y las gentes temblasen a tu presencia" *(Isaías, LXIV 1-2)*. No bajó

Dios de los cielos a la tierra, sino que subieron los hombres de la tierra a los cielos y no tiemblan a su presencia, sino que se alegran y gozan de felicidad infinita, viendo su divina esencia. Si en este mundo no la ve, no es porque ella no sea visible, sino porque su misma visibilidad deslumbra y ciega al hombre: aún mostrándose a él, como extraordinaria y accidentalmente ha hecho con algunos, no les queda idea ni recuerdo de lo que entonces vieron. Antes que ningún otro místico, San Pablo ya nos hizo esta confidencia: "Conozco a un hombre en Cristo que catorce años ha fué arrebatado (si fué en el cuerpo no lo sé, o si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) hasta el tercer cielo. Y conozco a este tal hombre (si fué en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) que fué arrebatado al paraíso, y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar *(II, Corintios, XII, 2-4)*. No tenemos, con todo, ninguna otra experiencia humana de lo que ha de ser la visión de Dios que ésta inefable que, como San Pablo, han hecho otros místicos cristianos: todos se confiesan igualmente impotentes para contarnos lo que vieron y sintieron, que es tal la condición humana que, ni aun cuando Dios le regala el cielo, puede poseerlo sino en la medida en que el mismo Dios le ayuda a gozarlo; pero en su afán de encendernos en el deseo de la felicidad que nos espera, nos han dejado noticias y comentarios, que sin expresar adecuadamente la reali-

dad que vieron, nos ayudan a formarnos una idea, siempre confusa y pobre, de lo que es esta beatífica visión de Dios. Donde primeramente se refleja es en esa noticia amorosa y general de Dios, de que nos habla San Juan de la Cruz, "en que está el alma bebiendo sabiduría, amor y sabor, como quien tiene allegada el agua, bebe sin trabajo en suavidad, sin ser necesario sacarla por las arcaduces de las pasadas consideraciones, formas y figuras". Este no es más que el principio de la comunicación de Dios, y entre esa primera noticia y la que de Dios se adquiere en la contemplación hay tanta diferencia como "la que hay entre ir obrando y gozar ya de la obra hecha o lo que hay entre el trabajo de ir caminando y el descanso y quietud que hay en el término, que es también como estar guisando comida o estar comiéndola y gustándola ya guisada y masticada, sin alguna manera de ejercicio de obra". Insiste sobre todo San Juan de la Cruz en la pasividad de la inteligencia, que se ha de limtar a permanecer advertida sin interponer "luces o formas, o noticias o figuras de discurso alguno", pues Dios se la comunica tan sin trabajo de su parte "como al que tiene los ojos abiertos que pasivamente, sin hacer él más que tenerlos abiertos, se le comunica la luz". Tiene San Juan plena conciencia de que esta comunicación divina le saca de todo "límite natural y racional", por lo que ni tiene ideas para concebirla, ni palabras para definirla:

sólo sabe que la noticia que de Dios adquiere no es sólo de un atributo o de una operación, sino de la totalidad de la esencia divina, pura y desnuda, y no "vestida, mezclada o envuelta en formas inteligibles". Ve, pues, directamente a Dios: él, como todos los místicos, de una manera transitoria y extraordinaria; los bienaventurados en el cielo, eternamente. Y lo ven sin que entre su entendimiento y Dios se interponga medio alguno, sin tener que guisar este conocimiento, como dice gráficamente San Juan de la Cruz, aludiendo a la división escolástica del entendimiento en agente y paciente. Atribuían al primero todo el esfuerzo que el hombre ha de realizar para comprender los datos de los sentidos, transformando las sensaciones e imaginaciones en especies inteligibles, que cuando ya están elaboradas, ve o intuye el entendimiento paciente, uniéndose con ellas y produciendo en esa unión el verbo o palabra con que la mente se dice a sí misma lo que ha entendido. San Juan de la Cruz nos dice que esa noticia que Dios da de sí a los místicos no es "guisada" por el entendimiento agente, sino que por ser ya de suyo eminentemente inteligible la recibe directamente el entendimiento paciente, que así oye esas palabras secretas, de las que nos dice San Pablo que al hombre no le es lícito hablar, no porque no deba, sino porque no puede decirlas, pues si de ellas no ha podido formar palabra interior ¿cómo

va a expresarla en palabras exteriores? En la visión beatífica se realiza plena y definitivamente esa manera de conocer, que en los místicos, por variada y rica que se suponga la comunicación que de Dios reciben, no pasa de ser tanteo y ensayo, pues otra cosa no soportaría su condición actual. Ellos, conservando su natural conocimiento, son elevados alguna vez a esta visión de la esencia divina con grave riesgo de su vida mortal que se paraliza o desfallece y a veces están a punto de morir por la intensidad de la visión; en los bienaventurados, el único medio de entender es el sobrenatural de la visión de Dios, en la que es absorbida y realizada toda la capacidad de su entendimiento, la que tenía de por sí y la que ahora se le añada para que no le abrume, sino que le deleite este intelectual contacto con la esencia de Dios. Porque nos enseña la Iglesia católica que para gozar de la visión de Dios, las almas se fortifican y engrandecen su entendimiento con el sobrenatural don de la "lumbre de la gloria", que es como la luminosa transformación de la oscura fe: oscuro y cierto hábito nos dicen que es ésta los teólogos, pero fué la luz que nos guió en las tinieblas de esta vida, corrigiendo los errores de nuestra razón y dándole el conocimiento de una verdad que ella no podía alcanzar; en la gloria, desaparece la fe y su lugar viene a ocuparlo esta lumbre que caldea y templa al alma para que no le deshaga el fuego de la esencia divina, unida

ahora a ella tan íntima y realmente, como en esta vida se le unieron las cosas que entendía. Aun así corroborada, ve a Dios, pero no a todo Dios: ve a Dios tan directa y ciertamente como Dios le ve a ella; pero no abarca o comprende la infinitud de Dios que le excede siempre y queda, aun en la gloria, aureolada por el misterio de toda esa infinita perfección que no cabe, ni puede caber, en ninguna mente humana. Quien únicamente la comprende es el Verbo, que se engendra y procede por este conocimiento: conformes a él, conociendo y gozando de la esencia divina como él, aunque no del modo infinitamente divino que él, son ahora los bienaventurados, que de este modo reciben la herencia que les corresponde como hijos de Dios y se hacen tan semejantes a Dios como puede serlo el hombre. Ahí termina su proceso de divinización, el que en esta tierra había iniciado la gracia divina, florecida en el cielo en visión y gozo de Dios.

Porque a la visión divina sigue necesaria e ineludiblemente un gozo que el papa Benedicto XII no sabe explicarnos más que diciéndonos que por él las almas son verdaderamente felices y tienen la vida y el descanso eternos. Es extraña y nada fortuita la escasez de datos que sobre esta felicidad nos dan los libros sagrados, como si Dios quisiera que permaneciera oculta y en secreto esta dicha que desde toda la eternidad tiene preparada para los que le aman. Se le llama gloria; por la gloria hu-

mana entiende el hombre la que le tributan sus semejantes por sus hechos o por sus cualidades, que cuaja en la reputación, honor y fama que sigue a su nombre, desbordándose de su persona a su familia y patria, a las que llega y quedan ungidas con esa majestad, esplendor y magnificencia que ellos adquieren; pero esta gloria, ficticia y caduca inmortalidad humana, no da idea de esa otra gloria con que Dios hace felices a sus escogidos, que es una vida y a la vez un descanso: una vida y no una parte o un momento de ella, sino su totalidad entera y verdadera, que es toda ella felicidad lograda sin esfuerzo y conseguida tan plenamente que felicidad y vida se corresponden y adecuan de tal modo que no se vive más que para ser feliz y se es feliz en todo lo que se vive; por eso siendo vida es también descanso, porque lo que ahora nos lo quita es el ansia de ser felices, de donde nace la inquietud en la que el cristiano arraiga la esperanza, que tan cumplidamente se le realiza en el cielo. En él con la fe, desaparece también la esperanza y es esta su ausencia lo que hace a la dicha celestial tan distinta de la que a veces se goza en la tierra; por no tener la del cielo esperanza ni de cambio, ni de aumento, propendemos a inmovilizarla en una soporífera quietud, cuando es por el contrario de tan intensa plenitud que absorbe en gozo al alma toda con todas sus potencias y facultades: no puede ya esperar más porque está enteramente absor-

bida por toda esa dicha que le inunda, llenándola por completo y agotando hasta el último límite toda su capacidad de ser y de obrar: en su contacto con Dios se consumen todas sus reservas y no le queda ni la más leve partícula de su ser que no está intensamente activo, absorbiendo y gozando la felicidad que Dios le da tan sin trabajo por su parte, que a la vez es descanso, como si no hiciera nada cuando jamás hizo, ni pudo hacer tanto. Si San Juan de la Cruz llamaba tinieblas sustanciales a las que padeció cuando Dios lo purificaba para esta felicidad del cielo ¿cuánto más sustancial no será esa dicha que anega y beatifica hasta el más profundo centro de su ser? De allí va subiendo y derramándose por todas sus partes en distinta medida en cada uno de los bienaventurados, pues de ese mar sin riberas en que todos viven sumergidos, cada uno toma la dicha de que es capaz y su capacidad es tanto mayor cuanto mejor se preparó para gozarla. La goza el alma y también la gozará el cuerpo cuando, resucitado, se una para siempre a ella. Esa es ahora su mayor esperanza, no ya teológica, sino humana, porque alma y cuerpo están trascendentalmente relacionadas como elementos integrantes del hombre y con tanto afán como el cuerpo en esta vida quiere arrastar al alma a sus propias operaciones, las que a él le dan gusto y contento, desea en el cielo el alma que su cuerpo participe de la felicidad de que goza. Abrazada a la voluntad de Dios, vien-

do claramente como no hay mayor gozo que cumplirla, espera sin impaciencia el día del Señor, en que por fin ha de ser hombre, el hombre pleno y perfecto, que no supo ser en la tierra y tampoco todavía lo es en cielo porque le falta el cuerpo. Al reasumirlo, crecerá accidentalmente su gloria al redundar en el cuerpo, emancipado ya de todas sus necesidades carnales para que sin violencia, ni esfuerzo, pueda ser instrumento y compañía del espíritu en ésta, por eterna, perennemente nueva vida que ha de vivir en los cielos. ¿Y cómo no ha de desear, sometiendo y subordinando este deseo suyo a la santa y sabia voluntad de Dios, la presencia y compañía de los que en la tierra fueron compañeros de su peregrinación, en la que aún continúan o habiéndola ya terminado, purgan y se limpian de las manchas que en ella contrajeron? Siempre ha creído la Iglesia que los bienaventurados en el cielo interceden ante Dios por los demás miembros del cuerpo de Cristo, por la Iglesia militante y la purgante, interesándose de especial manera, si allí como aquí rige el orden de la caridad, por los que son sus prójimos, por los que el mismo Dios les colocó más cerca para que se aprovecharan de sus méritos y oraciones. Desean que también sean glorificados no porque necesiten, o echen de menos su compañía, sino por un amor de caridad, perfectamente compatible con la felicidad de que gozan, y totalmente coordinado con el designio divino, del

que no pueden ni quieren apartarse. Porque ahora comprenden con la claridad celestial que en el fondo de toda su vida no había más que un incoercible y complejo deseo de unirse a Dios, el mismo que al realizarse ahora los tiene eternamente arrobados en este abrazo de todo su ser con la divinidad: la buscaron bajo mil formas diversas y por mil caminos distintos mientras vivieron, porque aquel instinto sobrenatural de que nos hablaba Santa Catalina los estimulaba y aguijoneaba en esa búsqueda incesante y a él deben en definitiva el felicísimo encuentro con aquel a quien jamás podrán perder. Les atrae y absorbe de tal manera que apenas si les queda actividad y vida, como no sea accidentalmente, para gozar del consorcio y familiaridad de los demás bienaventurados en esta ciudad Santa, a la que San Juan en su Apocalipsis nos cuenta que le fué dado ver cuando el Espíritu le llevó "a un grande y alto monte, y me mostró la grande ciudad santa de Jerusalem, que descendía del cielo de Dios, teniendo la claridad de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles y nombres escritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. Al oriente tres puertas; al norte tres puertas; el mediodía tres puertas; al poniente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y en ellos los doce nombres de

los doce apóstoles del Cordero... Y no ví en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderosos es el templo de ella y el Cordero. Y la ciudad no tenía necesidad de sol, ni de luna, para que resplandezca en ella: porque la claridad de Dios la iluminó y el Cordero era su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán en la lumbre de ella; y los reyes de la tierra traerán gloria y honor a ella. Y sus puertas nunca serán cerradas de día, porque allí no había noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella" *(Apocalipsis XXI, 10-14 y 22-26).* Y todavía añade San Juan que el espíritu "después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En el medio de la plaza de ella, y de la una y de la otra parte del río, estaba el árbol de vida, que lleva doce frutos, dando cada mes su fruto: y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; sino que el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. Y verán su cara; y su nombre estará en sus frentes. Y allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de lumbre de antorcha, ni de lumbre de sol: porque el Señor Dios los alumbrará: y reinarán para siempre jamás" *(Apocalipsis, XXII, 1-5).* A ese reino sin fin de millares y millares de elegidos, el auténtico y verdadero reino de Dios, le fué dado a San Juan entrar en espíritu y "miré y he aquí una gran com-

pañía, la cual ninguno podía contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos; y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos y los cuatro animales; y postráronse sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: "Amen: La bendición y la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y la potencia y la fortaleza, sean a nuestro Dios para siempre jamás" *(Apocalipsis, VII, 9-12)*.

INDICE

Esta obra se acabó de imprimir
el día 1º de diciembre de 1943,
en los talleres de "Gráfica Panamericana",
S. de R. L., Pánuco, 63, México, D. F. Cuidó
de su edición Emilio Prados.